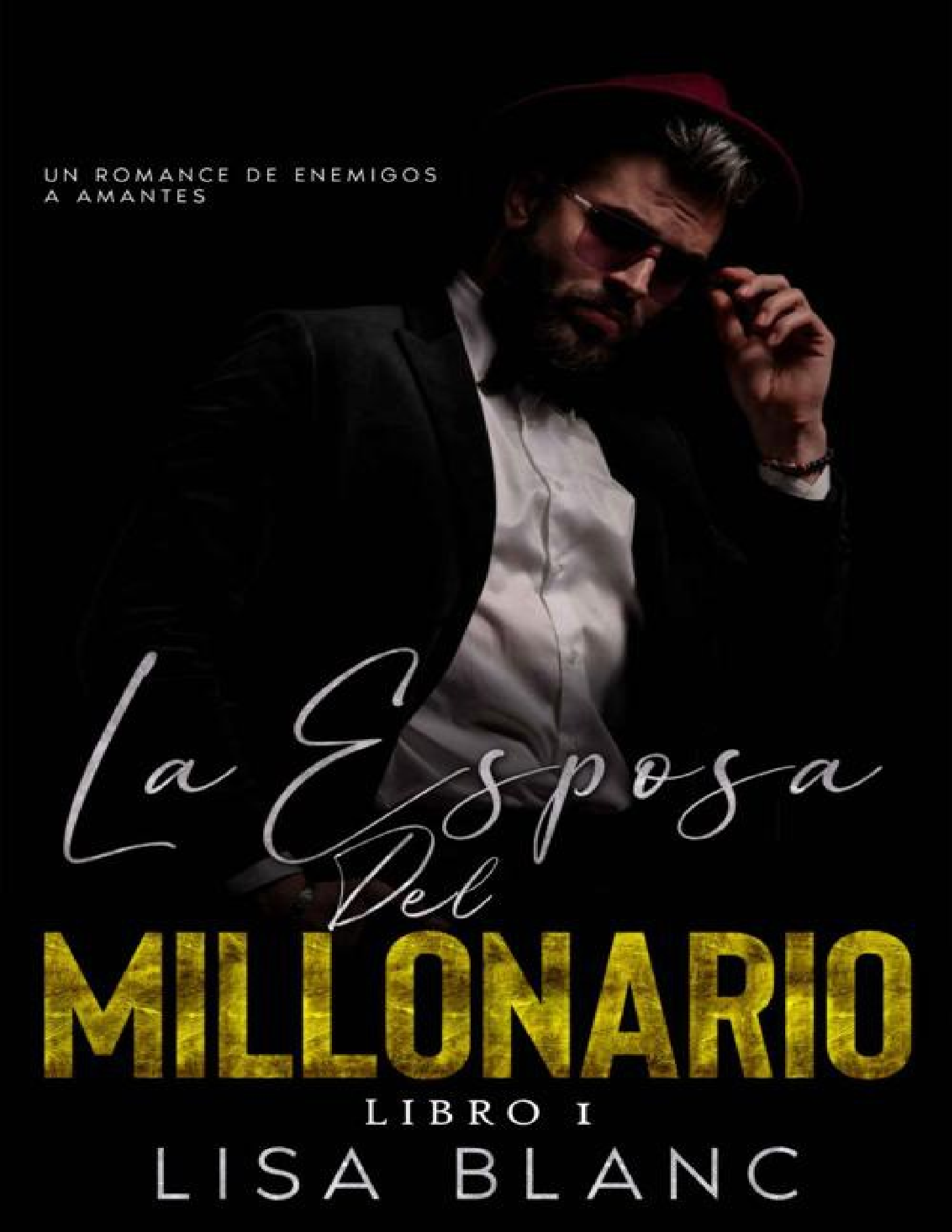


A man with a beard and sunglasses, wearing a dark suit and a red hat, is shown in a dramatic, low-key lighting. He is holding a cigarette in his right hand and looking down. The background is dark.

UN ROMANCE DE ENEMIGOS
A AMANTES

*La Esposa
Del*

MILLONARIO

LIBRO I

LISA BLANC

Derechos de autor © 2024 Lisa Blanc

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

[Derechos de autor](#)

- [• Capítulo 1](#)
- [• Capítulo 2](#)
- [• Capítulo 3](#)
- [• Capítulo 4](#)
- [• Capítulo 5](#)
- [• Capítulo 6](#)
- [• Capítulo 7](#)
- [• Capítulo 8](#)
- [• Capítulo 9](#)
- [• Capítulo 10](#)
- [• Capítulo 11](#)
- [• Capítulo 12](#)
- [• Capítulo 13](#)
- [• Capítulo 14](#)
- [• Capítulo 15](#)
- [• Capítulo 16](#)
- [• Capítulo 17](#)
- [• Capítulo 18](#)
- [• Capítulo 19](#)
- [• Capítulo 20](#)
- [• Capítulo 21](#)
- [• Capítulo 22](#)
- [• Capítulo 23](#)
- [• Capítulo 24](#)
- [• Capítulo 25](#)
- [• Capítulo 26](#)
- [• Capítulo 27](#)
- [• Capítulo 28](#)
- [• Capítulo 29](#)
- [• Capítulo 30](#)
- [• Capítulo 31](#)
- [• Capítulo 32](#)
- [• Capítulo 33](#)
- [• Capítulo 34](#)

• Capítulo 1

Hope

Nunca lo haría.

Esa no era yo.

Nah, no, nada, cero, zipi. No podía ser yo. Yo era la responsable. La que siempre estaba preparada, siempre puntual y a tiempo. Entre semana, me mataba trabajando en la cafetería y los fines de semana me acurrucaba en la librería de la esquina.

Esa era la autobiografía completa de mi vida. Bastante básica y sencilla, y yo era la última persona de la que esperarías que se preocupase por un embarazo accidental. Entonces, ¿por qué demonios acabo de gastar cien dólares en una caja de pruebas de embarazo de la marca Target?

Tres palabras.

La. Cagué. Mucho.

Retrocede dos meses a la despedida de soltera de Pampam y mi insistencia en quedarme en casa porque asistir a una fiesta de pijos y ver un montón de penes desnudos retorciéndose frente a mí no estaba exactamente en mi lista de pendientes, pero Lesley, siendo la amiga persistente que era, no aceptaba un no por respuesta.

—No va a haber pollas desnudas, Hope. Es un club de striptease, no pornhub—. Ella razonó, quitándose mis gafas de leer. —Además... No te va a hacer daño ver algo de pene en tiempo real.

Y así, me arrastró fuera de los confines de mi pequeño condominio y me hizo ponerme un vestido negro escueto que me hacía parecer Roxy la stripper.

Mi punto es, Lesley me había empujado al dominio de hombres definidos y musculosos bailando en el caño, meneando la cadera, sacudiendo el trasero.

Dale unas cuantas bebidas o dos y estaba mareada, no borracha pero tampoco exactamente

sobria, y para empeorar mi situación, este extraño con traje oscuro no dejaba de mirarme con interés.

Él estaba solo en la barra, y mierda, aunque sostuviera su mirada, él seguía mirándome, con una ceja arqueada y la comisura de su boca levantándose en una sonrisa sexy.

Me ahorraré los detalles explícitos, pero sería malvada si no mencionara lo caliente que era.

Jesús, perdóname, pero este hombre era una fantasía sexual andante y disfruté descaradamente al hacerle ojitos. Era atlético y tonificado y tenía un cuerpo hecho para el sexo. Era de los que podían convertir a una chica tensa como yo en una idiota.

Era como un demonio peligroso enviado por Satanás para provocar pensamientos impuros en las mujeres. Podría haber sido el propio diablo y esa noche, yo había sido su víctima número uno.

Los recuerdos se manifestaron lentamente, cada detalle inundándome como un fuerte tsunami.

Él se me acercó en la pista de baile, me tendió un chupito de tequila, y luego se inclinó hacia mí. —¿Estás aquí con alguien?

Mis cejas se alzaron interesadas. —¿Y por qué lo preguntas?

Me observó por un segundo o dos, y luego sus labios se torcieron con excitación. —Porque quiero follarte y quiero saber si hay alguien por el que deba preocuparme.

Ahora, normalmente no habría accedido a esto. Habría vertido mi bebida en su cara o le habría abofeteado por hacerme semejantes proposiciones, pero me había atrapado tanto que no me importaba ser su marioneta sexual por la noche.

Y así, dejamos el club, encontrándonos en una habitación de hotel, demasiado bebidos como para preocuparnos por algo más que el calor de la pasión que chisporroteaba entre nosotros.

Me había aplastado contra la cama, sus labios se fundieron con los míos, sus manos haciendo estragos en mi carne, deduciendo mi primer orgasmo y para cuando él se había levantado, se había deshecho de sus pantalones y había rasgado un papel de aluminio con los

dientes, ya me había perdido.

Me penetró tan fuerte que mis ojos se revolvieron por el placer repentino, tan intenso que me desmoroné contra la cama, pero él me elevó de vuelta y lo hizo de nuevo, fuerte, lento, rápido, profundo y de todas las maneras posibles. Me complació con sus dedos, su lengua y su pene, y cuando todo terminó, me desplomé en la cama, emitiendo respiraciones pesadas.

Sin duda, había sido la experiencia más caliente de mi vida. Pero, ¿cuáles eran las probabilidades de que después de tener sexo por primera vez en meses terminaría embarazada?

Habían pasado más de dos meses desde que me enrollé con él y, francamente, no podía recordar cada detalle, excepto los que había guardado en mi banco de memoria para mantenerlos seguros y solo visitaba en noches solitarias cuando estaba solo yo y mi... ya sabes... vibrador.

Oh mierda. Ya sabes qué, tal vez fue solo una coincidencia. Solo necesitaba dejar de pensar lo peor.

Mi período solo se había retrasado por un mes y seis días. No es para tanto. A veces tenía flujos de período irregulares. Se debía al estrés. Tenía que ser el estrés. No había forma de que estuviera embarazada.

Solo estaba comiendo de más y esta prueba me daría la tranquilidad que necesitaba cuando apareciera un gran y gordo negativo.

Contando hasta cinco en mi cabeza, me volví hacia la encimera llena de pruebas.

Había volteado todas boca abajo, sin querer mirarlas hasta que transcurriera el tiempo completo. No necesitabas decírmelo. Sabía que era una locura, hacerme tantas pruebas, y aún no podía creer haber gastado tanto en todas, pero yo soy una realista y tenía que estar segura si había una pequeña fuerza de vida dentro de mí o no.

Mi puerta principal se abrió y luego se cerró de golpe. —¿Qué es tan importante que me hiciste dejar el trabajo y conducir hasta aquí?— Mi mejor amiga, Lesley, entró en mi apartamento, hablando tan pronto como entró.

Salí apresuradamente del baño para recibirla. —Genial, ya estás aquí. Estaba cagándome en todo.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurrió?

—Bueno...— Señalé hacia la puerta cerrada del baño. —Necesito que mires algo allí dentro.

Ella miró la puerta y luego dirigió su mirada hacia mí. Frunció el ceño. —Hope, lo siento pero no voy a mirar tus mierdas.

—¡Ew, qué asco! No.

Suspiró aliviada. —Bueno, entonces ¿qué?

—Solo ven a ver.— La llevé conmigo y la guié hasta el baño.

—Allí.— La solté y señalé hacia las pruebas de embarazo alineadas en la encimera.

Largos segundos se arrastraron mientras las miraba, luego a mí. —¿Qué demonios es esto?

Mordí mi labio. —Solo míralo y dime qué dice, por favor.

De nuevo, miró de uno a otro, y entonces dijo, —Espera, ¿me estoy perdiendo de algo? ¿Por qué diablos crees que podrías estar embarazada?

—Para empezar, acabo de darme cuenta que no sangré el mes pasado... y tampoco el anterior.

—¿No es eso demasiado ficticio para que empieces a mear en múltiples palitos? Quiero decir... es natural.— Se encogió de hombros. —Te estresas mucho.

Créeme, deseaba... deseaba tanto creer que ese era el caso.

—Esto es diferente. Se siente diferente.— Presioné una mano contra mi pecho y me estremecí un poco. —Me duelen mucho los pechos y se ven más grandes.

Suspiró y se pellizcó el puente de la nariz. —Los pechos doloridos podrían significar que estás a punto de empezar tu período.

—¡No es eso!— Entré en pánico. —Por favor solo verifica bien...

—Está bien.— Rodó los ojos y los afinó hacia las pruebas. —Dios... no puedo creer que esté a punto de hacer esto.

A regañadientes, dio un paso al frente y yo me di la vuelta, sin querer ver accidentalmente los resultados.

Me mordisqueaba el labio nerviosa. Por alguna razón, sentía que aceptaría mejor las noticias si venían de ella. Así que me quedé allí y esperé a que ella salvara mi vida o la arruinara, pero cuanto más tiempo pasaba en silencio, más ansiosa me ponía. —Por favor sácame de mi miseria y dime qué dice.

A ese punto, no podía saber si el nudo en mi garganta era por náuseas o pánico. Probablemente ambos.

—Hope...— Me llamó, su voz desvaneciéndose. —No te va a gustar esto...

Oh no no no no.

Contuve la respiración, mi corazón latiendo tan fuerte en mi pecho que podría jurar que lo escuchaba en mis oídos.

—Es positivo.

Mi corazón se hundió mientras giraba rápidamente para enfrentar los resultados de la prueba que me miraban. —¿Yo-Yo estoy... embarazada? ¿De verdad... embarazada...?

Sentí como si la vida se hubiese escapado de mí. Me desplomé en el asiento cerrado del inodoro y bajé la cabeza en mis manos.

Estaba embarazada... realmente embarazada de un... Oh Dios. No sabía nada de él. Aparte de su nombre y el hecho de que follaba bien, no lo conocía. Quiero decir, ¿y si era un asesino en serie? ¿O estaba en la mafia? ¿Qué pasa si ya estaba casado con hijos y una hermosa esposa? ¡Oh Dios mío!

Mi corazón parecía estar a punto de romper los confines seguros de mi caja torácica. Sollocé, pero no funcionó. Las lágrimas quemaban mis ojos y lloré desconsoladamente.

Lesley se agachó a mi lado y me palmeó los hombros. —Necesitas calmarte, Hope. Te estás estresando sin razón.

Eso era risible. Hipé y subí mi camiseta para limpiarme la nariz. —En este punto, creo que tengo derecho a asustarme. Quedé embarazada de un desconocido que conocí en un club de striptease y todavía ni siquiera sé por qué demonios un hombre como ese estaría en un club de striptease masculino para empezar.

Dios, qué idiota había sido.

—Espera. ¿Me estás diciendo que ese tipo super guapo que habló contigo en la despedida de soltera es el padre de tu hijo?

Me sentí enferma otra vez. —Suenas peor cuando lo dices en voz alta.

—Pero pensé que usó condón, quiero decir, dijiste que lo hizo.

—Lo hizo. Estoy segura de que lo hizo. Quiero decir, vi un condón usado en el suelo.— Me volví hacia ella. —Lesley, él es el único hombre con el que he dormido en meses.

—¿Vas a... quedarte con el bebé?

Mi pecho se sintió apretado.

¿Quería este bebé?

Dios, nunca había estado tan confundida y en conflicto en toda mi vida.

No quería deshacerme de él, pero tampoco quería criarlo sola porque cuidar de mis propias necesidades ya era suficiente lucha. Ni siquiera podía pagar mi alquiler, no digamos de un bebé, y lo único que me impedía dormir en las calles era mi trabajo en el comedor de Joe.

Tomé una respiración profunda, dejando caer algunas lágrimas contenidas. —No sé qué hacer, no...

—Oh, Hope—, Sus brazos me rodearon. —Cualquier decisión que tomes, estaré a tu lado. Si eliges dejarlo ir, está bien. Si eliges quedártelo, fantástico. Serás una madre perfecta y no

puedo imaginar a ningún niño criado por ti que resulte menos que increíble.

—¿De verdad lo crees?— Sollocé, aferrándome a su hombro.

—Lo sé,— afirmó, dándome palmaditas en la espalda. —Ahora sécate las lágrimas. Te ves fea cuando lloras.

Lloré aún más, sabiendo que tenía razón. —Gracias, Les.

—No me des las gracias—. Apartó los mechones de mi pelo de mi frente sudorosa y los colocó detrás de mis orejas. —Para esto están los amigos—.

Aspiré y me sequé los ojos con el dorso de la mano. Las novelas románticas lo hacían ver tan fácil pero, en realidad, quedarse embarazada de un desconocido era una mierda. —¿Y ahora qué hago?

Ella tomó aire profundamente. —Bueno, yo no soy una experta en embarazos, pero creo que deberías informar al padre del bebé—.

Mi corazón dio un brinco, mi estómago se contrajo y sentí ganas de vomitar. Quedarse embarazada había sido la parte fácil: conocerle, darle la noticia... eso jamás podría hacerlo. Ni siquiera sabía dónde vivía. Podría estar muerto o en la otra punta del mundo por lo que yo sabía.

—Aunque quisiera, no puedo. No sé nada de él.

—Yo conseguiré la información por ti.

—¿Cómo lo vas a hacer?

—Tengo una amiga que conoce a alguien que se dedica a esas cosas—. Se levantó. —Creo que necesitas algo de tiempo para aceptar esto. Y probablemente será mejor que te deje sola mientras lo haces—. Sostuvo mi mano y la apretó suavemente. —Estoy a una llamada de distancia, ¿de acuerdo? Si me necesitas, estaré aquí, pero por ahora, quizás un poco de tiempo en silencio sea lo mejor—.

Asentí entre sollozos. Tenía un punto lógico. —Gracias, Les. Gracias por venir. Probablemente no hubiera tenido el valor suficiente para ver lo que decía el test. Te quiero—.

Ella sonrió con tristeza. —Eres una chica inteligente, sé que resolverás esto. Y yo también te quiero—.

Cuando se cerró la puerta detrás de ella, me dirigí a mi habitación, me tiré en la cama y lloré sin consuelo.

• Capítulo 2

Killian

—¿Eso es todo lo que tienes, chico duro?— Ronroneó, con su aliento caliente a whisky acariciándome la cara mientras tropezábamos hacia la habitación del hotel.

No podía recordar su nombre. ¿Charlotte? ¿Charlene? ¿Scarlett? Al diablo, no importaba. Lo único que importaba en ese momento eran sus labios y las cosas obscenas que planeaba hacerles.

—En serio, tienes que esforzarte más que esto—, se burló. —Dijiste que me tratarías con rudeza. ¿Es así como planeas hacerlo?

Pequeña y sucia briboncilla. Parecía algo más joven que yo, unos veintitantos, desde luego no tan joven como para que me importara.

—No tienes ni idea de lo que estás pidiendo, rubia—, gruñí, agarrando su trasero y apretándolo con fuerza. —No soy un poni fácil de montar—.

Su aliento vaciló. —Pruébame—.

—Oh, lo haré—, gruñí. —Y cuando termine de atarte a esa cama, de azotar tus nalgas desnudas y de follarte tan fuerte que me supliques que te use, y lo haga, que te marque, te devore, te escupa y te haga mi puta...

Su respiración temblaba levemente, sus ojos centelleaban con una mirada que conocía demasiado bien; deseo. Lo quería. Conocía su tipo. Desafiantes, encerradas en su torre de terquedad, pero una vez que cedían, ¡dulce señor!, hacían cosas indecibles solo para complacerte.

Una cruel sonrisa se extendió por mi rostro al verla demasiado atónita para replicar. —¿La gata te cortó la lengua, rubia?

—Tienes la boca muy lista, desde luego.

—Aún no has visto nada—. La agarré por la garganta y la atraje hacia mí, asegurando mi dominio mientras sellaba su boca caliente en un beso áspero que nos dejó sin aliento cuando me

aparté. —De rodillas. Es hora de que me tomes en tu boca—.

Ella miró mi bulto endurecido y se sonrojó de un rojo carmesí.

Sonreí con suficiencia. —¿Qué? ¿Tímida? ¿Asustada de no poder conmigo?

Sus ojos volvieron hacia arriba. —Claro que puedo—.

—Muy bien entonces. De rodillas, ahora—.

—Que quede claro, hago esto porque quiero, no porque tú lo digas—.

—Dando y dando, rubia—.

Entrecerró los ojos y se hincó de rodillas frente a mí y mi estómago se tensó cuando me desabrochó y me tomó en su mano. —Lo tengo que admitir—. Sus hambrientos ojos color jade me devoraban. —No me esperaba esto—.

Me agarró con la presión justa para enviar un siseo directamente a través de mi boca. —Tengo una polla enorme, lo entiendo. Ahora, si vas a chupármela no me hagas preguntarme cuánto más tengo que esperar—.

Una sonrisa maliciosa se extendió por su rostro. —¿Tengo alguna opción?

—Eso depende de si quieres salir de esta habitación adolorida o no—.

Ella soltó una carcajada. —Presumido—.

—He escuchado peores—. Enterré mis dedos en su cabello y lo retorcí. —Muéstrame lo buena que es tu lengua—.

—Allá vamos—. Sacó su bonita lengua rosada y perforada y la pasó por mi miembro antes de tomarme lentamente en su boca. Era cálido, húmedo. Gemí cuando la punta de su lengua barrió mi punto sensible, lamiéndome como un cono de helado derritiéndose en un domingo caluroso.

—Más profundo, rubia—. Sosteniéndole el pelo con fuerza, me adentré en su boca y sus hombros se encogieron. —Necesito que vayas un poco más profundo que eso—.

Sonidos de placer intensos y crudos brotaban de su garganta femenina. No se detuvo. Estaba arcada y sofocada, la espuma ahora escurriendo por la comisura de su boca, pero no se detuvo, continuó forzándome garganta abajo como un cachorro desesperado.

—Buena chica—. Manteniendo su cabeza fija con mi mano, empujé más rápido, entrando y saliendo. Sus uñas se clavaron en mi carne, sus ojos de cierva derramaban lágrimas negras. Mi estómago se tensó. Podía sentir mi orgasmo agitándose, pero esa sensación fue efímera cuando mi celular comenzó a vibrar.

Mierda.

Gemí.

—¿Qué pasa?—, me preguntó con preocupación en sus ojos.

—No pares—, le dije, alcanzando mi teléfono en el bolsillo trasero y frunciendo el ceño al identificador de llamada que apareció.

Tanya, la trabajadora social de mi abuelo. ¿Qué diablos quería ahora?

Contesté la llamada, mirando a la rubia mientras me tomaba de nuevo en su boca.

—Señor Fobster—. Una vocecita entrelazada con ansiedad sonó del otro lado del teléfono.

—¿Qué pasa, Tanya?—, gruñí, dejando de lado las banalidades.

—Señor—, no podía verla, pero podía decir que estaba inquieta. —Su abuelo, ha tenido otro infarto bastante grave y está en el Hospital General—.

Se me cayó el estómago.

—¡¿Pero cómo diablos ha pasado eso?!—, bramé, haciendo que la rubia se echara hacia atrás por el susto.

Tanya guardó silencio por un momento.

—¡Respóndeme!

—Sobredosis de pastillas para el rendimiento mientras estaba con su amante, señor—, soltó de golpe.

¿Qué—?

Ese viejo cabrón.

Aprieto el puño, intentando calmar mis nervios. —Estoy en camino—.

Treinta minutos después y golpeaba los dedos bruscamente sobre el mostrador pulido del hospital mientras esperaba a que la recepcionista terminara lo que tuviera que hacer.

—Habitación VIP 16—, finalmente respondió, señalando las puertas del ascensor.

El viaje en ascensor fue extremadamente angustiante. El olor antiséptico del hospital me revolvió el estómago. Joder, odiaba estar allí, pero él me condenaba a este tormento cada maldita vez.

En cuanto llegué a su sala, entré en su habitación sin previo aviso, aún hervido de ira y bastante excitado.

En ese momento estaba conversando con su enfermera, echándole unas miradas que me hacían hervir la piel.

Al notar mi presencia, giró su cabeza casi calva hacia mí y sus ojos se iluminaron.

—Killian—. Parecía que mi presencia le sorprendió. —¿Quién te dijo que estaba aquí?

Lancé una mirada oscura a la enfermera que seguía allí con una mirada embelesada como una muñeca de porcelana y ella se inclinó ligeramente antes de desfilar.

—Me llamó su trabajadora social—, afirmé, acercándome a la cama.

Gimió. —Esa maldita chica. Le dije que no te preocupara—.

—Pues lo hizo y me lo dijo todo. ¿Viagra?—, apreté los puños reprimiendo mi frustración. —¿De todas las cosas que podías tomar, eliges sobredosificarte con Viagra?— Mi voz fue un poco más dura de lo que había pretendido, pero no me disculpé por ello. Este viejo merecía una paliza.

Él hizo un gesto de desprecio con mis arrebatos y rodó los ojos como un adolescente. —Solo fue una cosa de una vez y bueno, ella estaba caliente—.

¿Ella estaba caliente?

Me reí.

¿Cuántos años creía que tenía este hombre?

Si no me importara y el hecho de que era mi abuelo, lo habría golpeado en la cabeza con un bate.

—¿Qué hace un hombre con problemas cardíacos tomando Viagra y acostándose con una mujer? ¿Quieres matarte?

Entrecerró los ojos. —Alguien tiene que hacerlo ya que mi único nieto se niega constantemente a casarse o darme bisnietos—.

Pasé los dedos por mi pelo y reprimí un gemido. —¿No te cansas de tener esta discusión conmigo?

—No. Pronto cumples treinta años. Necesitas una esposa, unos bebés, un hogar estable—. Incliné la cabeza con arrogancia mientras me fijaba con una mirada que decía que discutiría este asunto hasta el final pero yo no tenía ningún deseo de discutir nada con él ya que acababa de sobrevivir por poco a un infarto y no quería ser la causa de otro.

Suspiré. —No voy a discutir esto contigo—.

—Killian, necesito irme a la tumba sabiendo que no terminarás tan solo como yo—.

Mi pecho se apretó. —No vas a morir—.

Él se encogió de hombros. —Soy viejo. Mi corazón ya no es tan fuerte como una vez fue y tarde o temprano me reuniré con mi hija, tu madre. Si ella estuviera viva, hubiera querido que dejaras de andar con todas esas mujeres y te sentaras. ¿Es mucho pedir?

Mi mandíbula se tensó. No quería hablar de esto. —¿Por qué no te sometes a la operación que recomienda tu médico?

—¿Y por qué tú no te casas?— Contraatacó. —Quizás si tuviera bisnietos que me hicieran compañía, el dolor de tal operación valdría la pena—.

Froté mis manos sobre mi cara. Como hombre, tenía mis códigos. Casarme o tener hijos no era uno de ellos. No me interesaba el compromiso o la devoción y el incidente con mi ex debería haber sido suficiente para promover mis razones, pero este hijo de puta no cedía.

—¿Estás diciendo que no te operarás si no me caso?

Asintió simplemente. —Sí—.

Dios, este hombre era tan terco y rígido como un tronco de madera. —¿Siempre tienes que ser tan malditamente rebelde?

—Si eso significa que no terminarás solo entonces... sí—.

Exhalé un aliento de incredulidad.

Yo estaba lejos de estar solo.

No sufría. La mayoría del tiempo no sentía nada. Pero no estaba solo.

—No estoy solo—.

—Has cambiado desde tu relación con Megan. Te has vuelto más cruel y sé que el dolor

duele pero—

—¡Déjalo!—, lo corté, no quería oírlo. No quería que me lo recordaran. —No me casaré—.

—Sé que no puedo obligarte. No quiero obligarte. Pero no daré mi consentimiento para la operación hasta que lo hagas—.

Por alguna razón, la ira se retorció en mi estómago. —Bien—.

—Bien—, repitió.

—¡Bien!

• Capítulo 3

Hope

Por el resto de la semana, me sumergí en mis novelas no leídas y en mi trabajo en el diner de Joe. Lesley estaba ocupada también; intentando trabajar sus turnos mientras me ayudaba a localizar el paradero del padre de mi bebé.

Aparentemente, no era tan fácil como pensaba y resulta que era un hombre difícil de encontrar. Admito que eso me irritó. Quiero decir, decidir tener este hijo fue una decisión difícil. ¿Y si Lesley nunca lo encontraba y tenía que criar a mi hijo sola, sin manutención ni figura paterna?

No hace falta decir que para el miércoles me sentía mucho mejor.

Había visitado el hospital para un informe oficial. Afortunadamente, una clínica local me aceptó, aunque me hicieron esperar un día.

Esa misma noche, llamé a mi madre para ver cómo estaba, me sentía culpable de esconderle mi embarazo, pero no pensaba que estuviera lista para saberlo. Especialmente cuando ella seguía haciendo de casamentera e intentando concertarme citas a ciegas con cada soltero atractivo de su cuadra.

Procedió a contarme sobre su trabajo y lo cómodo que ha sido. Trabajaba como enfermera en uno de los hogares de retiro suburbanos locales.

—¿Cómo van las cosas contigo, Hope?

Por un momento, dudé. —Estoy bien. El clima es genial aquí y los negocios van bien.— Y estoy embarazada de un desconocido y vomitando toda la maldita mañana.

—¿Ya conociste a alguien?

La emoción en su voz era palpable.

—No, mamá—, estaba en una etapa de mi vida donde lo menos que me preocupaba era encontrar un hombre. Todos eran iguales. Ponían tanto esfuerzo en conquistarte, haciendo todo

lo posible por cortejarte, pero en el momento en que empezaban a acostumbrarse a ti, comenzaban a aburrirse, luego rompían tu corazón, lo tiraban al desagüe y seguían con la siguiente víctima desafortunada.

Toma por ejemplo mi reciente desastre, Milton. Lo conocí en Tinder hace dos años. Era un hispanoamericano que hablaba dos idiomas y trabajaba en la NYU como profesor de inglés.

Encantador, ¿verdad?

Cuando vi su perfil por primera vez, pensé que era solo otro estafador de Tinder, o un tipo realmente atractivo con una foto de su pene en espera, pero resultó que era diferente. Era encantador, dulce y conocía la diferencia entre —I am— y —am—, lo que te sorprendería.

Cuando me invitó a salir, acepté sin pensar. Parecía ser todo lo que quería en un hombre. Tuvimos varias citas e hicimos cosas tiernas juntos, tuvimos sexo vainilla. Dios, creía que era el indicado, creía sin la más mínima duda de que era mi pareja perfecta, mi deslizamiento a la derecha, el hombre con el que pasaría el resto de mi vida y no esperaba que me engañara, pero lo hizo; con Thelma, su jefa que, me atrevo a decir, tenía el doble de mi edad y el atractivo sexual de un pez borrón.

Verás, eso fue lo que me hizo decidir, y fue una verdad horrible, confusa y desgarradora, pero después de que todas mis relaciones consecutivas resultaron ser fracasos colosales, absolutamente sin valor y una total pérdida de tiempo precioso, finalmente decidí que nunca iba a encontrar el amor verdadero o un hombre decente que amar. Así que tomé un receso de las citas y gasté mi dinero en vibradores en su lugar.

—Cariño—. La voz de mamá me sacó de mi espiral de pensamientos. —Realmente necesitas salir más. Me preocupas. Ya casi tienes 27 años, necesitas sentar cabeza.

—Madre, estoy bien, de acuerdo. No tienes que preocuparte.

El viernes por la mañana, daba vueltas en el vestuario del diner de Joe esperando a que Lesley apareciera.

Apenas había dormido la noche anterior porque en cuanto me dijo que lo había encontrado, todo se desmoronó.

—Hey, amiga embarazada—, bromeó en cuanto entró por las puertas, pero yo no estaba de humor para bromas.

—¿Qué encontraste?

—¡Uf, por qué tienes tanta prisa?

—Lesley, por favor—. La insté. —Realmente no estoy de humor para bromas.

—Está bien, está bien—. Suspiró. —Bueno, como sabes, lo encontré, y resulta que es un pez gordo en Haight-Ashbury. Aunque no pude descubrir mucho, conseguí su tarjeta de visita. Deberías llamar y concertar una cita.

Mi corazón se apretó y sentí un empujón en mi estómago.

—Aquí.— Ella metió la mano en su bolso y me entregó la tarjeta. La acepté con manos temblorosas y miré fijamente los dígitos.

Habían pasado más de dos meses y probablemente olvidó que existía. Me mordí el labio. Él ni siquiera parecía el tipo de hombre que querría estar atado por un hijo con un ligue y por nuestro encuentro, pude decir que era un Playboy empedernido.

—Llámallo—, instó Lesley, contrarrestando mis pensamientos.

—Tengo miedo, Les, ¿y si no quiere al bebé? Me refiero a que quiero que mi hijo tenga una familia, pero ¿y si él no quiere formar parte de esto?

—Entonces él se lo pierde.— Hizo clic con la lengua. —Solo llámalo, está bien, probablemente sea lo correcto. Si no quiere nada que ver con eso, podemos hacer que pague manutención.

Dios, sus palabras sonaban tan convincentes, pero no quería tener que enfrentarlo. No estaba segura de poder.

Como si leyera mis pensamientos, me dio una palmada en el hombro. —Ya sabes, a todos les gusta la salida fácil de la vida, pero esto no es algo que puedas evitar. Llámallo. Dile que necesitas hablar y ve a algún lugar privado para hacerlo.

Tomé una gran bocanada de aire y luego me giré hacia mi celular. Tenía razón. Sí, tenía toda la razón. No importaba si quería ser parte de la vida de mi bebé o no. Solo iba a decírselo y terminar con eso.

Sí, iba a decírselo.

Tenía que hacerlo. Sin importar el resultado.

Por un momento, mis dedos se cernieron sobre el botón de llamada verde, mi corazón saltando latidos.

Hazlo, Hope.

Tomé una respiración profunda y presioné —llamar—.

• Capítulo 4

Hope

El viaje en metro de Bayview a Powell Street fue largo y tuve que soportar la cacofonía de ruido que usualmente proviene de la gente peleando constantemente por asientos libres.

Avanzando rápidamente media hora después, estaba parada frente a un enorme vestíbulo mientras pasaba la mano por el vestido rojo que Lesley había escogido para mí.

Tomando una respiración profunda y ajustando mi pequeño vestido una vez más, me dirigí a través de la entrada.

La recepcionista; una chica de cabello castaño rojizo perfectamente vestida, de mi edad, se sentó detrás de un escritorio de mármol. Ella sonrió amablemente. —¿En qué puedo ayudarte?

—Hola, sí, por favor. Estoy aquí para ver a Killian Fobster.

—¿Él te espera?

—Llamé para programar una cita ayer.

—¿Cuál es tu nombre?

—Hope Sterling.

Ella sonrió. —Disculpa un momento, señorita Sterling—, consultó algo detrás de su escritorio por un momento. —Genial, te están esperando. Por favor, toma el último ascensor a la derecha hasta el piso dieciséis.

Después de entregarme una tarjeta de seguridad estampada con el logo de la empresa, asentí con un rápido agradecimiento y me dirigí al ascensor. Me llevó con velocidad letal hasta el piso dieciséis y cuando salí, exhalé un profundo suspiro que no me había dado cuenta de que contenía.

Según el letrero en el vestíbulo, el CEO interino ocupaba todo el piso, lo cual fue una

sorpresa para mí porque, bueno, sabía que Killian tenía dinero, pero no tanto. Supongo que de alguna manera era reconfortante saber que el padre de mi hijo tenía finanzas estables.

Alisando las arrugas inexistentes en mi vestido, me abrí paso por el amplio pasillo iluminado y pronto me encontré ante una rubia oscura vestida impecablemente de negro y blanco.

—Buenos días.

Ella envió una sonrisa compasiva en mi dirección. —Buenos días. El Sr. Fobster no está disponible en este momento.

—Estoy dispuesta a esperar,

—Si así lo deseas.— Ella señaló hacia el sofá lujoso situado cerca de las ventanas de suelo a techo que iluminaban el horizonte de San Francisco en su máximo esplendor.

Tomando la señal, me dirigí hacia él y me senté, tratando de calmar mis nervios haciendo el ejercicio de respiración que aprendí viendo Jane the Virgin.

Inhala . . .

Exhala . . .

Inhala . . .

Exhala . . .

Conforme pasaban los minutos, repetí la rutina y parecía funcionar para mí porque no me sentía tan tensa como cuando entré, pero en el momento en que el ascensor dio un timbrazo, todo pasó de cien a uno.

Mi corazón latía fuerte y rápido y sudor brotaba de mis palmas. Santo cielo. Ese traje. Nunca había visto a alguien llevar un traje rojo con tanta clase antes.

Caliente era la única palabra que venía a la mente y quizás si no tuviera ese ceño fruncido en su rostro habría sido incluso más atractivo.

Parpadeé y parpadeé de nuevo, observando cómo le gritaba a su teléfono.

—¡Simplemente haz tu trabajo, Ambrose! Haz tu trabajo. ¿Es mucho pedir? ¿Para qué te pago si no puedes hacer que firme esos malditos papeles de consentimiento?-¿Qué? Es un anciano, ¿cuán difícil puede ser?-Si me haces una pregunta más estúpida te juro que-¡Escucha, resuelve esto y luego vuelve a mí cuando tengas una solución que valga mi tiempo y será mejor que sea pronto porque si algo le pasa lo enviaré a ti y a todos en ese hospital al infierno!

Vaya. Un verdadero momento de qué diablos.

No sabía por qué, pero escucharlo maldecir así me ponía más ansiosa.

Ahora había terminado la llamada telefónica, pareciendo como si alguien le hubiera meado en su cereal matutino. Una vena resaltaba en su cuello mientras se inclinaba hacia atrás para pasar su mano por su exuberante cabello en frustración.

La recepcionista se puso de pie cuando pasó junto a ella. —¡Buenos días, Sr. Fobster!

Ahora que no estaba gritando con ese barítono rasposo que me hacía sangrar los oídos, no podía entender muy bien de qué discutían. Así que simplemente me senté allí, pacientemente esperando que él me notara.

Una parte de mí quería desesperadamente que me reconociera, otra esperaba que no lo hiciera, pero la forma en que esos oscuros ojos de dame duro se volvieron un tono más oscuro cuando se encontraron con los míos me dijo que me reconoció vívidamente.

Santo cielo. Mis labios se separaron para acomodar respiraciones más rápidas. Anudé mis dedos juntos, mi corazón latiendo tan rápido que estaba segura de que iba a salir disparado de mi pecho.

Sostuvo mi mirada durante sólidos cinco segundos antes de devolver su enfoque a su secretaria. —¿Estamos claros?

Cuando asintió, agarró la taza de lo que fuera que ella le había dado y se paseó directamente a su oficina sin darme otra mirada.

Preocupada, me volví hacia su secretaria. Ella sonrió. —Ahora puedes entrar.

Me mordí el labio, observando la puerta. —¿Estás segura?

Ella asintió. —Te recibirá ahora.

Tragando el nudo grueso en mi garganta, tomé mi bolso, me levanté y me dirigí hacia la puerta.

Cuando llegué, toqué ligeramente antes de entrar.

El espacio de la oficina era grande. Ya se había acomodado en la silla detrás de su escritorio de vidrio y ahora sorbía de la taza de lo que fuera.

—Hola—, croé, rompiendo el vacío verbal entre nosotros. —Te he estado esperando.

—Así me lo dijeron— Se recostó en su silla y tomó otro sorbo con la vista clavada en mí, devorándome, haciéndome sentir expuesta y vulnerable.

Dios, era intimidante, y la tensión en la habitación se volvió tan densa que apenas podía respirar bien.

—Bueno, no te quedes ahí parado, toma asiento— Habló de nuevo, indicándome el sofá de cuero negro con un gesto.

Parpadeé. —Claro— Caminé hacia él con cautela y me senté.

—Supongo que tienes una razón específica para solicitar esta reunión— Su tono se suavizó un poco, pero la sequedad que persistía era aún muy palpable.

Me aclaré la garganta. Por alguna razón, sentía una sensación extraña en el estómago y tenía unas ganas intensas de orinar. —Bueno... no sé si todavía me recuerdas, pero nos encontramos en el—

—No necesitas desenterrar memorias intrascendentes, señorita Sterling— Me interrumpió y fruncí el ceño.

¿Intrascendente? ¿Pensaba que lo que compartimos fue intrascendente??

—Te recuerdo vívidamente— Continuó. —Ahora dime, ¿qué es lo que quieres?

—Vine aquí porque tengo algo que decirte—

Él sorbió de su taza. —Continúa.

—Bueno... nosotros... eh— Vale, esto iba a ser mucho más difícil de lo que pensé. Había pasado gran parte de la noche ensayando, buscando las palabras adecuadas y maneras menos letales de darle la noticia de mi embarazo, pero estar aquí sentada frente a él me dejó sin palabras.

Aclaré la garganta e intenté de nuevo. —...sobre la última vez... cuando nosotros...

Inclinó la cabeza como si tratara de leerme la mente. —No puedo acostarme contigo de nuevo si es eso lo que estás insinuando—

Negué con la cabeza, un poco horrorizada por su declaración y el hecho de que creyera que había venido hasta aquí solo para reavivar lo que una vez compartimos. —Te aseguro que no vine por eso—

—Entonces— Movié su muñeca y echó un vistazo a su reloj de aspecto costoso. —¿Puedes ir al grano? Tengo una reunión que preparar—

—Estoy embarazada—

Las palabras salieron de mi boca antes de poder detenerlas y durante varios segundos, la habitación quedó en silencio, el único ruido que se escuchaba era el zumbido de los ventiladores de aire.

Él me miró con expresión vacía, indescifrable.

Quizás mi voz no fue lo suficientemente clara. Quizá no me había escuchado bien. Aclaré la garganta. —Dije que estoy—

—Te escuché la primera vez, señorita Sterling— Me cortó, sus ojos encontrándose con los míos de nuevo. —Y si has terminado de decir lo que viniste a decir, puedes irte—

¿Qué demonios quería decir con eso?

¿Pensaba que estaba mintiendo?

Apresuré mi bolso. —Acabo de decirte que estoy embarazada, Killian—

—Y yo te dije que te fueras si has terminado—

Una puñalada de decepción me golpeó directo al corazón. —¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Un nervio tembló en su mandíbula. —Está muy claro que me has confundido con uno de los otros hombres con los que probablemente has dormido. Te sugiero que te vayas ahora y encuentres al hombre responsable porque, si realmente estás embarazada, te aseguro que no es mío—

—Killian, este bebé es tuyo— Señalé, sintiendo la necesidad de defenderme.

Se recostó en su silla y suspiró. —No eres la primera mujer que entra a mi oficina e intenta colgarme un falso embarazo. Señorita Sterling—

Mentiría si dijera que su elección de palabras no me enfureció. Sabía que venir aquí y darle la noticia no iba a ser fácil, nadie podía estar completamente preparado para estas cosas, y descubrir que ibas a ser padre era un golpe muy grande. Sus irritaciones eran comprensibles, pero eso no significaba que pudiera pisotear la pizca de dignidad que me quedaba.

—Mira, no vine aquí para lanzar falsas acusaciones. Vine porque pensé que necesitabas saber que llevaba tu hijo— Saqué de mi bolso los resultados de las pruebas. Me levanté y caminé hacia él. —Toma— Extendí el brazo con ellos.

Él observó el contenido del papel sin tocarlo. —¿Qué es esto?

—Es la prueba de que no miento. Fui al médico hace unos días para hacerme una prueba y salió positiva—

No tomó el papel.

—Eso no significa nada. Por lo que sé, podrías haberlo falsificado fácilmente—

—No lo haría— Me defendí.

Él levantó una ceja sarcástica. —¿Y esperas que te crea que no has follado con otro hombre desde la última vez que nos vimos?— Su voz cayó a niveles helados.

Negué con la cabeza, intentando ocultar mi dolor. —No he dormido con nadie más. Solo ha sido contigo—

Sus labios se curvaron en una expresión de disgusto. —No creo en tu historia—

—Killian, necesitas escucharme—

—No tu escucha— Se levantó de golpe de la silla. —Si es dinero lo que quieres, te lo daré. Ahora, puedes inventarte un montón de mentiras y venir aquí a decir lo que te dé la gana, pero me niego a aceptar que el niño que llevas es mío—

Mis ojos se llenaron de lágrimas. —¿Cómo puedes decirme esto en la cara? No vine por tu dinero. ¿Crees que estoy contenta con esto? ¿Crees que quiero estar embarazada? ¡Solo tengo 26 años! Tengo toda mi vida por delante. ¡Esto pasó porque la cagamos, esto pasó por nuestro error!

—¿Nuestro error?— Se rió sin humor. —No lo llamaría un error ya que tú querías follarme tanto como yo a ti. El único error que cometí fue confiar en que eras lo suficientemente inteligente como para eliminar cualquier residuo de mí en tu sistema—

—¡Killian!— Los nervios de este hombre.

—No es mi hijo. No voy a ser responsable, así que te sugiero que salgas y encuentres al tipo que te folló y te dejó embarazada—

Las lágrimas atascaron mi garganta y quemaron mis ojos. —Puedes negar la realidad del niño, pero eso no cambia el hecho de que es tuyo—

Su rostro se contorsionó con repulsión. —Sal—

Mi corazón se hundió. —Killian...

—¡Te dije que te fueras ahora!

Su grito de orden me hizo saltar de miedo. Gemí, pero levanté la mano a mi boca para bloquear el sonido.

—¡Te juro por Dios que si me haces pedir una vez más no me vas a gustar! ¡Joder, vete!

—Está bien—. Sollocé. —Me iré—

Recogí mi bolso y caminé hacia la puerta, reteniendo las lágrimas mientras sostenía la manija y le echaba un vistazo de reojo. —Tu madre debería avergonzarse de ti...

• Capítulo 5

Killian

Nunca me había sentido tan asqueado en mi vida.

¿Embarazada? ¿De mí?

Mentira.

No podía ser mío, siempre era cuidadoso, siempre lo había sido. Y debería haber estado trabajando en lugar de acabar mi tercer vaso de alcohol, pero esa perra me descompuso y arruinó completamente el resto de mi día. Quizás mi semana.

Mierda. Me dejó incapaz de concentrarme en el trabajo, y todo lo que podía hacer era maldecir en voz baja y tomar más tragos mientras pensaba en la noche en la que la había follado sin restricciones.

Levanté el vaso a mis labios, dejando que las últimas gotas se deslizaran en mi boca. Estrictamente hablando, no era asunto mío recordar esa noche, pero Hope se estaba convirtiendo en la causa principal de mi desastre, y en este momento, ya no estaba seguro de nada.

¿Y si... no me estaba mintiendo?

La expresión de su rostro debería haber sido suficiente para hacerme creerla, pero simplemente no quería que fuera verdad. ¿Y si había una pequeña posibilidad de que estuviera embarazada de un niño, de mi niño? Un niño que definitivamente no quería, un niño que había jurado que nunca tendría.

Bajé las gafas y pellizqué el puente de mi nariz, sintiendo el peso de mi situación.

Y de todas las jodidas cosas que pudo haberme dicho, eligió esas palabras exactas.

—Tu madre debería avergonzarse de ti—.

Estaba obsesionado por completo con la profunda realización que venía de sus palabras y a

medida que pasaban las horas, continuaba atormentándome porque en el fondo, sabía que no había palabras más ciertas.

Quiero decir, con la forma en que trataba a la gente a diario, ella habría estado avergonzada.

La desesperación se apoderó de mí. Aparté el dolor de mi pecho y pensé. Necesitaba ocuparme de esto, pero primero, necesitaba estar seguro de que el niño era mío.

Naturalmente, hablar con Hope estaba fuera de la cuestión. Necesitaba averiguarlo de alguna otra manera y sabía quién era el hombre para el trabajo.

Pulsé el botón del intercomunicador que me conectaba con mi secretaria y grité su nombre.

—Sí, señor Fobster?— Respondió después de un momento.

—Traiga a Jerry del departamento de Recursos Humanos y dígame que haga un barrido ejecutivo sobre una chica llamada Hope Sterling. Quiero saber todo lo que haya que saber sobre ella, desde dónde vive hasta dónde trabaja, con quién se ha acostado, con quién habla y qué ha estado haciendo en estos últimos meses, y no me importa si necesita hackear la NASA para encontrarlo. ¿Entendido?

—Notado, señor Fobster—.

—Bien—.

Corté la línea y me recosté en mi silla.

Joder.

• Capítulo 6

Hope

Intenté respirar suficiente aire, intenté respirar bien, pero el dolor que sentía era tan intenso que no estaba segura de poder ganar la batalla. Mis brazos se envolvieron fuertemente alrededor de mí misma. Sentía como si me estuviera desmoronando. Nunca había sentido algo así antes. Era nuevo. Indeseado. Nunca quise experimentarlo de nuevo.

—Hope, por favor dime qué salió mal—, imploró Lesley, entregándome otro rollo de pañuelos de papel. —No puedo ayudarte si no me cuentas qué pasó—.

Sacudí la cabeza, las lágrimas caían de ambos lados de mis ojos mientras soplabla en el pañuelo y lo tiraba a un lado. Me hice ver como una completa tonta.

¡Estúpida, estúpida! ¿Qué estaba esperando, honestamente?

Lesley se mordió el labio, exhalando una fuerte bocanada que solo podía ser frustración. —Entras a tu casa llorando a mares, y ahora esperas que me siente a mirar como si nada hubiera sucedido?

Cerré los ojos, inhalé y me obligué a dejar de llorar. Killian Fobster era un capullo que no merecía mis lágrimas. No merecía a este bebé.

—Está bien, no me lo digas—, habló Lesley después de un minuto de mirarme. —Pero no me voy a quedar aquí y verte llorar. Me voy—.

Se levantó bruscamente, a punto de abandonarme. Eso era lo último que necesitaba en este momento. —Lesley...— Mi voz se quebró. Ni siquiera podía articular palabras. Se giró para mirarme y verla me trajo lágrimas frescas a la cara. —Él lo rechazó... él... me dijo que saliera de su oficina... él...

Me atraganté y bajé la cabeza. La vergüenza me punzaba el pecho. Nunca me había sentido tan inútil en toda mi vida y solo quería terminar con esto. Quería acabar con todo.

—Hope.— Sentí cómo envolvía su mano alrededor de mí al volver a sentarse. —Si él no quiere saber nada de esto, es su pérdida. Todavía podemos hacer que pague una pensión alimenticia o algo así.— Secó mis lágrimas con el dorso de su mano. —¿Quién necesita a un

hombre de todos modos? Hay muchas madres solteras felices ahí afuera. Y además me tienes a mí—.

Mis hombros se sacudieron con una risa patética. —¿Qué sabes tú sobre embarazos?

Ella se encogió de hombros. —No mucho, pero te daré masajes en los pies cuando estés gruñona y podría acompañarte a esas extrañas consultas.

—¿Te refieres a la ecografía?

Asintió. —También soy tu mejor amiga, Hope. Te amo y quiero lo mejor para ti y no voy a dejarte por nada del mundo.

Asentí y le di las gracias, justo cuando se abrió la puerta de mi apartamento y solo había una persona que tenía una llave de repuesto.

—¿Hope?! ¿Estás en casa?!

Sentí cómo el aire salía de mis pulmones de golpe. Era Scott. Mi hermano.

Miré a Lesley, con los ojos muy abiertos por el miedo. —Dios mío, no quiero que se entere así, Lesley.

No podía, no quería decirle, estaría tan decepcionado.

Lesley tomó mi mano entre las suyas, silenciando mis divagaciones irracionales.

—Díselo, Hope, esta es la única oportunidad que vas a tener.

—¿Hope?— Llamó desde el pequeño vestíbulo. —¿Dónde estás?

Me mordí el labio, asustada de ir hacia él, asustada de decirle la verdad.

—¿Hope?— Volvió a llamar, sonando irritado. —Me estás asustando, ¿dónde demonios estás?

Tragué el nudo en mi garganta y luego grité con voz débil. —Estoy en mi habitación.

No tardó más de unos segundos en aparecer en mi dormitorio, alto y erguido con su suéter de cachemira marrón favorito.

El silencio que fluía entre nosotros era despreciable. Me escudriñó con el ceño fruncido de curiosidad. —Hope, ¿está todo bien?

Negué con la cabeza lentamente. Nada estaba bien. Nada iba a volver a estar bien.

—Voy a estar en la cocina—, anunció Lesley, frotándome los hombros suavemente antes de levantarse y alejarse.

—¿Por qué tienes los ojos hinchados?— Se acercó para sentarse a mi lado. Olfateaba bien, a lirios frescos y talco para bebés. —¿Has vuelto a llorar?

Tragué, intentando reabsorber las lágrimas que se acumulaban en mis ojos, pero simplemente no se secaban.

—¿Has fracasado en otra entrevista de trabajo?

Negué con la cabeza, tapándome la cara con las manos. Decirle a Lesley sobre mi embarazo era una cosa, pero esto... no podía.

—Está bien Hope, ya me estás asustando de verdad—, levantó mi barbilla, aprisionándome con su mirada. —Por favor, di algo.

Una mirada a esos ojos hizo que las lágrimas volvieran a mis ojos. Dios, era patética.

—Vamos, háblame—, insistió, apartando mis lágrimas con el dorso de sus dedos. —Háblame, cariño.

Solloce y me aparté, murmurando las palabras en un susurro. —Estoy embarazada.

Scott parpadeó, mirándome como si acabara de crecerme una segunda cabeza. —¿Cómo dices?

Volteé mi cabeza, mis palabras fueron las mismas que la última vez. —Estoy embarazada, Scott.

Retrocedió lentamente, sus siguientes palabras salieron quemando de su garganta como ácido. —¿Qué, cómo, cuándo pasó esto?

Exhalé un respiración profunda. —Hace dos meses, yo—

—¿Llevas dos meses embarazada?— Interrumpió, cortando mis palabras.

Mi garganta se cerró. Quería discutir, convencerlo de alguna manera que todo era un terrible error, pero ¿cómo podría hacerlo?

—Me enteré hace un par de días. No tenía idea de que estaba embarazada todas estas semanas.

—¿Quién más sabe de esto, Lesley lo sabe?— Pasó una mano por su cabello. —Oh, ¿para qué me molesto? Por supuesto que lo sabe.

—Hey, no me metas en esto—, llamó Lesley desde la cocina, claramente escuchando a escondidas.

Volvió la cabeza para mirarme.

—¿Y supongo que sabes quién es el padre?

—Al parecer... es el director general de esta enorme empresa; Finanzas Fobster.

Sus ojos se abrieron y sus fosas nasales se inflaron de furia apenas contenida. —¿Killian Fobster? ¿Estás embarazada de ese imbécil?

—¿Lo conoces?

El disgusto rezumaba por cada poro de su cara. —Sí, lo conozco. Es un imbécil que trata a la gente como mierda. ¿Cuándo se aprovechó ese bastardo de ti y por qué no me lo dijiste?!

—No se aprovechó de mí. Fue mutuo.

—¡Debería haber usado protección, maldita sea!

—Lo hicimos... los accidentes ocurren.

—¿Los accidentes ocurren?! ¿Cómo has podido ser tan descuidada? ¡Deberías saberlo mejor que esto!

—Fue solo una noche... y yo—

—¿Lo sabe mamá?

Mi cabeza se alzó. —No puede saberlo, no aún.

Su mandíbula se tensó. —¿Esperas que le mienta?

—Por favor, se lo diré cuando esté lista.

—¿Y cuándo será eso?!

Ahora me estaba gritando y yo me volvía emocional, más emocional de lo normal, y todavía no me había dado cuenta, pero las lágrimas seguían cayendo mientras le gritaba a él. —¡Estoy pasando por mucho ahora mismo, Scott! ¿No crees que me doy cuenta de lo jodida que está esta situación? ¡Estoy embarazada! ¡Estoy jodidamente embarazada! ¡Y estoy al borde del pánico! ¡Así que puedes dejar de gritarme!— Mi temperamento ardía en mi pecho.

Su expresión se suavizó.

—Mierda, lo siento, Hope, estás embarazada, esto es tan jodido, mierda.

—Lo sé—, murmuré, dejando caer los hombros en señal de resignación.

Tras una breve pausa, preguntó. —¿Quieres quedártelo?

—Sí.— No había estado tan segura antes, pero ahora sí lo estaba.

Asintió pensativo. —¿Lo sabe Killian, qué dijo al respecto?

—Él no quiere saber nada de esto.

—¿Dijo eso?

Asentí.

—Juro por Dios, voy a matarlo.

—No Scott, no lo harás.

—A la mierda con eso.— Hizo un movimiento para levantarse, pero lo arrastré de vuelta a mi lado y agarré su brazo con fuerza. —Por favor, no hagas nada. Fui yo la que la cagué, fui yo la que fue al club esa noche y decidió beber, aunque sabía lo mal que estaba. Hice el ridículo, soy una completa zorra.

—¡No vuelvas a decir eso sobre ti misma!—, sostuvo mi brazo, la crudeza de sus palabras hizo que lo mirara con los ojos acuosos. —Independientemente de la situación y cómo te metiste en ella, nada de eso te hace una zorra. Nunca quiero volverte a oír menospreciarte así. Nunca—, su voz contenía un atisbo de compasión y agresión.

—Scott...— Mi garganta se tensó lentamente y mi nariz comenzó a arder.

—Mierda. No me importa si él está interesado en el niño o no, yo te cuidaré, ¿vale? Eres mi hermanita y nada va a cambiar eso. Ahora no quiero verte llorar más por esto.— Me atrajo hacia un abrazo, su amplia figura sirviendo de soporte mientras susurraba palabras de aliento.

—Lo siento—, musité, abrazándolo más fuerte.

—Por hoy, te dejaré llorar todo lo que quieras. Después de esto, te secas los ojos y mantienes la cabeza alta, ¿entiendes?

Lo abracé más fuerte y asentí, dejando caer las lágrimas.

Entendía.

• Capítulo 7

Killian

Mi vida era bastante tranquila. ¿Quería un Rolls-Royce Sweptail? Conseguía un Rolls-Royce Sweptail. ¿Quería pasar un mes en Suiza? Pasaba un mes en Suiza. ¿Quería un apartamento en un ático con vista a la gran ciudad? Me compraba un ático.

Durante tanto tiempo como podía recordar, viví mi vida como quería, controlando los resultados y todo lo demás que giraba en torno a ello, pero recientemente todo empezaba a desmoronarse y comenzó aproximadamente en el momento en que aquella mujer con cuerpo de diablo y cara de ángel entró en mi oficina.

Intenté pero simplemente no podía entender por qué una mujer como esa me intrigaba. Por lo general, prefería a mis mujeres glamurosas y elegantes, con confianza y experiencia y un cuerpo generosamente dotado para acompañar. Hope Sterling no era nada de eso. Era tímida y sencilla y demasiado inocua para mi gusto, y después de esa noche, debería haberla sacado de mi cabeza y olvidado por completo, pero hasta este mismo momento, atormentaba mi mente con un ritmo intoxicante que casi me volvía loco. Y ahora mismo, debería haber estado prestando más atención a la morena que se movía hacia arriba y hacia abajo sobre mi miembro, pero mi mente estaba ocupada con otras cosas.

Dejé escapar un repentino suspiro de frustración y pasé ambos dedos por mi cabello. No. Esto no estaba funcionando. Pensé que quizás el sexo de rebote con la mujer más bella que pude encontrar en el club de striptease limpiaría mi cabeza y me curaría de mi anhelo idiota, pero no lo hizo.

—Ya es suficiente—, gruñí, sujetando sus caderas para detener sus movimientos.

Ella jadeó con la boca abierta, con rastros de sudor resbalando por su piel lechosa. Sus ojos de cierva se fijaron en los míos y sus cejas se alzaron en interrogación. —¿Estoy haciendo algo mal? ¿No te gusta?

Mi miembro se tensó dentro de ella, listo para tomar, sin importarle la intensa fase de confusión mental en la que me encontraba. —Me gusta. Simplemente no estoy en el estado de ánimo adecuado.

—¿Por qué? ¿Qué te preocupa?

Bufé. No podía decirle que estaba preocupado porque un rollo con el que había tenido un gran sexo y en el que había estado pensando durante los últimos meses estaba ahora de vuelta en mi vida y afirmaba estar embarazada de mí. —No es algo de lo que quiera hablar.

—Está bien, no insistiré, pero me trajiste aquí por una razón—. Comenzó a moverse otra vez, haciendo más difícil pensar.

—Rosey, ya te dije—

—Por favor—. Imploró, agarrando mis hombros en un intento de aferrarse. —Aún estás muy duro dentro de mí. Por favor, déjame hacer esto, te prometo que puedo hacerte sentir mejor.

Mi fuerza de voluntad se retorció con cada movimiento que ella hacía. Gemí. Quizás podría disfrutar de esto e intentar olvidar más fuerte.

—Tomaré el control desde aquí.— Mantuve sus caderas en su lugar y empujé mi miembro dentro de ella más profundamente de lo que estaba dispuesta a recibir y ella se arqueó, gritando mi nombre.

No me detuve.

La fol*** casi demasiado brutalmente, disfrutando de los sonidos fuertes de piel contra piel que llenaban mi habitación.

—¡Oh, mierda! ¡Sí, ahí mismo!— Sus uñas se clavaron en mi hombro, cerrando los ojos. —Estoy tan cerca.

El ritmo de mis embestidas aumentó. Me enterré más profundo, una y otra vez, la violencia la llevaba al borde de las lágrimas y a mí al borde del orgasmo. —Mierda—. Le di una palmada en el trasero, sintiendo que mi estómago se tensaba de placer, y continué golpeando y follando hasta que su trasero estuvo rojo brillante y ella estaba gritando y retorciéndose sobre mi miembro —hasta que ambos sucumbimos a nuestro orgasmo, jadeando pesadamente.

Tomó un momento recuperar el aliento. Cuando volvió a la normalidad, salí de ella y deseché el envoltorio del condón. Ella seguía siendo un desastre jadeante.

Me levanté de la cama y recogí mis calzoncillos de donde los había lanzado apresuradamente para tomar mi miembro en su boca.

Justo en el momento en que me los volví a poner, sonó un golpe en la puerta de mi dormitorio.

—Señor.— Mi ama de llaves, Maggie, habló desde detrás de la puerta. —Uno de sus empleados, Jerry, acaba de llegar y solicita verlo.

¿Jerry?

Eso fue rápido.

No esperaba que él regresara con la tarea hasta mañana. Pero de nuevo, considerando que una vez trabajó con la CIA, no estaba demasiado sorprendido.

Rosey se dio la vuelta, quedando boca arriba. —¿Eso significa que hemos terminado?

Me acerqué a mi amplio tocador y seleccioné una de mis batas. —Sí. Debes irte.— La lancé sobre mí. —Llamaré al club y les pediré que te recompensen por tu servicio.— No esperé su respuesta. Abrí la puerta y salí, bajando la escalera hacia mi estudio donde Jerry me esperaba con un vaso de batido en mano.

—Buenas tardes, jefe.

—Sí, buenas tardes—, respondí con sequedad mientras caminaba hasta mi gran sillón de cuero y caía en él con un suspiro de agotamiento escapando de mis labios. —¿Qué traes para mí?

Él lanzó un sobre marrón sobre mi escritorio. Lo recogí y sentí que mi corazón se encogía cuando saqué una fotografía en escala de grises de Hope.

—Así que llamé a un favor de mi amigo en la inteligencia central y él pudo ayudarme con esto.— Me contó. —Todo lo que necesitas saber sobre ella está en su archivo, pero te ahorraré el estrés y simplemente te leeré la versión resumida.

Alcancé la botella de whiskey ya colocada en mi escritorio y serví una cantidad generosa en el vaso de cristal antes de echar la cabeza hacia atrás para drenar el contenido de un solo trago. —Vamos, entonces.

—Así que, Hope Sterling, o Rosabella si prefieres.— Comenzó. —Veamos. Nació en agosto de 1995 en Carolina del Sur, vivió allí con su mamá y su hermano hasta 2014 cuando se

mudaron a San Francisco. Parece que su padre nunca estuvo en la imagen.

Él sorbió su batido.

—Su madre trabaja como enfermera. Su medio hermano está casado y dirige una pequeña empresa. Ustedes dos trabajaron juntos en un proyecto. Supongo que no terminó bien ya que él dejó una reseña negativa en el sitio web de la compañía. Algo sobre usted siendo un gran capullo e hijo de puta.

Él se aclaró la garganta. —De vuelta a Hope. Terminó la universidad comunitaria hace tres años, pero no ha encontrado un trabajo bien remunerado, así que trabaja en un diner local, cuya comida es terrible por cierto. Vive en un pequeño condominio en Bay-view y no ha podido pagar su alquiler durante los últimos dos meses. Tiene una mejor amiga, Lesley, que también trabaja en el diner. Tuvo un novio una vez, pero eso fue hace dos años.

Mi ceño se alzó. —¿Por qué terminaron?

—La engañó.

Típico. Me serví otro vaso y lo vacié de un trago. —Continúa.

Él asintió y continuó.

—En sus días libres, suele quedarse en casa. Su historial de búsqueda en Internet consiste principalmente en búsquedas aleatorias y bueno.— Una pequeña sonrisa se iluminó en su rostro. —Tiene un gusto muy particular en porno.

Fruncí el ceño y él se rió. —La mayoría de las veces cuando no está en casa, está ayudando a su hermano a cuidar a los niños. No tiene muchos amigos hombres en su vida.— Finalmente cerró el expediente. —Bueno, eso es todo lo que pude encontrar.

Me recosté en mi silla y exhalé un suspiro. Esto era definitivamente mucha información. —Necesito que me hagas un favor.

—Cualquier cosa para usted, jefe.

—Organiza una reunión discreta con la señora Sterling.

—Señora Sterling. Entendido. ¿Algo más?

Negué con la cabeza. —Ahora puedes irte.

—¡De acuerdo! Nos vemos en la oficina, jefe.— Saludó con dos dedos sobre sus cejas y salió dejándome solo con el silencio mientras contemplaba la foto de Hope.

¿Un gusto único en porno, eh?

• Capítulo 8

Hope

El sabor del rechazo era amargo en mi boca. Habían pasado dos días pero todavía persistía.

Gemí mientras me arrastraba fuera de la comodidad de mi cama y me dirigía a la cocina por un café muy necesario. Probablemente también necesitaría algo de hielo si quería parecer de alguna manera respetable para el trabajo. Y sí sabía que tomar café no era saludable considerando que estaba embarazada, pero una taza nunca hizo daño a nadie.

Me desplomé en la encimera de la cocina mientras llenaba mi taza.

Hoy me arrastraba, me había drenado quedándome despierta anoche. No debería haberme quedado leyendo más allá de mi hora de dormir, pero era el único consuelo que podía encontrar a esa hora y totalmente tenía que averiguar qué le había pasado a Ace después de que Sofía... ya sabes...

Ahora lo estaba pagando.

Pronto llegué al trabajo y me puse detrás del mostrador. Me puse mi uniforme de trabajo y comencé mi turno aunque sentía que iba a desmayarme en cualquier minuto.

Según el folleto que obtuve del hospital, mi enfermedad matutina no debería haber estado empeorando, pero así era. Vomité dos veces esta mañana, y ahora sentía que la tercera subía a mi garganta.

—Hope, ¡unas patatas fritas en la mesa cuatro!— gritó mi colega.

—¡Ahora mismo!— respondí, vaciando mi mente y concentrándome en el trabajo.

Las siguientes horas pasaron en un borrón de náuseas y agotamiento. Cuando empezó la hora pico del almuerzo, estaba luchando para contener mis lágrimas. Todavía me arrastraba, demasiado cansada. Algunos clientes me lanzaron miradas impacientes, algunos se burlaban abiertamente de mi lentitud y cuando me equivoqué en el pedido de una mesa, me gritaron.

Sumado a mis hormonas disparadas, solo quería encerrarme en uno de los cubículos del

baño y desahogarme en consuelo de mis lágrimas. Si no podía trabajar, no podía ganar dinero, si no podía ganar dinero, me quedaría en bancarrota, si me quedaba en bancarrota no podría cuidar de mí misma o del bebé. Solo tenía dos meses y el peso ya era abrumador.

En algún momento, apoyé mi cabeza en la encimera. Me dolía la cabeza y no podía respirar. Sentía como un ataque de asma, excepto que no tenía asma. Cerré los ojos, respirando profundamente, y entonces, de repente unas manos se posaron sobre mis hombros.

—Hope—, era la señora Joe.

Miré hacia arriba. —Te ves tensa. ¿Qué pasa?

—No me siento bien.— confesé.

—Vamos, ven, te echaremos un poco de agua en la cara.

Tragué con fuerza. —De acuerdo.

Dos parpadeos y estaba de pie frente al amplio espejo del baño con agua goteando por mi cara de las salpicaduras.

—Te ves pálida.— Observó la señora Joe, mirándome con ojos bondadosos. —¿Has estado comiendo bien?

—He estado intentándolo.— Murmuré, girando la llave del agua para salpicar más agua fría en mi cara.

Antes de hablar, la señora Joe revisó detrás de la puerta para asegurarse de que no hubiera nadie. —Dime qué te pasa, Hope—, luego insistió, arrancando una toalla de papel y entregándomela.

—No pasa nada, solo estoy un poco cansada, eso es todo.— Mentí, temerosa de mirarla.

—Estos últimos días has estado perdiendo turnos, saliendo temprano y rompiendo cosas. Esto no es típico de ti, Hope.

Le lancé una mirada cansada. Era difícil defenderme en una discusión como esa, más

especialmente cuando no estaba equivocada.

Al encontrarse con mi mirada, la señora Joe dijo. —Sé que no es la gripe, soy una mujer como tú. Puedes hablar conmigo.

Suspiré, mi estómago revolviéndose con cada pensamiento. Entreabrí los labios, cediendo, a punto de vomitar mi dilema cuando de repente la puerta del baño se abrió de golpe, revelando a Jade, mi colega.

Se aclaró la garganta. —Perdón por interrumpir, pero Hope, tienes a alguien aquí para verte.

Mis cejas se juntaron. —¿Quién?

—No quiere decir, pero está insistiendo en hablar contigo.

La señora Joe me dio una palmada suave en la espalda. —Supongo que será mejor que vayas.

Suspirando suavemente, me alisé el vestido y salí, cayendo inmediatamente de mal humor en el momento en que vi a un hombre elegantemente vestido de pie frente a la cola de espera con unas enormes gafas de sol D&G cubriéndole los ojos.

Estaba involucrado en una acalorada conversación con el camarero que tenía delante, pero cuando me acerqué, se giró, atrapándome en la madeja de su mirada familiar.

Se me anudó la garganta y mentalmente sacudí la cabeza, intentando no pensar en lo atractivo que se veía con ese atuendo.

—¿Qué haces aquí?— Conseguí decir.

Bajó las gafas de sol en su nariz, sus ojos índigo oscureciéndose a un impresionante color medianoche mientras quemaban los míos. —Necesitamos hablar.

Coloqué mis manos en mis caderas, sintiendo que la defensiva crecía dentro de mí. —No quiero hablar contigo.

—No te estaba preguntando.

—Pues estoy trabajando ahora así que deberías irte.

—Como si me importara que estés trabajando o no.— Se dio la vuelta, sus ojos de repente cayeron sobre la señora Joe. —Supongo que usted dirige este lugar.

Ella dio un paso adelante y asintió. —Así es. ¿Hay algún problema?

—No, en absoluto, solo necesito llevarme a una de sus empleadas por el resto del día.

Mis cejas se arquearon. —¿El resto del día?

Él no se molestó en mirarme mientras se concentraba en la mujer de mediana edad que parecía tan sorprendida como todos en el local.

—Bien—, suspiró Killian, metiendo la mano en su bolsillo para sacar su gruesa cartera. —Pagaré por cada hora que ella esté conmigo.— Sacó un fajo de dólares y lo lanzó sobre el mostrador antes de volver hacia mí. —Ven.

Antes de darme cuenta de lo que estaba pasando, me encontré siendo arrastrada fuera del diner y hacia el calor cálido de la tarde.

—¡Suéltame!— protesté, pero no soltó mi muñeca hasta que estuvimos lejos de la escena y cerca de la acera donde había estacionado su coche rojo.

—¡¿Qué demonios te pasa?!— estallé, respirando con dificultad.

Ignoró mi pregunta y señaló el coche. —Entra.

—¡No voy a subir a un coche contigo!

Mi corazón latía dolorosamente contra mis costillas, mi estómago se retorció de auto-repugnancia, pero mis hombros se mantenían erguidos mientras cada gramo de dignidad que me quedaba se derramaba en mantenerme firme para enfrentarlo.

Me lanzó una mirada impaciente, el desprecio girando en sus orbes. —Vamos al hospital a hacerte una prueba. Si quieres que crea que el bebé es mío, tendré que verlo por mí mismo.

—No necesito que lo creas y no me haré ninguna prueba estúpida—, repliqué desafiante, lista para salir corriendo como siempre había planeado, pero cuando di el primer paso, me agarró por el codo y me jaló de vuelta, girándome en su lugar.

Cuando su mirada chocó con la mía, era fría. Helada. —No juegues a ser difícil conmigo. No te gustará cómo termina.

Mi espalda se tensó. No estaba segura de si ganaría una batalla de voluntades con él. Era impredecible e impulsivo, y la manera en que me miraba hacía que mi estómago se revolviera de una forma nada romántica.

—O subes ahora o te llevaré sobre mis hombros y te daré una paliza hasta que tus mejillas estén tan rojas y doloridas. Me ahorraré los sórdidos detalles de lo que sucederá después.

Ruborizada y ligeramente excitada, lo miré durante un largo momento antes de preguntar. —¿Haces eso con cada mujer que va en contra de tus deseos?

Él me miró inexpresivamente. —No preguntes cosas que no quieras saber.

Cabrón.

—Dame cinco minutos para terminar adentro.

—Tienes un minuto y nada más.

• Capítulo 9

Killian

—¿Tiene que estar aquí?— preguntó Hope, mirándome con desdén mientras yo me dejaba caer sobre el taburete al otro lado de la mesa de examen.

El técnico le lanzó una mirada extraña. —¿No es él tu esposo?

¿Esposo?

¿Esta mujer era ciega o acaso no veía la manera en que nos irritábamos mutuamente?

—No tengo todo el día, por favor proceda y deje de escuchar lo que esta mujer loca está diciendo.— Fruncí el ceño, jugueteando con mi reloj, girándolo hacia atrás y hacia adelante. Era mi manía nerviosa y en ese momento estaba bastante nervioso.

—Tú eres el loco,— murmuró Hope, tumbándose recta en la mesa de examen.

La ignoré.

—Parejas encantadoras,— comentó la mujer entre risas, negando con la cabeza divertida mientras cubría sus muslos con una manta y levantaba su vestido para aplicar gel de ultrasonido en su vientre.

Mientras comenzaba a mover el transductor, mantuve mis ojos fijos en la pantalla de televisión montada en alto frente a mí. Al principio, solo era un borrón de blanco y negro. Estaba calmado, no había nada de qué preocuparse. Pero cuando dejó de mover el transductor y presionó algunos botones en la computadora frente a ella, apareció en medio de un círculo oscuro y desigual una mancha en forma de camarón, lo que de repente hundió mi corazón.

Algo parpadeó dentro de la mancha. Sabía lo que era. Había visto uno cuando mi prima tuvo a su primer hijo. Era un bebé, presuntamente mi bebé, no mentía sobre el embarazo.

Mierda, no.

No había manera de que Hope estuviera embarazada de mi hijo. Habíamos usado condón.

Dios, ¿a quién engañaba?

La desesperación se deslizó por mi espina dorsal y se enroscó en mi estómago. Cerré los ojos y me restregué las sienes en frustración.

Conocía las estadísticas. Los preservativos no eran cien por ciento efectivos y había estado tan desesperado por acostarme con ella esa noche que no dudé en usar cualquier condón de aspecto raro que saqué del montón de preservativos gratuitos del hotel.

La técnica tomó medidas. —El bebé parece tener alrededor de 9 semanas y tres días. Permítame ingresar estas medidas en mi sistema y puedo darle una fecha de concepción y una fecha de parto.

Jugueteaba con mi reloj más agresivamente, concentrándome en la técnica mientras ella tecleaba los números en la pantalla, intentando procesar la información.

—El 21 de marzo o alrededor de esa fecha es cuando fue concebido el bebé,— determinó la mujer, dispersando mi nube de negación. —Esto hace que diciembre sea su fecha de parto. Su próxima cita con el doctor es en un mes.

—Ella está embarazada...— murmuré, absorbiendo mi realidad. Estaba jodidamente embarazada de mi hijo. Ya no había duda al respecto. Iba a ser padre. También iba a vomitar.

La mujer sonrió. —¿Le gustaría tener las fotos?

Hope asintió y procedió a imprimir tres imágenes en blanco y negro.

—Entonces el bebé está... ¿bien?— preguntó Hope nerviosamente.

La técnica centró su atención en ella. —Sus niveles de estrés son un poco altos, le sugiero que reduzca su actividad diaria al mínimo. Este es su primer hijo. Podrían ocurrir muchas cosas.— Le entregó una foto caliente. —El bebé parece saludable. Asegúrate de cuidarte, ¿de acuerdo?

Hope asintió, aferrándose a la foto. —Gracias,— dijo con voz ronca, observando cómo la mujer recogía su equipo y me miraba sabiamente antes de salir de la habitación.

Una vez solos, me pasé una mano por la cara y solté un suspiro sufrido.

Estaba jodido, definitivamente jodido. Se sentía como si mi mundo se hubiera volteado al revés. Era mi hijo. Hope no había mentido después de todo. Me había convencido tan bien de que ella mentía para sacarme dinero, pero ver esa mancha en la pantalla me sacó el aliento de los pulmones.

Tratando de mantener la compostura, aparté el pánico de mi pecho. Necesitaba manejar la situación lo mejor que pudiera.

Hope se bajó de la mesa de examen y se volteó hacia mí. —Espero que hayas obtenido las respuestas que tanto querías.

Ella tenía un tono seco en su voz que me hizo estrechar los ojos.

—Claramente. — Dije secamente mientras me levantaba. —Creo que ahora es el momento perfecto para hablar sobre tus opciones.

Sus cejas se fruncieron. —¿Mis opciones?

—No tienes que quedarte con el bebé si no quieres.

—No voy a abortar,— respondió, instintivamente pasando una mano sobre su vientre aún invisible. —Lo voy a tener.

—¿Has considerado la adopción?

—¡Por qué diablos consideraría la adopción o el aborto!— Elevó la voz hacia mí.

Suspiré. —¿Podrías calmarte?

—No me digas que me calme.

—Bien entonces grita todo lo que quieras como la mujer loca que eres.

Ella apretó el puño y habló entre dientes apretados. —Nunca llames a una mujer

embarazada loca.

—Nunca asumas que te pedí deshacerte de mi hijo.— Repliqué, estudiándola como un hombre intentando descifrar un rompecabezas complicado. Dios, iba a ser un problema. Me pasé la mano por el pelo y exhalé un suspiro. —Mira, obviamente tenemos muchas cosas de las que hablar.

Ella se burló, su voz ronca de gritarme. —No tengo nada que discutir contigo. Puedo cuidar de mí y de mi hijo sin tu ayuda. No soy una adolescente mamá y ciertamente no espero nada de ti.

—Si piensas que voy a dejarte pasearme por la calle, comiendo dios sabe qué y jodiendo a dios sabe quién con mi hijo ahí dentro, mejor piensa de nuevo.— Miré mi reloj. Mierda. —Voy a organizar una reunión para que podamos discutir como dos adultos maduros. Mañana a las cinco, mi conductor vendrá a buscarte.

—No, no lo harás.— ella replicó, desafiante.

—Sí, lo haré. A las cinco en punto.

—Tengo turnos de noche tardíos. Estaré ocupada todo el día.

—Al día siguiente entonces.

—Estoy ocupada todo el fin de semana.

Levanté una ceja en interrogación. —¿Con qué?

—Eso no es asunto tuyo.

Mi frente se arrugó en un ceño. —Te guste o no, tus asuntos se convirtieron en los míos en el momento en que quedaste embarazada, así que mientras antes dejes de actuar como una mujer enloquecida y comiences a pensar racionalmente, mejor para ambos. Ahora no me importa si tienes turnos a medianoche. Mañana a las cinco nos reuniremos y discutiremos.— Dije tajantemente, mirándola desde arriba.

Ella se cuadró de hombros. —Pues debes saber que—

—Ahórrame la insolencia Sterling, esto es definitivo,— dije, cansado de la conversación.

Ella apretó los labios. —Te odio.

—Díselo a alguien que no haya probado tu semen.

Ella parecía sacudida por la consternación. Me intrigó. Pero antes de que pudiera formular algún tipo de respuesta, me giré y me dirigí a la puerta. —Adiós, Srta. Sterling.

• Capítulo 10

Killian

—Voy a ser padre.

Esquivé justamente cuando la bebida de Brad se escapó de su boca en un chorro que manchó la barra de madera y al barman que rápidamente bajó con un trapo como si no hubiera esperado nada menos.

—¡Qué cojones!— Exclamó mi amigo rubio, secándose la humedad con el dorso de su mano mientras se inclinaba para soltar una ráfaga de risa profunda y sonora que hizo que las cabezas curiosas se giraran hacia nosotros. Y tal vez si no estuviera en un estado tan horrendo de dilema, lo habría encontrado lo suficientemente cómico como para reírme también, pero lo estaba.

Aparentemente, el fondo tenía un sótano y yo estaba viviendo en él.

Tomé mi vaso translúcido, la frustración royendo los bordes de mis nervios mientras tragaba una boca llena.

Francamente, había una parte de mí que no estaba contento con ello. Dejar embarazada a Hope era lo último que quería hacer y no ayudaba a mi caso el hecho de que anhelaba tenerla de nuevo.

Me recosté en mi asiento de cuero y jugueteé con mi reloj. Todo el día no había podido concentrarme en el trabajo, excepto por el hecho de que iba a ser padre y no había una maldita cosa que pudiera hacer para cambiarlo. Definitivamente ella no quería abortar y yo no iba a obligarla. Tenía reputación de ser un cabrón pero no era un hijo de puta asesino de bebés.

—Espera.— La risa de Brad cesó cuando notó mi expresión carente de humor. —Estás hablando en serio ahora.

Tomé otro trago de mi tequila y solté un suspiro. Brad Rogers era la única persona a la que podía confiarle esto. No solo había sido mi asesor caro por más de seis años, sino que también había sido mi padrino y confidente. Era un cabrón adorable, y francamente la única persona que encontraba mi arrogancia divertida. Así que contarle a mi único amigo que estaba a punto de convertirme en padre parecía una noticia que se contaba mejor en persona. Con tequila. —Nunca

he estado más serio.

—Bro.— Me miró como si acabara de crecer un cuerno. —¿Cómo coño es esto posible?— Sacudió la cabeza, intentando procesar la bomba atómica que le había caído. —Quiero decir, hace apenas unos días estabas cogiendo con Rosey. ¿Cómo demonios quedó embarazada después de eso?

Entrecerré los ojos para reprimir las imágenes que luchaban por salir a la superficie. —No es ella.— Vacíe mi vaso con el tercer trago. —Es una chica que conocí en Jada's.

—¿Jada's?— Me miró con un silencio crítico. —¿Qué demonios hacías en un club de streaptease masculino?

—Negocios.— Gemí. —En resumidas cuentas, follamos y ahora estoy jodido.

—Joder. Pensé que siempre te cuidabas.

—Usamos condones.— Dije monótono.

—¿Entonces se rompió?

—No sé.— Estaba demasiado ocupado penetrando esa coña apretado para verificar si se había roto o no.

—¿Buscaste agujeros?

Lo clavé con la mirada. —¿Se suponía que debía recoger un condón lleno de esperma e inspeccionarlo con un microscopio?

—Joder, probablemente tienes razón.— Sus hombros se alzaron cuando tomó una respiración profunda y luego la soltó. —¿Ella lo va a tener?

—Sí.

—Esto es...— Suspiró, desabrochando un botón en el frente de su blazer. —¿Qué planeas hacer?

Recogí mi vaso y me encogí de hombros. —No sé.

—¿Van a ser padres juntos?

Tomé otro trago y mantuve el alcohol en mi boca, dejándolo quemar antes de tragar. —Nos llevamos mal la mitad del tiempo. No creo que funcione.

—¿Por qué no te casas con ella?

Me atraganté. —Amigo, literalmente acabo de decir que nos llevamos mal todo el tiempo.

La idea era aterradora y francamente no estaba listo para ello. No había manera en el infierno de que iba a dejar de disfrutar de las bendiciones premium que venían con mi buena apariencia y empezar a follar la misma coño cada noche. Dios, tendría que empezar a preocuparme por alguien más que yo. Eso era mucha responsabilidad, mucha expectativa. No estaba listo y no creo que alguna vez lo esté.

—Sé que es un poco ilusorio, pero quiero que consideres esto, Killian—, me distrajo Brad, agregando, —Creo que este bebé podría ser lo que necesitas para sanar.

—¿Sanar?— Mis hombros se tensaron. —¿Acaso parezco enfermo o roto para ti?

—Sabes a qué me refiero—, replicó él con una expresión cautelosa. —Después de todo lo de Megan, ¿no crees que tal vez esto podría ser tu-

—Para.— Apreté los dientes. —No menciones el nombre de Megan.

Él negó con la cabeza. —Todavía no la has soltado. Killian, ella-

—¡Basta!— Coloqué mi mano bruscamente contra la barra, la ira se retorció en mi estómago.

—Oye, oye—, levantó las manos en señal de derrota. —Lo siento, ¿vale? Me excedí.

Pellizqué el puente de mi nariz y suspiré. —Lo siento, solo... no necesito que me traigas el pasado. No ahora.

—Está bien, lo siento.— Golpeó la barra, haciendo señas al camarero para otro trago.
—Pero todavía creo que deberías casarte con ella.

—No quiero casarme.

—Nadie ha dicho que tenga que ser un matrimonio real.

—¿A qué te refieres?

Brad vació su trago. —No suelo sugerir esto a mis clientes, pero puedes hacer que ella firme algunos contratos, agregas un papel prenupcial, simulas una boda y luego, cuando nazca el bebé, le das unos meses y luego ambos pueden seguir su camino.

Exhalé largamente, protestando en silencio ante los dos futuros posibles que se esbozaban para mí.

No podía negar que cuadraba.

Una unión oficial salvaría a mi familia de la vergüenza y garantizaría que entendieran que había adoptado una nueva hoja, más responsable.

—Piénsalo de esta manera—, añadió. —Convences a tus padres de que te estás casando legalmente, apresuras la boda en una iglesia pequeña y luego esperas un mes antes de anunciar su embarazo. Después del nacimiento, cuando el bebé tenga ¿qué? Tres, cuatro meses, anuncias la triste noticia de que el matrimonio no va a funcionar y bum, ya está. Puedes compartir la crianza o solicitar la custodia total. Es un ganar-ganar de cualquier manera y definitivamente sacará a esos reporteros sarcásticos de tu trasero y hará feliz a tu abuelo.

Abuelo. Finalmente accedería a su cirugía y me dejaría en paz de una vez por todas.

Miré a mi amigo asombrado. —No sabía que podías ser tan astuto.

Se rió. —No todos podemos ser unos ricos idiotas como tú, Killian, viene con el trabajo. Te enviaré el archivo del contrato a tu correo electrónico. Haz que lo firme y tu problema está resuelto.

Luché con mis pensamientos internos. Lidiaría con las consecuencias más tarde, ahora necesitaba solucionar las cosas.

• Capítulo 11

Hope

Tal como había dicho Killian, su conductor llegó puntualmente y me recogió. El aire de la tarde estaba fresco y ventoso y había tráfico intenso en el centro, sin sorpresa.

Cuando el coche finalmente se detuvo frente a un edificio imponente, le agradecí rápidamente, bajé y me alisé nerviosamente la falda con las manos.

En el momento en que el portero me condujo al restaurante caro y suavemente iluminado, un camarero bellísimo, delgado como una modelo, vestido con ropa china tradicional, se acercó a mí.

—Señorita Sterling, el caballero la espera.

Sonreí, agarrando con más fuerza mi bolso de cuentas en mi mano húmeda mientras avanzaba.

El camarero me guió por un pasillo oscuro que tenía un camino flanqueado por altos bambúes. Pasamos una apertura a una gran zona de asientos y una vez que llegamos al final del pasillo, abrió una puerta y me indicó que entrara.

Cautelosa, asentí con un gracias y entré. Era una pequeña habitación ampliamente decorada con flores y farolillos chinos.

No tardé en detectar a Killian. Estaba sentado con las piernas cruzadas en una de las sillas, luciendo impresionantemente bien con su traje gris.

Cuando comencé a caminar conscientemente hacia la mesa, su mirada negra me siguió, sin apartarse de mí. Incluso cuando me detuve al pie de la mesa, todavía sostenía mi mirada, pero parecía bajar ligeramente a mis miembros desnudos y se detuvo allí un momento antes de volver a subir. Definitivamente me había observado.

La camarera sacó la segunda silla de la mesa para mí. Le agradecí en voz baja y tomé asiento.

—No nos quedaremos mucho tiempo—, le dijo Killian, tomando el menú. —Así que cada uno tomará un plato de chow mein. Preferiblemente con tenedor.— Sus ojos recorrieron el menú. —Ma Po Tofu y vegetales verdes también. Luego lo que sea que el chef tenga de entrante; y tráeme un Senorio de la Tautila Blanco mientras estás en eso.

—Por supuesto, señor—, dijo el camarero y se fue aprisa.

—Vamos al grano—, comenzó, desabrochándose la chaqueta para que la camisa blanca y los duros músculos que abrazaba quedaran a la vista. —¿Quién más sabe sobre tu embarazo?

—Mi hermano y una amiga.

—Ya veo. Aún no le has dicho a tu madre.

Mis cejas se juntaron. —¿Cómo sabes que tengo una madre?

Él ignoró mi pregunta. —Creo que es mejor así. Cuantas menos personas lo sepan, mejor. Ahora que ambos estamos seguros de que el bebé es mío, me gustaría saber tus planes.

El camarero regresó poco después y llenó dos copas con vino antes de colocar la botella en la mesa y retirarse rápidamente.

Killian me pasó una, pero extendí las manos en señal de rechazo. —No puedo beber alcohol, estoy—

—¿Crees que no lo sé?— Me interrumpió, personificado en arrogancia. —No soy insensible. Es sin alcohol e inofensivo.

Miré la botella, sintiéndome un poco estúpida por sacar conclusiones precipitadas. Tomé mi copa y di un pequeño sorbo.

Killian hizo girar el hielo en su vaso, luego lo llevó a sus labios y me miró por encima del borde antes de beber. —¿Cómo planeas vivir hasta que nazca el niño? Claramente, tu trabajo actual no será suficiente y dudo que tus calificaciones lo logren.

—Pido perdón?

—Ahora que lo pienso, es en realidad un gran problema.

—No es tan gran problema, está bien y estoy tratando de arreglar las cosas—, declaré a la defensiva, aunque era una mentira trivial porque aún no tenía nada resuelto.

Él tomó un sorbo del crujiente vino. —No muy bien, a juzgar por las apariencias.

Está bien, estaba empezando a molestarme. —¿Qué sabes tú?

—Parece que no te has mirado profundamente al espejo últimamente. Mírate—, su mirada viajó sobre mí. —Has perdido peso desde la última vez que te vi y te ves pálida, demasiado pálida. Eso es una clara indicación de que ni siquiera puedes cuidarte adecuadamente.

Aprieto el puño debajo del mantel. —Las mujeres nunca pueden estar demasiado delgadas—, le recordé a través de dientes apretados. —Además, no significa que esté enferma.

—Una suposición ridícula hecha por mujeres para mujeres—, replicó.

—No tienes derecho a hablarme así.

—Por el contrario, sí tengo. Pero ese no es el punto. El problema es que, por mucho que no quiera involucrarme contigo, no confío en tu juicio. Así que he elaborado un plan.

Mis cejas se fruncieron. La camarera regresó antes de que pudiera hablar. Rápidamente, colocó nuestros platos frente a nosotros y se marchó aprisa.

—¿Qué plan?

—Come—, ordenó. —Pareces que no has comido nada saludable en días.

Mis ojos se estrecharon hacia la comida. En el fondo sabía que tenía hambre. Las sobras de patatas fritas que había almorzado expiraron hace horas. Estaba famélica, pero estar sentada frente a este hombre no fomentaba un apetito saludable.

—Come—, repitió.

—Deja de darme órdenes.

—Entonces deja de mirarme con ojos de corzo esperando instrucciones.

Yo era desafiante.

—Dios me ayude, Hope, si no empiezas a comer, te sentaré de culo en mi rodilla aquí mismo en este restaurante y te alimentaré a la fuerza.

Debí haber estado enferma para haber sentido escalofríos por la diarrea verbal que acababa de salir de su boca. Sí. Tenía que ser las hormonas. Definitivamente. Me moví en mi asiento y renuientemente sorbí un trozo de Ma Po Tofu de mi plato. Me miró intensamente y yo estreché mis ojos mientras lo metía en mi boca.

Vaya.

Sabía bien. Tan bien que fui por otra porción con el tenedor.

Killian sacó la botella de vino del cubo de hielo de plata y llenó mi vaso aunque solo había consumido una pequeña cantidad. Tragué el cielo picante con un sorbo y luego me incliné sobre la mesa para otro bocado.

—Volvamos a mi pregunta, ¿qué plan has ideado?

Él dejó su vaso y sacó un archivo de su bolsa marrón. Mis ojos lo siguieron. —¿Qué es eso?
— Pregunté, observando cómo colocaba el archivo en el escritorio y lo deslizaba hacia mí.

—Para propósitos de clarificación, es un contrato de acuerdo, puedes revisar los detalles más tarde, te ahorraré el disgusto y te daré un resumen.— Hizo una pausa por un momento y luego dijo sus siguientes palabras sin urgencia. —Nos vamos a casar.

Pausé, tomando un minuto para digerir la tontería que acababa de escupir en mi cara.

Hilario. No podía estar hablando en serio. Busqué en su rostro una pizca de sarcasmo, pero no encontré ninguna. No había bromeado.

—Tienes que estar loco si piensas que voy a casarme contigo.— Mis manos se convirtieron

en un puño, mi molestia se transformaba en ira.

—Esto no es negociable, Hope, nos casaremos.

—Lo siento por reventar tus burbujas egocéntricas, Sr. Fobster, pero eso no va a suceder.—
Me levanté. —Está claro que he perdido el tiempo asistiendo a esta reunión tuya.

—Siéntate, Hope—, ordenó con rigidez pero yo era desafiante.

Aprieto la mandíbula y hablo entre dientes apretados, manteniendo los puños cerrados.
—No puedes hacerme esto.

—No tienes idea de lo que soy capaz de hacer—, amenazó. —Ahora siéntate.

—No.

—Maldita sea, ¿siempre debes actuar tan ilusoria?— Exclamó, mirándome furioso.
—Deberías estar feliz. La mayoría de las mujeres, si no todas, matarían por una oportunidad, esta oportunidad que actualmente se te ofrece en bandeja de oro.

Mi rostro se arrugó. Si me hubiera escupido en la cara, me habría sentido mejor. —¿Esperas que salte de alegría y te agradezca por tu plan tan bien pensado?

—No, pero tampoco espero que armes un escándalo como alguna mujer loca.

—¡No estoy loca!

Él estrechó los ojos y se recostó en su silla. —Simplemente siéntate, por favor.

Me senté de nuevo de golpe, tomé aire, esperando hasta que mis cuerdas vocales se calmaran. —Mira, Killian—, hice un gesto entre nosotros. —Esto no va a funcionar. No puedes simplemente hacerme casarme contigo.

Podría tolerar compartir la crianza, pero eso no necesitaba un matrimonio sin sentido. Apenas lo conocía y no había manera de que fuera a atar mi vida con la suya.

—Créeme, Sterling, lo último que quiero es casarme contigo, pero mi hijo no nacerá bastardo.

—¿Así que sufriríamos todo un matrimonio para que tu hijo no naciera fuera del matrimonio?— Me burlé. —Sal de la Edad Media, a la gente apenas le importa eso hoy en día.

—Tu familia quizás no le dé mucha importancia a la nobleza pero la mía sí—, su expresión era inflexible. —Y a mí también.

—No, a ti no. Tú casi no quieres este bebé.

—Nunca dije eso—. Rechazó él.

—Pues tus acciones así lo demuestran.

—Mira, estamos en una situación desesperada que hay que manejar con cuidado. Qué demuestren o no mis acciones no importa.

Bufé. —¿Tú sabes siquiera qué es el matrimonio? Es un vínculo para toda la vida. Es decir, después de que el bebé nazca, seguirás atorado conmigo por el resto de tu vida.

—Sí, sé qué es el matrimonio, señora No-calla. —Replicó. —No planeo casarme realmente contigo.

Fruncí el ceño. —¿Qué quieres decir?

—Pues si me dejaras terminar en lugar de despotricar como una loca, habrías entendido mi plan. Quiero un matrimonio falso. Pensé que un año sería una buena duración. Es suficiente para desviar la atención de todos antes de tomar caminos separados.

—¿Y el niño?

Se encogió de hombros. —Sé que dos padres son mejor que uno; si decides ejercer el papel de madre cuando el contrato expire, está bien, pero el bebé se queda conmigo.

—¿Y qué te hace pensar que aceptaré eso? —Este hombre era tan loco como arrogante.

—No tienes a nadie más, Hope, soy tu mejor opción para criar al niño.

—Qué generosidad. —Dije burlonamente, mi voz goteando sarcasmo. —Sabes qué, creo que realmente deberías ver a un médico porque no solo estás delirando, sino que estás enfermo mentalmente. Empujé mi silla unos centímetros hacia atrás y tomé mi bolso al levantarme. —He terminado contigo.

Me di la vuelta y empecé a marcharme. No quería hablar ni escuchar lo que tenía que decir y sabía que era un sentimiento inútil porque estaba embarazada de su hijo y eventualmente tendríamos que llegar a un acuerdo, pero esos términos no iban a incluir renunciar a mi bebé.

—Si no estás de acuerdo. —Empezó Killian. —Tendrás que conseguir un abogado —su voz era baja y plana—. Lo necesitarás cuando venga por ti.

Lentamente me giré, mi cuerpo vibrante de tensión y emoción cruda. Quería gritar y golpear algo con mis manos, sería un blanco satisfactorio.

—Deberías pensarlo. —Sugirió. —Soy rico, sucio de dinero y tengo una reputación que mantener. Puedo cuidarte mientras tanto. Solo tienes que firmar estos papeles.

—No me importa tu sucio dinero. Nunca me importó y no voy a firmar esos papeles. —Insistí, girándome completamente hacia él.

Un escalofrío helado se entrelazó en su tono. —Será difícil que ganes contra el dinero que tanto aseguras no querer.

El miedo intentó apoderarse de mí, pero me negué a ceder. —No puedes quitarme a mi bebé solo porque eres rico. Esto es América y la ley de familia está muy equilibrada a favor de la madre.

—Puede que tengas razón, pero ¿puedes pagar la oposición legal constante? —Rió oscuramente—. Apenas puedes mantener la electricidad en tu casa, mucho menos soportar el gasto agotador de contratar a abogados de primera para defender tu caso.

La imagen que pintaba era desalentadora. Quería negarlo, pero no podía. Tenía razón. A menos que dos bolsas de billetes de mil dólares cayeran mágicamente del cielo, no había forma de que pudiera ganar.

Pero tampoco me estaba rindiendo.

—Simplemente no puedes quedarte con este bebé.

—Puedo y si no aceptas mis términos, lo haré. No puedes ganarme, Hope, cuanto antes lo aceptes, mejor.

Negué con la cabeza, su descaro era increíble. Mis puños se tensaron mientras me giraba una última vez y lo miré fijamente. —Haré lo que sea necesario.

Se levantó de un salto de su silla, frustrado. —¿Tienes que ser tan malditamente terca? Te estoy ofreciendo una oportunidad única en la vida.

—Pues no la quiero.

—Claramente no lo has pensado bien aún. Tu madre. ¿Cómo se sentiría si descubriera que estás malditamente embarazada y sin dinero?

Me quedé quieta. Mi cuerpo no sabía si desvanecerse o hervir de furia ante su amenaza implícita. —¡Deja de intentar jugar a los juegos mentales conmigo!

—No son juegos mentales si es la verdad. ¡Una que no estás dispuesta a aceptar! —Estaba delante de mí en un instante, sus ojos cautivadores me mantenían como rehén—. Ahora bien, sé que mi reputación como caballero está en duda. Lo entiendo. Me acuesto con demasiadas mujeres y las descarto más rápido de lo que las conquisto, pero contrario a lo que puedas pensar de mí, gatita, no soy un maldito pusilánime. Te cuidaré si me dejas. ¿De verdad crees que nuestro hijo te agradecerá haberle negado su herencia?

La frustración hervía dentro de mí y crecía cada vez más porque en el fondo, sabía que no había nada que pudiera decir a eso. Si miraba más allá del odio que tenía hacia él, sus palabras parecían tener sentido.

Cerré los ojos por un breve momento e intenté pensar en esto de manera práctica. Killian no era el tipo de hombre con el que una mujer elegiría tener un bebé no planificado: era narcisista, sexista, impredecible y arrogante con un título de imbécil pegado en la frente, pero como madre, todo lo que quería era lo mejor para mi bebé por nacer. Si casarme con él significaba que tendrían un entorno estable en el que crecer, ¿era demasiado grande el sacrificio?

Con mis deudas sin pagar y la falta de un trabajo decente, la única opción era dar el salto. Ya había complicado las cosas por mí misma. No pensé que nada más pudiera empeorarlas.

El silencio entre nosotros avanzaba lentamente. Solo se rompió por el suspiro sombrío que escapó de mis labios.

Levanté los ojos para encontrar los suyos. —Acepto tu propuesta con una condición.

Me miró con sospecha. —¿Qué quieres?

—Tendré los mismos derechos sobre el bebé cuando esto termine.

—Podemos arreglar eso.

—Además, mantendrás tus manos y labios lejos de mí —añadí, sabiendo que tener cualquier actividad sexual con él en esta etapa solo jugaría con mis emociones y complicaría aún más nuestra ya tensa relación.

—Descuida, no te tocaré a menos que tú quieras.

Mis nervios se tensaron. Me mordí el labio fuerte, consciente de cómo sus ojos bajaron a mi boca mientras lo hacía. —No lo deseare.

—Entonces está resuelto. —Desvió la mirada a mis ojos—. Aún tenemos mucho por hacer, pero te dejaré en paz esta noche. Miró su reloj. —Bueno, esta comida está arruinada, ¿qué tal el postre?

Respiré profundo.

—Sí, claro.

• Capítulo 12

Killian

Mi oficina era una zona de guerra.

No paraban de llegar; las solicitudes de entrevista, correos electrónicos sobre reservas de boda, ramos de flores de felicitaciones y, lo peor de todo, las constantes llamadas de mi madrastra.

—¿Killian? ¿Sigues ahí? —Preguntaba ella desde muchos kilómetros de distancia en Londres y yo me pellizcaba el puente de la nariz, arrepintiéndome de haber cancelado mi reunión de almuerzo solo para escucharla desvariar sobre cosas que concernían a mi supuesta boda.

—Sí, madre —respondí con voz pastosa, todavía un poco aturdido por despertar con una resaca monumental.

—Necesitas traerla a casa, tu padre quiere la boda aquí, ya sabes lo tradicional que puede ser.

—Madre. —Tomé una respiración profunda, intentando calmarme—. Por décima vez, he oído todo lo que has dicho y lo discutiré con mi prometida. Descuida, pronto tendrás noticias nuestras.

—¿Qué tan pronto? Necesito conocer a esta novia tuya y ver si es adecuada para ti.

—Pronto madre, pronto. —La irritación me picaba—. Ahora tengo que irme, estoy ocupado, saludos a Padre.

Con eso, colgué el teléfono y me recosté en mi silla, justo cuando Cleo entró meneando las caderas a mi oficina con la bebida que había pedido hace una hora. —Aquí está tu batido clean cleanse de vainilla mezclado con arándanos congelados de Ontario como solicitaste, señor.

Lo dejó sobre su escritorio y salió.

—Gracias—, logré articular, tomando un trago rápido.

—Tu reunión de las dos con el presidente del departamento de distribución; Rodney Shaw comenzará en unos minutos.— Me recordó, mirando hacia abajo en su portapapeles de horario. —También tendrás un brunch con farmacéuticas Clayton sobre el lanzamiento de su nuevo producto bajo nuestro patrocinio.

Suspiré, sintiéndome enfermo mientras el latido sordo en mi sien crecía a proporciones monstruosas. —¿Algo más?

—Una cosa más.— Informó. —Clinton news llamó, están esperando conseguir una entrevista exclusiva contigo sobre tu supuesta boda.

—Rechaza. Diles que tengo un compromiso ineludible y que me pondré en contacto con ellos más tarde.

Asintió. —¿Algo más que te gustaría que hiciera por ti, señor?

—Por el momento no, puedes retirarte.

Asintió y se fue.

Las siguientes horas fueron las más excruciantes que había experimentado en toda mi vida.

¿Quién creería que yo—Killian Fobster, también conocido como El imbécil que nunca se alteraba—estaba ahora al borde de un ataque de nervios?

Y no ayudaba el hecho de que cada vez que me conectaba a Internet para hacer alguna nueva encuesta de circulación, me encontraba involuntariamente buscando información sobre bebés y embarazos.

Sorprendente las cosas espeluznantes que puedes encontrar en Google al investigar.

¿Sabías que un bebé orina en el vientre y luego se bebe la orina una y otra vez?

Probablemente lo sabías, pero yo no. Hasta hoy, no sabía y deseaba no saber, porque mirar el vientre de Hope y pensar 'oh, probablemente está bebiendo pis ahora mismo.', no me parecía bien.

Dios, todo esto era tan jodido. Pero eso era lo fácil. Intenta investigar el meconio.

Consejo justo; no lo hagas, repito, ni siquiera pienses en buscar imágenes en Google porque a menos que seas padre, no estarás preparado para lo que verás. Yo no lo estaba y eso explicaba por qué tenía una bolsa de vómito llena con mi propio vómito.

En resumen, después de mi llamada con mi madrastra y vivir la tortura de lo que vi, me di cuenta de que tenía mucho que organizar. Necesitaba contactar a Hope, ya que no estar involucrado en la vida de mi hijo no era una opción.

No era el mejor ejemplo de padre y quizás nunca reciba un premio al Padre del Año, pero no era un irresponsable. Me hacía cargo de mis responsabilidades sin importar qué, y en este momento, el bebé era mi responsabilidad. Y Hope también; al menos por ahora.

Sin pensar, apreté con fuerza el intercomunicador y envié un pitido a Cleo.

—Sí, señor.

—Despeja mi agenda —dije y corté la línea antes de que pusiera objeciones, lo cual sabía que haría.

Cerrando sesión en mi computadora, me levanté y me dirigí a mi pequeño vestidor para cambiarme. Cuando terminé, me peiné con los dedos, cogí mi teléfono y salí del edificio.

El valet condujo mi coche hasta la entrada y le lancé una propina antes de saltar dentro y dirigirme a su ubicación.

• Capítulo 13

Hope

Cuando llamaron a la puerta por primera vez, no me molesté en levantarme del sofá porque estaba hasta el codo hurgando en mi combinación de helado y pizza, y en ese punto, nada valía la pena dejarlo. Pero cuando el golpeteo persistió, meforcé a levantarme, sintiendo un leve pinchazo en el vientre que debía haber venido de vomitar medio día.

Ya sabes, la mayoría de las mujeres terminan con las náuseas y el malestar matinales después de los primeros dos meses. Yo no, todavía me despertaba todos los días sintiéndome como si tuviera gripe.

Apartando el cabello de mi rostro, caminé hacia la puerta principal, rezando en silencio que no fuera mi casera viniendo a por mí. Solté un suave exhalo y abrí la puerta y con solo ver a la persona que estaba frente a ella mi estómago se revolvió de una manera no muy agradable.

—¿Qué haces aquí?

—Bueno, yo—— empezó, pero se detuvo cuando bajó la vista hacia mi pecho. Y luego elevó interrogativamente las cejas. —¿Por qué tienes los pechos así?

Miré hacia abajo hacia mi suéter y mis mejillas se quemaron de un rojo carmesí. Mis pezones estaban tirantes y firmes, y no fue intencional.

—Si no supiera mejor, diría que están contentos de verme.

Sus palabras me hicieron levantar la vista hacia él bruscamente. —No, no lo están. Mis pechos están doloridos y extremadamente sensibles ahora mismo.

El giro sarcástico de sus labios me dijo que no creía ni una palabra de lo que había dicho. Hizo un clic con la lengua. —Bueno, supongo que también debieron estar 'doloridos y extremadamente sensibles' la última vez que nos acostamos.

—Dios, eres un imbécil.— Sostuve la puerta e intenté cerrarla en su cara, pero su pie ya la había trabado.

—Creí que ya habíamos establecido ese hecho, ¿no?— Puso su mano en la puerta y la empujó abierta de nuevo.

Sinceramente, no podía lidiar con él ahora mismo. Exhalé profundamente. —¿Podemos dejar de hablar de mis tetas y centrarnos en por qué estás aquí o cómo encontraste mi casa?

Ignoró mi pregunta y metió la cabeza por la puerta. Por cierto, olía bien. Pecaminosamente bien. —¿Puedo entrar?

—No.

Se movió más cerca, demasiado, lo que me hizo apartarme, permitiéndole entrar sin querer.

Maldita sea.

Observé cómo escaneaba la pequeña habitación. No tardó mucho en que el temor se asentara en su rostro. —¿Así que aquí es donde vives?

Cerré la puerta detrás de mí con un pequeño golpe. —¿Algún problema con eso?

—Definitivamente. Este no es un buen ambiente para mi hijo.— Sus ojos captaron el envoltorio de la pizza y el bol de helado en el sofá.

Mierda.

—¿Pizza y helado? ¿Has estado comiendo porquerías?

En mi defensa, era lo único que podía comer sin correr al baño. Además, últimamente lo deseaba de manera inusual.

—No veo cómo eso te incumbe.

Se giró y me fijó con una mirada ardiente. —Mejor cuídate esa boca inteligente, Hope. Mientras mi hijo esté ahí dentro, lo que hagas es asunto mío.

—Sí, ya me llegó el mensaje.— Rodé los ojos y caminé para dejarme caer en mi cama.

—¿Podemos ir directamente al punto y me dices por qué estás aquí?

—Vine para hablar de cosas relacionadas con la boda. He organizado que la ceremonia sea en la Catedral de San Pablo en Londres.

—¿Por qué Londres?

—Solicité una licencia allí para que mi familia pueda participar en la boda.

—¿Así que realmente vamos a recitar nuestros votos? ¿Votos sagrados?

—No tendrán sentido. Te dije desde el principio cómo iba a ser esto. No me gustas mucho y ciertamente no tengo intención de hacer el papel de marido amoroso.

El colmo. —Para ser justa, tú tampoco me gustas.

—Entonces nos entendemos.— Deslizó su mano en el bolsillo y sacó una pequeña caja de joyería cuadrada. —Ponte esto.

Abrí la caja y observé el modesto anillo de compromiso de solitario con diamante.

Tomé el anillo. —Este es un anillo de compromiso bastante inusual,— observé, deslizándolo en mi dedo anular izquierdo. Sorprendentemente, encajaba perfectamente.

—Es una reliquia familiar.— Me dijo, sorprendentemente impasible.

—Entonces, ¿no se supone que debe ser para tu verdadero amor?

—No importa. No le doy significado a estas cosas.— Se aclaró la garganta, mirando mi dedo por un segundo. —Nos casaremos en una semana.

Mis cejas se juntaron. —¿Por qué tan pronto?

—Puedo encajarlo en mi agenda ahora y considerando cuántos meses tienes, creo que ambos podemos estar de acuerdo en que necesitamos acelerar las cosas antes de que eso,— asintió hacia mi vientre, —se haga difícil de ocultar.

Tenía un buen punto ahí.

—Ya está todo arreglado,— continuó. —El hogar comunitario de tu madre alberga una recaudación de fondos benéficos mañana por la noche, ambos asistiremos y haré un comunicado de prensa oficial justo después de eso. Y hay un detalle más que olvidé mencionar la última vez que nos vimos.

—¿Cuál?

—Los términos de nuestro acuerdo deben mantenerse en privado. En cuanto al resto del mundo sabrá, será un matrimonio basado en el amor.

—¿Amor?— Casi me reí en su cara. —¿Quién va a creer que estamos enamorados?

—Creo que podemos ser lo suficientemente convincentes.

—¿Y cómo lo sabes?

—Planeación. Soy un hombre de negocios Sterling, no llegué a donde estoy siendo un fracasado.

No pude evitar que mis ojos se movieran en exasperación. —¿También has llegado allí recurriendo al chantaje para conseguir lo que quieres?

Su sonrisa era tensa. —No lo consideraría chantaje ya que todos estamos obteniendo algo que queremos del trato.

Suspiré y me incliné hacia adelante, mi suéter resbalando por mi hombro en el proceso. —Bueno, supongo que lo tienes todo planeado.— Instintivamente alcé la mano para rascar la picazón en mi hombro izquierdo. —Entonces, ¿qué quieres tu—

Cuando volví a mirar hacia arriba, su mirada se había oscurecido de manera amenazante y permanecía fija en mi hombro. —¿De dónde salió eso?

Inmediatamente dejé de rascarme y me ajusté de nuevo el suéter. —Me picó un mosquito.

Alzó una ceja como si no me creyera.

—Tengo estas reacciones alérgicas cada vez que me pican los mosquitos,— expliqué, esperando que calmara su curiosidad, pero el furioso aspecto en su rostro solo empeoró.

—¿Tienes alergias y sin embargo te dejas picar?— Su tono destilaba ácido. Demonios, ¿por qué le importaba tanto?

—Abrí accidentalmente las ventanas mientras dormía ayer.

—¿Por qué te arriesgarías tanto?

—Fue un accidente.

Se acercó y bajó mi suéter para inspeccionar mi hombro. Sus cejas se fruncieron. —Esto parece que necesita atención médica. Está rojo.— Agarró mi mano y me levantó. —Vamos, te llevaré a una clínica.

—Para, estoy bien.— Le arranqué la mano de encima y volví a subir mi suéter antes de que mi pecho saliera disparado. —Desaparecerá en unos días.

No parecía convencido. —Esto no es algo para tomar a la ligera, Hope.

Dios, esa mirada condescendiente en su rostro empezaba a molestarme. —Deja de actuar como si te importara, Killian. Dije que estoy bien y esto no afecta al bebé.

—Para tu información, sí me importa. Y está claro que no puedo confiar en ti para que te cuides. Deberías mudarte conmigo.

Me aparté como si me hubiera escupido en la cara. —De ninguna manera.

—¿Por qué?

¿Pero qué demonios? ¿Habla en serio ahora?

—Porque apenas te conozco.

Su cara era franca. —Bueno, me conocías lo suficiente como para acostarte conmigo. Mira

dónde nos ha llevado a ambos.

Cerré el puño. —Eso era diferente. Tener sexo casual y vivir juntos son dos cosas muy diferentes.

—Mierda.— Escupió.

—De ninguna manera, olvídale. No está bien mudarme contigo hasta que estemos casados.

Alzó una ceja incrédula. —¿Desde cuándo te volviste tradicional?

—Desde que me pediste mudarme contigo.

—Bien entonces, nos casaremos mañana porque no voy a dejarte de vista.

Me sentí desconcertada. —¡De ninguna manera!

—¡Maldita sea!— Exclamó. —¿No te cansas de detestarme?

—¿No te cansas de darme razones para hacerlo?!— Le respondí con la misma ímpetu.

—Dios, hablas demasiado.— Siseó, sus ojos se detuvieron en mis labios por un momento.

Avancé un paso, desafiándolo mientras soltaba mis próximas palabras. —¿Y qué vas a hacer al respecto?

El aire se tensó entre nosotros. Tragué el nudo en mi garganta y lo observé, todavía desafiándolo.

Entonces él se movió, caminando hacia mí, su gran y musculoso físico imponente mientras inclinaba la cabeza hacia delante, el aliento caliente sobre mis labios entreabiertos. —Te levantaré, te colocaré en esta encimera aquí mismo y te follaré ese pequeño y apretado coño hasta que hayas gritado lo suficiente como para sacarte de mi sistema.

Mi reacción corporal ante su amenaza fue simplemente enfermiza. Escalofríos recorrieron mi espina dorsal, pero luchaba por mantener mi compostura mientras alzaba la barbilla y escupía.

—Te reto.

Sus ojos se volvieron un tono más oscuro. —¿Seguro que no te vas a arrepentir de haber dicho eso?

Entrecerré los ojos. —¿Vas a hacerme?

—De hecho, lo haré.— Sus brazos se enroscaron alrededor de mi cintura y me pegaron contra su pecho. Mis latidos se aceleraron.

—Killian, qué estás—— tomó mi rostro y estampó su boca en mis labios.

Mis ojos se abrieron de par en par.

Dulce Señor.

Sus labios descendieron sobre los míos con un hambre que sentí hormiguear por cada centímetro de mi cuerpo, enviando mi sangre bombeando, mis piernas cerrándose, mi entrepierna palpitando.

Me aferré a su camisa, incapaz de hacer otra cosa que aceptar y devolver cada caricia, cada mordisco, cada succión. Estaba tan perdida en su tosca caricia que mi entorno se volvió borroso y debería haberme detenido cuando mi puerta principal crujía al abrirse, pero no lo hice. Él tenía mi misericordia y no podía hacer una maldita cosa más que aceptar lo que él ofrecía.

Pero luego mi puerta principal se cerró y pasos se acercaron a mí. —Hope, ¿por qué tu puerta...

Era Scott.

• Capítulo 14

Hope

Cuando Killian se apartó de mis labios, no se alejó, en cambio, una sonrisa de autosatisfacción se dibujó en sus labios ante la vista del rostro perplejo de mi hermano.

—Hey,— continuó. —Debes ser...— frunció el ceño como si fuera algo difícil de recordar. —¡Ah sí! Scott, ¿verdad? Es un gran placer volver a verte, aunque esperaba que nos hubiéramos encontrado en circunstancias muy diferentes.

Mordí el interior de mi mejilla y eché un vistazo con cautela al costado. Una mirada a la expresión horrorizada de Scott hizo apretarse mi estómago. Me giré rápidamente, intentando tirar de mi cuerpo lejos del agarre de Killian, pero él no cedió.

—¿Qué mierda es esto?— Las bolsas de la compra en su mano cayeron al suelo con un golpe, sus ojos se estrecharon en rendijas mientras se abalanzaba hacia nosotros.

Mierda.

—Killian, déjame ir.— Urgí, intentando liberarme de su agarre, pero él me sujetó fuerte. —Killian, va a —

Antes de que pudiera articular bien las palabras, fui empujada a un lado, dejándome observar cómo mi hermano lanzaba todo su peso tras un golpe que se estrelló contra la mandíbula de Killian.

Dios mío.

El fuerte sonido de un crujido hizo que la bilis subiera inmediatamente a mi garganta, y por un segundo, pensé que iba a vomitar justo ahí, en el suelo.

Killian retrocedió unos pasos. —Jesús.— Se rió entre dientes, llevándose la mano a la mandíbula para calmarla. —Debo decir, amigo, que pegas como una niña.

—¡Hijo de puta!— Scott se lanzó hacia él otra vez y los dos hombres colisionaron justo frente a mí.

Killian soltó una risa sin humor. —Te trae recuerdos, ¿verdad?

Scott cerró su puño de nuevo. Yo no podía soportarlo.

—Alto.— Imploré, consiguiendo finalmente hablar al ponerme delante de él, de espaldas a Killian. —¡Los dos! ¡PAREN!

Killian siseó. —Él lo empezó.

Scott gruñó, apretando los puños mientras su mirada se enfrentaba directamente a la suya. —Juro que lo voy a terminar.

Dios, me sentía mal, realmente mal. —¡Dije que PAREN! PAREN, de acuerdo. No puedes simplemente entrar aquí y empezar a tirar golpes, Scott.

—¡No tendría que hacerlo si no estuvieras ocupada besando a este imbécil!— Me espetó.

La verdad, ni yo misma me conocía, pero en ese momento, solo quería que todos salieran de mi casa.

Respiré hondo. —Tengo veintiséis años, Scott. Puedo besar a quien yo quiera.

—¡Me importa una mierda cuántos años tengas! ¡Esto no está bien!— Gritó, alzándose sobre mí.

Puse un puño en mi cadera y me encaré a él firme. —¿No crees que estás reaccionando un poco demasiado?

—¿Reaccionando?— Se rió. —Eso es muy gracioso viniendo de la que besa al imbécil que tuvo sexo sin protección contigo y luego te dejó embarazada.

Su declaración me dejó completamente sin palabras. Entreabrí los labios, pero no salió nada porque en el fondo sabía que tenía razón. ¿Qué demonios estaba haciendo besando a Killian, el hombre que había amenazado con llevarse a mi hijo si no doblegaba mis principios para acomodar los suyos?

Cuando permanecí en silencio por más de un minuto, Killian se adelantó por detrás de mí.

—Deja de avergonzar a tu hermana. Y no es asunto tuyo, pero sí usamos protección, simplemente pasó.

La mirada de mi hermano cambió. —Pues espero que tengas la intención de ocuparte de este accidente porque mi hermana no sufrirá las consecuencias de su error sola.

—Vengo aquí, ¿no?— Respondió con desgana, igualando su mirada.

—Tú no tendrías que estar si no te la hubieras follado y—

—Basta.— Interrumpí a Scott. —Por favor, basta, de acuerdo. Sé que te importa y sé que estás molesto, pero por favor, solo detente. Esto es entre Killian y yo.

—Apártate de tu hermana,— agregó Killian. —Desquítate conmigo cuando estemos solos. De cuñado a cuñado.

—¿¡Cuñado!?

Jesucristo.

Sentí mi sangre helarse y mi piel palidecer.

La vena en su frente palpitaba mientras su mirada se clavaba en mí y luego en el anillo en mi dedo. —¿De qué diablos está hablando, Hope?!

Miré hacia abajo. Ni siquiera podía mirarlo, y en ese momento, deseaba nada más que ser tragada entera por la madre tierra.

Cuando no respondí y todavía no lo miré, él alcanzó mis hombros y empezó a sacudirme violentamente, exigiendo las respuestas que yo no tenía.

—¡Scott, por favor, para!— Imploré, intentando liberarme de su agarre, pero él seguía sacudiéndome. —¡Háblame! ¡Dime algo!

Tomé respiraciones entrecortadas, mi respiración se desigualó. Me sentía mareada, débil, con náuseas y dolor, y si no paraba, iba a vomitar y desmayarme. —¡Hope!

Killian de repente se adelantó y me apartó bruscamente. —Apártate de una puta vez,— gruñó. —Nos vamos a casar, acéptalo.

—¡Qué coño!— Su temperamento estalló en otra oleada de acción y agarró mi mano, tirando de mí hacia él.

—Dime que está escupiendo mierda y que no te vas a casar con él. ¡Dímelo ahora Hope!

Entreabrí los labios pero no salió nada. Ya había comenzado a sentir que mi cabeza giraba y los dos hombres delante de mí se desvanecían mientras la esquina de mis ojos se sumía en la oscuridad.

—Scott...— Traté de decir, agarrándolo de repente para sostenerme. —No me siento bien...— Mi corazón latía fuerte mientras mi pecho se comprimía y mis rodillas se doblaban. La náusea se arrastraba desde mi abdomen hasta mi cabeza y antes de darme cuenta, lo que parecían nubes negras se abrieron paso en mi visión. El mundo se volvió negro, lo único que se escuchaba era la voz de Killian.

—¡Hope!

• Capítulo 15

Killian

Estaba segura de que oficialmente había perdido la razón.

Esa era la única explicación plausible para mi comportamiento de hoy.

Joder. Era una idiota; una jodida estúpida que besó a la mujer que juró que odiaba y lo que era más jodido era que no podía dejar de pensar en los otros lugares donde quería besarla.

La necesidad de probarla, de olerla, de sentirla tan cerca contra mí se había salido de control hasta el punto de ser casi inmanejable.

Era enfermizo y tan jodido, y ahora, para joderlo aún más, ella estaba en el hospital después de desmayarse, dejándome apoyado contra la pared de la sala privada mientras observaba al imbécil de su hermano dando vueltas arrancándose el cabello en una clara muestra de frustración.

—Relájate, ¿quieres?— Siseé con molestia. —Me estás volviendo jodidamente mareado.

—Es toda mi culpa,— entró en pánico, maldiciendo entre dientes como un loco.

Rodé los ojos y me aparté de la pared. Aunque su protectiveness y lealtad hacia Hope me fascinaban, no me impidieron decir lo que seguía. —Me alegro de que lo aceptes. Quiero que sepas que si algo le pasa a mi hijo, te llamaré la atención con mil demandas.

—Esto no habría pasado si no te hubieras acostado con mi hermana y la hubieras dejado embarazada.

Las palabras pasaron junto a mis oídos con un zumbido y capté la arista de resentimiento en su tono. —Vi una invitación para una buena follada y la acepté como cualquier hombre. No es mi culpa que ella no pudiera mantener las piernas cerradas.— Dije con desdén, imperturbable. —Ese es el problema de tu familia.

—¡Hijo de puta!— Se me lanzó encima otra vez, preparado para pegarme, pero agarré su brazo y lo empujé contra la pared con mi mano presionada contra su pecho.

—Te permití golpearme una vez, no volverá a suceder, y la única razón por la que no he retorcido tus malditas muñecas y te he golpeado hasta dejarte hecho una pasta es porque no quiero que Hope pase por la molestia de tratar tus moretones. Conoce tu lugar.

Lo solté y alisé mi camisa, justo cuando la puerta se abrió de golpe para revelar a una enfermera en pijama azul. Sus diminutos ojos criollos se desplazaron entre nosotros, sin dejar de notar la tensión hirviente que se cocinaba. —¿Son familia?

Aclaré mi garganta. —Soy su esposo.

La palabra se sintió extraña en mi boca. Nunca quise usarla de nuevo.

—Prometido.— Scott corrigió, interponiéndose delante de mí. Se giró hacia la enfermera. —Soy su hermano, yo pasaré.

—Ella concibió a mi hijo a cuatro patas, rogándome que la azotara.— Bufé, empujándolo a un lado. —Creo que estoy más calificado que él. Yo pasaré.

La expresión de la enfermera era de puro horror. Sonrió nerviosa, observando cómo nos mirábamos mal el uno al otro como si estuviéramos a punto de pelear. —¿Por qué no entran los dos? Ella ya está despierta.

Intercambiando miradas de desaprobación, entramos ambos a la habitación. Entré justo después de Scott y vi a Hope sentada en la cama con un IV unido a su mano. De repente, tomó un aspecto pálido, como si hubiera sido pintada con cal, incluso sus labios apenas estaban allí.

Una oleada de alivio me invadió, aunque no lo demostré, estaba enfermo de preocupación. No por ella, claro, no me importaba una mierda, solo mi bebé.

No, eso era una mentira. Si me importaba un par de mierdas por ella. Quizás tres. Dios, esto estaba tan jodido.

Scott corrió a su lado. —Hope, lo siento mucho.— Se disculpó, examinándola de arriba abajo.

Ella sonrió débilmente, haciéndole un gesto de que no importaba y entonces sus ojos se cruzaron con los míos. —Has venido.

Estreché la mirada, manteniendo mis brazos cruzados sobre mi pecho. —¿Se suponía que debía irme?

¿Realmente pensaba que era tan cabrón?

¿Por qué me importaba lo que ella pensara?

Francamente, ya no lo sabía. Normalmente no hacía cosas así. Pero esta mujer aquí estaba convirtiéndome gradualmente en un hombre que no podía reconocer.

El doctor Ambrose eligió ese momento para entrar y nos libró momentáneamente del incómodo silencio. —Caballeros—, saludó y luego dirigió su atención a Hope. —¿Cómo se siente?

—Hay una presión en mi vientre que no entiendo,— se pasó la palma por el vientre. —¿Hay algo mal con el bebé?

—Nada fuera de lo común—, dijo y se acercó a ella, colocando su estetoscopio en el centro de su pecho. —Respire profundamente—, instó en voz baja.

Hope hizo lo que le pidieron. Inhaló por la nariz y exhaló. Él se apartó justo después y colocó el estetoscopio alrededor de su cuello. —Quería aprovechar para hablar con usted sobre su presión arterial.

Mi pecho se apretó.

—¿Su presión arterial?— Repitió Scott, ya en alerta máxima. —¿Cómo está? ¿Qué pasa?

—Deja que termine,— intervine con rudeza aunque yo mismo estaba ansioso de muerte.

—Está alta—, confirmó el médico. —Mucho más alta de lo que me gustaría y si sube más que esto podría poner su vida y la del bebé en peligro. No necesito recordarle que este es su primer hijo y muchas cosas pueden salir mal.

Ella tragó visiblemente. —Estoy al tanto.

Continuó. —Le dejaré a mi enfermera una lista de actividades que podría considerar realizar

y evitar.— Miró su tablero. —En general, estoy alentado por la salud del bebé. Dicho esto, asegúrese de tomar medidas para monitorear su presión y desestresar su vida aún más. Espero verla dentro de unas semanas.

—Gracias.— Sonrió forzosamente.

Él asintió hacia mí y salió, dejando una cantidad deprimente de silencio.

—¿Cuándo te darán de alta?—, preguntó Scott, rompiendo el vacío verbal.

—No me van a retener toda la noche, así que estaré libre en unas horas.

Asintió. —Te llevaré a mi casa.

Mis cejas se alzaron mientras los observaba.

Ella frunció el ceño. —¿Por qué?

Ajustó su mirada. —No es seguro que estés sola, escuchaste al médico. Tu presión arterial es alta.

—Si es por eso, yo me hago cargo de ella—, me acerqué a la cabecera de la cama. —Ella vendrá conmigo.

Scott frunció la nariz y me miró. —¿Para qué? ¿Para aprovecharte de ella otra vez?

—Creo que el daño ya está hecho,— dije sin más, inclinándome para encontrarme con su mirada decidida. —Estará segura conmigo, preocúpate por cuidar a tu familia.

—Gracias a Dios que mencionaste la familia porque no recuerdo que formaras parte de la mía—. Su expresión cambió a furia de nuevo. —Aléjate de nosotros. Ella se viene a mi casa—.

—Ese bebé que lleva es mío, lo que la convierte en mi responsabilidad, llámalo como quieras, pero ella se viene conmigo—.

—Ni de coña—, sopló él, enderezando los hombros como preparándose para una pelea.

—Los dos paráis—, bramó Hope, poniendo ambas manos en nuestro pecho y apartándonos el uno del otro. —No soy una niña. Puedo cuidarme sola y me voy a casa—,

Scott giró la mirada hacia ella. —Está bien, pero te acompaño—.

Ella frunció el ceño. —¿No escuchabas nada de lo que dije?

—Escuché, pero eso no significa que esté de acuerdo. Te acompaño. No puedo permitir que él se acerque a ti. Te quité la vista de encima solo una vez y entonces él te embarazó. ¿Quién sabe qué podría pasar a continuación?

—Bueno, ciertamente no puedo embarazarla dos veces—. Dije con sarcasmo.

Giró rápidamente la cabeza para fulminarme con la mirada. —Pero puedes joderla dos veces—.

—Deberías estar agradecido de que me interese tocarla—.

Apretó los puños. —Eso es, tú...

—Está bien—, contestó Hope rápidamente, como si presentiera otro duelo entre nosotros. —Puedes quedarte—.

—Buena elección—, dijo Scott, pero su intensa mirada estaba puesta en mí.

Cabronazo.

• Capítulo 16

Hope

Scott me sirvió un vaso de agua vitaminada y me lo entregó.

—¿Cómo dormiste?— Preguntó.

Apoyé los codos en la encimera de la cocina y di un gran sorbo. —Me siento enferma—.

Sonrió. —Lo siento, cariño. ¿Eso pasa todos los días, lo de vomitar?

Suspiré y tomé otro trago de agua. —Eso es solo la mitad—.

Sacó la silla de al lado y se sentó. —¿No crees que es mejor que te saltes el evento de caridad si no te sientes bien? Necesitas descansar a tiempo completo.

Moví la cabeza negando. —Está bien. Puedo manejarlo.

—Todavía estás decidida a contarle lo de tu boda esta noche a mamá, ¿no?

Una sensación de hundimiento pesaba mucho en mi vientre. Suspiré un poco. Había pasado casi una semana desde que nos vimos o hablamos por última vez. Me sentía como la peor hija en la tierra.

—Es la única oportunidad que tendré y tarde o temprano, lo verá en algún lugar—.

Asintió. —Es verdad, pero trata lo más posible de mantenerte alejada de Killian, no me gusta que esté cerca de ti—.

Su rostro se endureció de nuevo. —¿Por qué lo odias tanto?

—Es una historia bastante larga.— Desvió la mirada. —Una que no estoy dispuesto a contar. Pero mi punto es, él no es digno de ti. Eres demasiado amable para él. Es un insensible que no se preocupa por nadie más que por sí mismo.

—No te preocupes. Estaré bien, puedo manejarlo totalmente.— Honestamente espero poder hacerlo. Después de ese beso de ayer, estaba empezando a replantearme muchas cosas.

—Tal vez no compartamos el mismo padre, pero me importas, Hope, eres mi hermana pequeña y quiero lo mejor para ti—.

Sonreí. —Lo sé—.

—Sí, y sé que no amas a Killian, te casas con él porque sientes que necesitas hacerlo, que se lo debes a este bebé, lo cual es incorrecto porque no le debes nada. Pero si realmente vas a seguir adelante con esto, ambos necesitan resolver sus problemas antes de que nazca vuestro hijo porque las cosas se complican más a partir de ahí y no querría que mi sobrina—

—O sobrino—, añadí con una risita tímida.

Sonrió. —No querría que mi sobrina o sobrino presenciaran cuán miserables se hacen el uno al otro.

Estiré la mano para colocarla sobre la suya. Desearía poder sincerarme y contarle sobre nuestro extraño arreglo, pero no podía. Sabía cómo reaccionaría y muy probablemente me obligaría a cancelarlo. Tenía que hacer esto por mi cuenta. Por mi cuenta. Como siempre lo he hecho.

No podía creer que estuviera haciendo esto.

Jesucristo, esto se sentía mal de muchas maneras.

Cuando entré en la sección de ropa femenina, Patricia, la mujer con la que hablé anteriormente por teléfono, se me acercó con su suéter grande y su falda plisada. Probablemente rondaba los treinta y tantos con ojos marrones enmarcados por grandes gafas redondas.

—Es un placer finalmente conocerlo, Sr. Fobster—. Dijo sonriente, tomando mi mano en un apretón y dejándola permanecer en la mía durante más tiempo del estrictamente necesario para completar una cortesía.

Aclaré la garganta cuando ella aún no retiraba su mano y la miré con fiereza. —Su mano—.

Se sonrojó. —¡Oh, Dios mío! Qué tonta de mí.— Retiró la mano y la sujetó a su lado.

—¿Tiene los vestidos listos?

Sus mejillas se enrojecieron. Se acomodó las gafas. —Sí, los tenemos. Elegí un par de vestidos de acuerdo a su descripción. Estoy segura de que se ajustarán a su gusto. ¿Quiere verlos?

Asentí.

—Por aquí, por favor—.

Eran las cuatro de la tarde cuando volví de la biblioteca local. En mi camino a la entrada de mi casa, noté un coche de reparto negro aparcado afuera. Al acercarme, un conductor uniformado salió.

—Señorita Sterling, su entrega ha llegado—. Me entregó dos cajas rectangulares rosadas.

Fruncí el ceño. —Gracias. Pero creo que hay una confusión. Esto no es mío, no ordené nada.

—Se me instruyó a entregar esto aquí, señora.

—¿Por quién? ¿Qué hay adentro?

—No lo sé, señora.— Me dio una inclinación de cabeza cortés y abrió la puerta del coche. —Que tenga una buena tarde—.

Recogí las cajas y revisé la tarjeta de entrega pegada en la parte trasera. Sorprendentemente tenía mi nombre y dirección escritos en ella. Curiosa por ver lo que había dentro, me apresuré a entrar en mi apartamento, me dejé caer en mi cama y quité el envoltorio rosa antes de abrir una de las cajas.

Mi mandíbula cayó ante la vista de un traje de dos piezas blanco cuidadosamente envuelto con la etiqueta del precio sobresaliendo. —¡4000 dólares!— Exclamé, y con manos temblorosas, abrí la otra caja, solo para encontrar un par de tacones de perlas blancas que no podría permitirme.

Qué demonios—

Mi mente se disparó. Busqué alguna nota en la caja y encontré una escondida debajo del papel blanco.

Supuse que no tenías nada grandioso que ponerte para la recaudación de fondos, así que compré esto. Pasaré a recogerte a las 7. No me hagas esperar.

__Killian.

Por supuesto, era Killian. Era el único arrogante suficiente como para no cortar una etiqueta de precio. Entrecerré los ojos y contuve mi sonrisa. Lo admito. La idea de que él comprara ropa femenina para mí me divertía y asustaba, pero en su mayoría estaba divertida.

Revuelta de emoción, salté de la cama y corrí al baño.

Tres horas más tarde, alisaba nerviosa mis manos a lo largo de la falda blanca.

Lo admito, no era el tipo de atuendo que solía elegir, pero me quedaba bien.

Soltando un respiro nervioso por última vez, añadí un poco de polvo a mi maquillaje travieso-elegante y metí el pie en mis tacones.

Justo entonces resonó una llamada.

Había llegado.

• Capítulo 17

Killian

Ajusté mi corbata y tiré de mi esmoquin blanco elegante en el momento que llegué frente a la puerta del apartamento de Hope.

—¿Hope?— Llamé con ansias, deseando verla por una razón que no terminaba de comprender.

Supongo que estaba un poco ansioso por verla en el atuendo que había escogido para ella, ya que nunca había hecho esto por ninguna mujer antes.

Con Megan, todo fue directo. Le gustaba hacer su propia compra y siempre cuestionaba mi gusto en moda cada vez que me esforzaba en comprarle ropa, zapatos y accesorios, así que dejé de hacerlo y simplemente le pasaba mi tarjeta de crédito.

Sacudí los pensamientos sobre ella de mi cabeza al instante. Ahora, mi enfoque principal estaba en Hope y en mi hijo.

Cuando pasó un minuto y ella aún no abría, di un paso hacia adelante y llamé de nuevo.

—Lo siento. ¡Dame un minuto!— Su voz retumbó desde dentro de la habitación, los ruidos de trasiego indicaban que se movía rápidamente.

Miré mi reloj. Ya íbamos tarde. Gemí, inclinándome hacia adelante para llamar de nuevo, pero la puerta se abrió de repente antes de que pudiera hacerlo y lo que reveló me tensó el estómago.

Joder.

No llevaba sujetador, su escote al descubierto provocaba. Mis ojos se bajaron hacia ellos, y sabía que probablemente no debería estar mirando tan descaradamente el pecho de una mujer pero, el modo en que su pecho subía y bajaba hacía difícil apartar la mirada.

Joder de nuevo. Sacudí la cabeza internamente. Si no paraba, mi polla comenzaría a recibir el mensaje equivocado y no quería andar toda la noche con una boner dolorosa.

Me aclaré la garganta yforcé mis ojos a volver a su rostro moderadamente maquillado.
—¿Estás lista?

Asintió y luego se mordió el labio inferior de una manera que captó mi atención. Estaban pintados de rojo, carnosos, succulentos. Algo extraño me pasaba por dentro. Después de nuestro beso, todo mi cuerpo había estado tenso y todo lo que quería era sentir sus labios contra los míos una vez más. Verla mordiendo así su propia carne solo me hizo querer presionarla contra mi pecho y arruinar—mi pantalón se apretó. Joder, no.

Para distraer mi cerebro de enviar descargas a mi pene, alcancé de prisa en el bolsillo de mi pecho y saqué una caja de joyas roja. —Aquí, ponte esto—.

Sus ojos brillaron de curiosidad al aceptar la caja de mi mano y abrirla. Dentro había un chóker de diamantes solitario.

—Killian.— Cerró la caja con un suspiro y la estiró para que la tomara de nuevo. —No puedo aceptar esto. Ya me excedí al aceptar este vestido, pero este collar parece demasiado caro—.

—Bueno, lo es—, fruncí el ceño. —Y tiene una política de no devolución, así que tienes que usarlo—.

Sus labios se apretaron, haciéndome mirarlos una vez más. Joder. —¿Por qué gastas tanto en mí si claramente no puedo pagarte?

—Francamente, sé que no puedes y nunca te pedí que lo hicieras—.

—Entonces, ¿por qué hacerlo?

Me encogí de hombros. —Soy un arrogante. Me gusta cuando otros envidian lo que tengo—.

Entrecerró los ojos. —Bueno, entonces esto no es necesario porque tú no me tienes ni me posees—.

Dios, esta mujer era increíble.

—Si estás buscando una discusión no la vas a encontrar conmigo. Ahora ponte esto para

que podamos salir de aquí de una vez—.

Ella me miró un momento y luego frunció el ceño. —Déspota—.

—Llórame un río, cariño—.

Bufó y se giró rápidamente, de espaldas a mí, y luego llevó su cabello hacia un lado, permitiéndome una vista del nacimiento de su cuello. —Ponlo.— Instó, ajena al mini boner que me estaba provocando actualmente.

Aclarándome la garganta, avancé y coloqué el collar alrededor de su cuello antes de cerrarlo con llave. Dios, su pelo olía bien. A fresa. ¿Cómo era eso posible?

Me eché hacia atrás cuando ella se giró para mirarme. —¿Cómo me veo?

Sus ojos, adornados con espesas pestañas, me miraban esperanzados y yo sabía que esperaba una respuesta positiva.

Ojalá no fuera un capullo, pero lo era.

—Deja de hacer preguntas tontas, recoge tus cosas y vámonos.

Me lanzó una mirada fulminante. —Está bien. Dame un minuto.

Subir a Francisco el sábado por la tarde fue sorprendentemente tranquilo, con poco o ningún tráfico. Teniendo en cuenta que era fin de semana, esperaba peor. El viaje fue en silencio. Hope se mantuvo callada, mirando por la ventana.

Cuando la limusina llegó al estacionamiento del hotel, supe que su nivel de ansiedad estaba por las nubes. Estaba sudando como una puta en la iglesia y se movía nerviosamente.

No podía permitir que la cagara.

—Compórtate con naturalidad—, le dije, arreglándome la pajarita antes de salir y caminar hasta su lado de la puerta. Cuando la abrí, extendí mis manos para que las tomara. Dudó un momento, solo mirándome, pero luego las tomó. Sus manos eran suaves y estaban húmedas.

Las luces brillantes de las cámaras deslumbraron nuestros ojos mientras subíamos la amplia escalinata.

Pasé mi brazo por detrás de la pequeña de su espalda y bruscamente la alejé de las luces destellantes y de los periodistas que gritaban. —¿Estás bien?

Asintió, soltando un suspiro de alivio en cuanto la guié lejos del ruido y hacia el vestíbulo del hotel, adornado con alfombras azul claro y rosas que caían de las esculturas como ríos.

—Pues, ¿no es esto adorable?

El tono desagradable incrustado en esa voz me dijo quién era.

Me giré.

Cabronazo.

—No pensé que te vería aquí, Scott.

—Bueno, alguien tiene que proteger a Hope de idiotas venenosos como tú.

Aparentemente ignorándonos, Hope sonrió a la mujer que solo podía suponer era la esposa de Scott. Era hermosa. Vestida con un traje de cóctel blanco que se ajustaba a sus amplias caderas. Este hijo de puta había conseguido una buena a pesar de su actitud sarcástica.

—Es un placer verte.— Se dieron un abrazo momentáneo, y cuando Hope se apartó, se volvió hacia mí, y nos dimos la mano. —Bienvenido a la familia, señor Fobster, soy María, la esposa de Scott.

María... una vez me acosté con una María. No terminó bien.

Y con eso quería decir que casi me muerde el pene tratando de complacerme con su lengua. Principiantes. Un consejo: mantén tu miembro lejos de sus bocas.

Le dediqué una sonrisa cálida. —Encantadora. Ciertamente, puedes hacerlo mejor que este payaso.

Scott siseó. Definitivamente no esperaba eso. —Dilo otra vez si te atreves.

Hope inhaló profundamente por la nariz y volvió la vista hacia María. —¿Alguna idea de dónde puede estar mi madre?

—Está ocupada.— Respondió Scoff en su lugar. —Tardará al menos una hora antes de que puedas llamar su atención.

—Esperaré.

—¿Tienes hambre? ¿Por qué no nos dirigimos a la mesa del comedor?— sugirió María.

Tan pronto como ella se giró para irse, Hope me miró con entendimiento y la siguió, sin duda, apurada por alejarse de nosotros.

—Necesitamos hablar.— Scott de repente dijo en un tono serio que casi me hizo reír porque nunca podía tomarlo en serio. Ni siquiera si lo intentara.

—Te escucho.

—Bueno, sé que empezamos con el pie equivocado pero quiero decirte algo.

Aquí vamos.

—Mi padrastro dejó embarazada a mi madre y luego se casó con ella.— Comenzó. —No era de esos tipos en los que realmente se podía contar a largo plazo.

—Supongo que asumes que comparto rasgos similares con tu padrastro,— observé.

Suspiró y pasó una mano por su pelo. —Sé de primera mano lo que es crecer sin una figura paterna porque estuve ahí cuando nació Hope, también estuve cuando su padre se fugó y nunca regresó. Sé que ella pretende ser fuerte pero en el fondo es realmente frágil.

—No creo que esta charla sea necesaria, Scott. No soy el padre de Hope. No abandonaré a mi hijo.— Si sabía algo con certeza, era eso.

Inclinó la cabeza. —¿Y qué hay de Hope? ¿La abandonarás después de todo esto?

No respondí, no hacía falta, pero él continuó de todos modos. —Estamos hablando de mi hermanita. Sé por lo que pasó mi madre, amando al hombre equivocado y-

—No es así entre Hope y yo.— Lo interrumpí fríamente.

Se burló. —De alguna manera encuentro eso difícil de creer.

—Bueno, ese es tu problema,— dije tensamente.

—Voy a hablar claramente, Killian. Mi hermana es demasiado buena para ti. No sé qué tienes sobre ella pero necesitas romper este compromiso antes de que se enamore de tus encantos. Tiene a su familia dispuesta a ayudarla. Si vas a romperle el corazón, no te quedes. Dolerá pero Hope encontrará a alguien digno de ella para ocupar tu lugar.

Alguna manera, la idea de que alguien más cuidara de Hope y el bebé me retorció el estómago con nudos de ira. No la amaba, ciertamente no. No era capaz de amor. Había perdido esa habilidad el día que sorprendí a mi mejor amigo llevándose a mi novia por detrás. No obstante, me importaban Hope y el bebé y no me molestaba marcar mi territorio para que ningún otro idiota pensara que tenía una oportunidad.

Aprieto los puños a mi lado, controlándome para no iniciar algo físico. —La única razón por la que no te he golpeado en la cara por esa sugerencia es porque te respeto como hermano de Hope, pero no soy un desalmado ni necesito que otro hombre tome mi lugar. Conozco mis responsabilidades y las cumpliré. Si todavía estás preocupado por el hecho de que nos vamos a casar, tendrás que vivir con ello porque va a suceder.

—Solo no lastimes a mi hermana, porque contigo siempre parece terminar en lágrimas.

Permanecí en silencio. Eventualmente, lo haría. Así era mi vida. Lastimaba a la gente, la usaba y la descartaba, y luego repetía el ciclo una y otra vez.

Ella no iba a ser diferente.

• Capítulo 18

Hope

Entre el olor a mariscos y los adinerados lobbistas del estado jactándose de cómo engañaban exitosamente a sus esposas y salían impunes, no sabía qué me causaba más náuseas.

No obstante, después de contar hasta diez en mi cabeza, me levanté de la mesa en la que estaba sentada y decidí tomar un respiro porque algo de ver a María clavar el tenedor en la carne de la langosta y abrirla me revolvía el estómago de formas que no debería.

No era gran fan de los mariscos y mi embarazo solo intensificó las ganas de vomitar. Excusándome, tomé el ascensor hasta la gran terraza donde me apoyé en el barandal para respirar aire fresco.

El horizonte era hermoso, absolutamente magnífico. Siempre me encantó cómo el azul del día caía y se alzaba para revelar las estrellas. Era eufórico, como si Dios hubiera esparcido purpurina a mano sobre el más perfecto de los lienzos negros.

Sonreí, sintiendo el viento despeinar mi cabello mientras recordaba los días de mi infancia cuando sacaba mi cabeza por la ventana de mi habitación y miraba hacia arriba, observando las estrellas.

Creciendo, siempre tuve estas fantasías extrañas.

En aquel entonces, me sentaría en mi ventana abierta y miraría las estrellas parpadeantes durante medio noche, preguntándome cómo sería amar y ser correspondida.

Era una tontería, lo sabía, pero desde que mi entonces amiga de la infancia, Becky Rose me introdujo al mundo de las novelas románticas, había un dolor perpetuo en mi pecho, un anhelo sin fin de experimentar el romanticismo en su apogeo. El tipo que mi madre nunca experimentó, el tipo que mi padre nunca brindó.

Muchas veces me imaginaba con un hombre. Me veía con él, caminando de la mano, con sonrisas felices en nuestros rostros. Soñaba que teníamos una casa enorme con sirvientes, mayordomos y dos niños pequeños corriendo alrededor. Era perfecto, casi real, un final feliz que casi podía tocar.

Pero ahora...

Ahora, sentía que nunca iba a tener mi final feliz.

Era chocante cómo pasé de ser la niña que quería tocar las estrellas a la adolescente que solo quería ser amada, y luego la estudiante universitaria que intentó amar pero se le rompió el corazón, y ahora la graduada universitaria desempleada, embarazada y comprometida con un hombre que apenas conocía o le gustaba.

Patético.

Esa era la palabra.

Me reí de mi dilema, sin dejar de notar los pasos gráciles que ahora se acercaban por detrás.

—¿Qué haces aquí sola?

¿Qué quería ahora?

—Solo tomando un respiro—, murmuré, sin darme la vuelta para mirarlo. —Me sentí mareada allí.

—Comprensible.— Se acercó y pude sentir su cuerpo detrás de mí.

—¿Y tú, por qué estás aquí?

—Bueno, estoy intentando alejarme de tu hermano.— Expulsó un suspiro detrás de mí.
—Por alguna razón, disfruta pintándome como el villano.

Solo murmuré, luchando contra el impulso de recostarme en su cálido cuerpo. —Bueno, no está equivocado, ¿verdad?

—No me podría importar menos—, dijo en tono despreocupado, y casi me salta el corazón cuando sentí sus brazos rodear mi cintura por detrás.

—Killian, ¿qué estás—

—Relájate—, susurró, respirando en mi cuello. Me estremecí. —Hay un hombre con una cámara en ese edificio comercial.

Lentamente, miré hacia el edificio comercial justo enfrente de nosotros y de hecho vi a un hombre tomándonos fotos. Parecía un reportero. No eran difíciles de reconocer. Me mordí el labio. —¿Qué hacemos ahora?

Su agarre alrededor de mi cintura se apretó y no ayudaba que su pecho duro estuviera presionado contra el mío, sin dejar espacio entre nosotros. —Solo quédate casual y actúa con naturalidad.

Cerré los ojos e intenté mantener la voz firme mientras mi corazón latía contra mis costillas. —Pareces un experto en estas cosas.

—No es mi primera vez.— Se encogió de hombros y no supe si solo estaba tratando de provocarme a propósito, pero su entrepierna presionaba contra mi trasero, empujándome hacia el barandal.

Tragué y miré hacia el edificio comercial para distraerme de lo que estaba pasando dentro de mí. —El hombre no parece que se vaya a ir pronto.

—Quizás lo haga una vez que le demos un espectáculo.— Me giró en un instante y se presionó contra mí de modo que estábamos cuerpo a cuerpo, pecho a pecho. —Bésame.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire como una bomba. Mis ojos se abrieron desmesuradamente, las mejillas se pusieron rojas. —¿Por qué diablos haría eso?

—Porque quieres que el hombre se vaya. ¿No es así?

Un estremecimiento de nerviosismo me recorrió. —Sí.

—Entonces bésame.

¿Qué? —No.

—¿Por qué? Ya lo hemos hecho antes, ¿no es así?

—Eso fue diferente—, repliqué. —No estaba en mi sano juicio.

Su labio se curvó. —No pareces estar en tu sano juicio ahora tampoco.

—Tampoco tú, idiota.— Aplasté mi palma contra su pecho para empujarlo, pero él me mantuvo quieta.

—Qué temperamento.— Se rió, un sonido profundo y suave que me hacía hormiguear la piel. —Bueno, como estás demasiado asustada para hacerlo, lo haré yo.— Sin remordimientos, sujetó mi cara y bajó la cabeza para robar mis labios, su cálida boca detuvo mi flujo de ira.

Dios, era tan patética, extremadamente patética porque en lugar de empujarlo, gemí, permitiendo que su lengua entrara en mi boca, recordándome cómo me había reclamado una vez antes. Y luego, cuando se alejó, solo pude mirarlo indefensa, con los labios palpitantes por su ardiente beso.

Él sonrió con suficiencia, respiraciones irregulares levantando su pecho. —Hope Sterling, ¿acabas de gemir por mí?

Mierda.

Intenté empujarlo para liberarme de su agarre pero al igual que la primera vez, no se movió. —No lo hice. Escuchaste mal.

—Estoy bastante seguro de que lo hice.

—No, ¡no es cierto!— Dije un poco a la defensiva, sabiendo que probablemente tenía razón.

Levantó una ceja. —Vale, entonces demuéstalo. Bésame de nuevo.

¿Qué demonios le pasa a este tipo?

—Estás loco,— espeté.

—Eso qué dice de ti? Gimes por un loco.

Oh, vaya. La irritación crecía en mis venas y me di cuenta de que ya había tenido suficiente de esta conversación. —Como deseas tanto el beso.— Hundí mi mano en su cabello mientras lo tiraba de vuelta hacia mis labios. —Aquí lo tienes.— Lo besé con el mismo fervor y él gimió en mi boca, tomando inmediatamente el control del beso y apretando mi cadera mientras me atraía hacia él, devorándome, tanto que perdí todos los sentidos. Pero parecieron volver rápidamente cuando alguien llamó mi nombre.

—¿Rosabella?

Solo una persona me llamaba por ese nombre.

Mi mamá.

Mierda.

Mis ojos se abrieron instantáneamente y traté de desenredarme de Killian, pero no estaba cooperando. Mierda. Me giré hacia ella. Me miraba con curiosidad. —Mamá, no es lo que piensas, yo... nosotros—

Killian, sorprendidamente, me acogió a su lado. —Suegra, es un placer verla.

Antes de que pudiera asimilar sus palabras o averiguar cómo me sentía realmente al respecto, la reacción de mi madre me tomó por sorpresa.

Ella sonrió genuinamente hacia él. —El placer es mío. Encantada de verte de nuevo, Killian. Y gracias por los regalos que enviaste, todavía tengo que abrir todas las cajas.

—Ah,— se rió. —No es nada y deberías acostumbrarte porque aún no he comenzado a consentir a tu familia.

Vale, ¿qué demonios estaba pasando aquí?

Espérate un momento.

Sorprendida, miré de su rostro al de mi madre. Se miraban el uno al otro con cariño, y yo parecía ser la única perdida.

—Killian.— Giré mi mirada hacia él. —¿Cómo conoces a mi madre?

Él se giró hacia mí, finalmente soltándose. —Tu madre y yo ya nos hemos encontrado,— dijo. —Me temo que se me olvidó mencionarlo antes ya que hemos estado ocupados planeando nuestra boda y todo eso.

¿Qué?!

Mis cejas se fruncieron confundidas y estaba intentando entender lo que decía pero esto no tenía sentido.

—Bueno, ¿no es encantador?— Sonrió mi madre, añadiendo a mi confusión. —Espero que no te esté causando muchos problemas. A veces es un poco terca y puede ser peor ahora que está embarazada.

Él soltó una carcajada. —Le aseguro que ha sido todo lo contrario a rebelde.

Mis ojos se agrandaron. —Mamá, ¿tú... sabes de mi embarazo?

Ella asintió, sonriéndome con ternura. —Este caballero se ofreció a ayudar mi hogar de jubilados después de confesar sus sentimientos por ti y revelar la noticia sobre mi nieto en camino,— sus ojos bajaron hacia mi vientre. —Al principio me decepcioné porque la noticia no venía de ti pero cuando me contó cuánto se amaban y lo asustados que estaban por el bebé, lo entendí.

Estaba atónita, impactada, demasiado sorprendida para hablar y francamente, sintiéndome estúpida.

—Cierto, espero que no te moleste que hayamos mantenido nuestra relación en secreto por tanto tiempo. Simplemente no queríamos ser el centro de atención.

Cuanto más hablaba Killian, más furiosa me sentía y no ayudaba que mi madre se dejara engañar por su simulacro de comportamiento de caballero.

—Por supuesto que no me molesta.— Su voz tenía un tono alegre. —Solo estoy feliz de que finalmente haya encontrado el amor. Después de su última relación, temía que terminara sola y vieja con gatos.

Si eso intentaba ser un chiste. No tenía gracia. —¡Mamá!

Ella se rió y me despidió con un ademán de la mano. —Os dejaré a los dos a vuestro tiempo de calidad, pero no os quedéis mucho tiempo afuera o podréis resfriaros.

—Gracias, Sra. Sterling.— Killian la reconoció, y en cuanto ella salió de la terraza, la cadena que sostenía toda mi frustración acumulada se rompió.

—¿Qué demonios significaba eso?!

—¿Qué?— Preguntó él, su calma probablemente dirigida a molestarme.

—¡Dios! Tengo ganas de patearte en las pelotas ahora mismo, Killian! me hiciste quedar como una idiota frente a mi madre, ¿y qué te dio derecho a acercarte a ella antes de que lo hiciera yo?! ¿Era parte de tu gran plan elaborado? ¿Ibas a retirar tus aportes si no hubiera aceptado casarme contigo? ¿Hasta dónde pensabas llegar, eh? ¡Dime!

Él chasqueó la lengua, tratándome como si fuera una niña. —Deberías calmarte antes de que tu presión arterial suba de nuevo.

Mi puño se cerró, mi enojo creció hasta límites inmensurables. —¿Ni siquiera vas a explicarte? Sabes, este lado controlador tuyo me está empezando a agotar. Y lo odio, ¡lo odio! ¡Te odio ahora mismo!

—¿Cuál es tu problema?— Me espetó. —Tu madre iba a perder su hogar de jubilados si yo no intervenía. Ayudé.

—A la mierda eso, Killian, ¡no tienes derecho a meterte en los asuntos de mi vida más de lo que permito! ¡Deja de preocuparte por problemas que no son tuyos!

—¿Piensas que me importa?— Se rió sin humor. —Me importaría un carajo si ese maldito edificio se quemara hasta los cimientos. ¿Piensas que disfruto tirando mi dinero en empeños sin sentido? No, no es así. Lo hice porque para que este plan funcione, los puntos tienen que encajar. ¿No lo entiendes?

Mi estómago se hundió y mi enojo se desinfló, reemplazado inmediatamente por una tristeza extrema. Mis hormonas estaban jugando conmigo ahora mismo. Comencé a empañarme los ojos pero no quería llorar. Ahora no era el momento adecuado para llorar. —Entonces, ¿estás

jugando con nosotros?— Mi voz se quebró. —¿Como si fuéramos peones en tu juego? ¿Es porque no somos tan ricos como tú, por lo que es fácil para ti tratarnos como quieres?

—Hope—, cerró la distancia entre nosotros, imponiéndose sobre mí con su envergadura amenazadora. —No dejes que tus emociones nublen tu razón y piensa en esto racionalmente.

Suspiré, vertiendo todo mi resentimiento y enojo en mis próximas palabras. —Quizás ese es tu problema, no tienes emociones, Killian, no sientes y no consideras a otros antes de actuar, eres tóxico y te odio ahora mismo, te odio tanto que realmente siento lástima por tu madre porque ha tenido que vivir contigo como hijo. Debería sentirse tremendamente avergonzada de ti porque ahora mismo yo lo estoy.

Mi pecho subía y bajaba mientras respiraba entrecortadamente, tal vez había sido un poco dura, tal vez había ido demasiado lejos, pero no iba a retractarme de mis palabras, se lo merecía cada palabra, se lo merecía—

—Mi madre está muerta.

Sus palabras hicieron temblar mi respiración.

Él no dijo nada más después de eso. Simplemente se alejó de mí, sus ojos consumidos por lo que parecía ser dolor.

—Killian...— murmuré, pero él ni siquiera me miró. Dios, no debería haber dicho eso.

—Creo que deberíamos dar por terminada la noche aquí.— Su voz era espesa. —Cuando llegues a casa, empaca lo que puedas. Nos vamos mañana.— Con eso, se dirigió hacia la puerta de la terraza y cuando llegó, se detuvo para mirar por encima del hombro hacia mí. —Buenas noches, Hope.— Y luego se fue, dejándome sintiéndome terrible.

Mierda.

• Capítulo 19

Hope

Killian había hablado poco conmigo desde que fuimos al aeropuerto y entramos en su jet privado.

No indagué. No creí que hiciera falta. Solo podía suponer que todavía estaba molesto por lo de ayer, ya que me había dejado sola en la fiesta y se había ido a casa. Pero yo también tenía derecho a estar molesta, ¿sabes? Quiero decir, si él no hubiera jugado el papel de dictador idiota conmigo, no hubiera tenido que decir esas palabras.

A pesar de esto, ambos nos ignoramos y yo pasé el tiempo leyendo una de las muchas novelas que había empacado para este viaje. No fue hasta que sacó un pequeño maletín marrón y lo abrió con un fuerte clic sobre la mesa que finalmente levanté la vista de la página 34 de la novela de Elle Kennedy, —Claimed—.

—Esta es nuestra historia.— Golpeó el documento sobre la mesa.

Vaya, mira quién finalmente decidió hablar.

—Dónde nos conocimos, cómo nos enamoramos, cómo te propuse, nuestros conocidos, etcétera.— Continuó.

Dejé mi novela y recogí el papel. —Supongo que ya has calculado cómo va a terminar esta farsa, ¿no?

Asintió. —Vas a pedir el divorcio porque te das cuenta de que simplemente no funciona entre nosotros y este estilo de vida lujoso no es para ti.

Mis labios se apretaron. —Así que eso te deja a ti interpretando al esposo afligido y de luto mientras yo me convierto en el centro de especulaciones en redes sociales.

—Es la única manera.— Cerró el maletín y lo puso a un lado antes de dirigir su atención de nuevo a mí. —He hecho arreglos para que nuestra luna de miel también sea en Londres.

Mis cejas se fruncieron. —¿Es realmente necesario?

—Si quieres que esto sea creíble, sí. Nos quedaremos tres días o menos en uno de los resorts.

No es que tuviera mucha opción. —De acuerdo.

Se recostó en su asiento y cruzó una pierna sobre la otra. —Creo que es importante que conozcamos los fundamentos de nuestras familias. Deberías empezar contándome de la tuya.

Lo miré. —No hay mucho que contar. Llevo años sin ver a mi padre, mi madre me crió sola y mi hermano ayudó. Somos una familia unida y nos las arreglamos con lo poco que tenemos. Eso es todo.

—¿Parientes?

—No estamos cerca de ninguno de ellos. Solo mi tía en Oklahoma.

Asintió con conocimiento de causa. —¿Alguna vez intentaste encontrarlo? A tu padre, quiero decir.

—No lo hice. Nos dejó porque no nos quería. Además, oí que comenzó una nueva familia.

—Y tus relaciones, ¿la cobardía de tu padre afectó tu visión sobre los hombres?

Me incomodé en mi silla y crucé de nuevo las piernas. ¿Por qué sentía que me estaban entrevistando?

—No renuncié al amor y a las relaciones por culpa de mi padre—, le dije. —Lo hice porque los hombres en general eran una mierda y ya había tenido suficiente de eso. Creo que encontrar el amor verdadero en esta época es casi imposible, así que no me molestó en sumergirme en el dolor y el desamor obvios.

Su ceja se alzó con intriga. —Bueno, no eras virgen cuando nos conocimos, así que supongo que alguna vez saliste con alguien, ¿verdad?

Mi silencio fue la única confirmación que necesitó.

Él murmuró. —Cuéntame sobre él.

—Sabes, haces muchas preguntas y no me das nada a cambio.

Él rodó los ojos. —No trates de cambiar de tema y solo responde.

Entrecerré los ojos. —Lo conocí en la universidad. Pensé que estaba enamorado de mí. Afirmaba que lo estaba y yo era ingenua, así que lo creí. Pero después de que nos acostamos, me engañó y luego me dejó cuando me enteré.— Suspiré. —Dijo que necesitaba a una mujer real, no a un palo.

—Bueno, no se equivocaba en lo del palo. Necesitas comer más.

—Como.— Respondí con brusquedad, ofendida.

Él me hizo un gesto de indiferencia. —¿Qué hiciste respecto a tu novio de la universidad?

—No hice nada, no pude. Solo me concentré en mis estudios y seguí adelante.

—Bastante factual.

—¿Qué quieres decir?

—Podrías haber dormido con su mejor amigo o haberte convertido en una perra malvada para vengarte, pero elegiste simplemente seguir adelante.

—No soy tan dramática—, respondí. —¿Y tú? ¿Crees en el amor?

Él negó con la cabeza. —El amor no existe para hombres como yo.

—¿Y por qué piensas eso?

—Porque, Sterling, las mujeres me miran y ven dos cosas. Dinero y un jodido primal que araña las sábanas. Ven toda esa mierda material y piensan que es la vida que quieren. No me quieren a mí, solo los vestidos caros y los pendientes de diamantes que puedo permitirme.

—No todas las mujeres quieren tu dinero—, afirmé, sintiendo la necesidad de defender a mi género.

Él suspiró y negó con la cabeza. —Eso me parece un poco esotérico.

—¿Así que quieres decir que no has salido con nadie que necesariamente no se quedara por el dinero?

Algo cambió en el aire entre nosotros. Lo miré fijamente, esperando que me respondiera mientras el silencio se alargaba.

—Bueno—, soltó un lento y medido respiro y pasó su mano por su cabello. —Hubo una. Pero terminó bastante mal.

—¿Te engañó, rompió contigo?

Sus palabras fueron cortantes. —Es más profundo y mucho peor de lo que puedas pensar y no preguntes porque no te lo voy a decir.

Fruncí el ceño. —Pero no tuviste problemas en obligarme a dar mi propia información.

Él se encogió de hombros. —Lo habría descubierto de una manera u otra.

—Tú no—— Abrí la boca, pero su mirada de advertencia me dijo que esta conversación había terminado.

Suspiré. —Bueno, al menos dame algo. Tu familia quizá. Dijiste que tu madre había muerto. ¿Cómo murió?

Sus ojos se clavaron en mí y brillaban con una emoción que intenté leer con todas mis fuerzas pero no pude. ¿Pena? ¿Rencor? ¿Tristeza? ¿Dolor?

El intercomunicador de repente se iluminó y la voz del piloto sonó a través del altavoz, distrayéndome de mi evaluación.

—Aterrizamos en cinco minutos. Por favor, abróchense los cinturones de seguridad.

Se giró y se abrochó su cinturón de seguridad. Ignoró mi pregunta descaradamente y yo no sabía ni qué decirle, así que simplemente me abroché mi propio cinturón y miré por la ventana.

Desde el aeropuerto hasta que llegamos a los terrenos de la mansión, no nos hablamos.

En cuanto los grandes portones negros se abrieron y el conductor entró, sentí un estremecimiento de nerviosa emoción correr por mí. Desde la distancia, la casa parecía impresionante.

Cuando el conductor apagó el motor frente a la puerta de entrada, Killian se giró hacia mí. —¿Estás lista?

Tragué fuerte, recordándome que nada de esto era real y que no necesitaba esforzarme tanto. —Claro.

Salimos del coche juntos y él tomó mi mano en la suya, pero no duraron mucho tiempo allí porque cuando la puerta lo suficientemente larga para acomodar una manada de jirafas se abrió de par en par para revelar a la rubia bien arreglada que ahora corría por el camino de piedra hacia él, soltó mi mano justo a tiempo para atraparla cuando se lanzó a sus brazos, abrazándolo con una alegría desbordante.

—Oh, Eve—, su rostro se iluminó con una sonrisa plena mientras la hacía girar, ganando otra carcajada chillona de ella. —Te he echado de menos.

Ahora, no quería ser la aguafiestas pero ver a Killian sonreír tan genuinamente se sentía extraño en tantos niveles.

—Yo también te he echado de menos, Vaughn.— La bajó y soltó una risa suave. Parecía estar en sus primeros años de adolescencia. —Eve, me gustaría que conocieras a la mujer con la que tengo la intención de casarme.

Cuando Eve apartó su atención de él y la dirigió hacia mí, sus ojos se iluminaron. —Oh por Dios. ¿Eres laaaa Hope? ¿La futura esposa de mi hermano?

Solté una risa suave, tratando de alejar mis nervios. —Sí, soy yo.

—¡Ay!— Exclamó ella, emocionada. —¿Cómo demonios logró que te enamoras de él? Es tan agradable conocerte finalmente. Cuando mi hermana, Gwen, me dijo que estaba viendo a alguien, fui escéptica y pensé que lo estaba inventando todo, ¡pero aquí estás, en carne y hueso!

Traté de no sonrojarme. —Bueno, yo— mis palabras se ahogaron ante la velocidad con la

que me abrazó. —Bienvenida, bienvenida, ¡bienvenida! Vamos a divertirnos mucho juntas y no puedo esperar para mostrarte todas las cosas geniales que tengo en mi habitación. ¿Te gustan los libros, verdad? ¡Por favor, di que sí!

No sabía por qué, pero esta chica me ablandaba el corazón. —Sí.— Solte una risa. —Sí, me gustan.

—¡Genial! Tengo una estantería llena, desde Anaïs Nin, hasta Sylvia Day, e incluso...— Se inclinó y susurró en mi oído. —...Diana Gabaldon.

Aspiré sorprendida, divertida. —¿En serio?

—Shh. Mi madre no sabe que los tengo guardados en—

—¿Madre no sabe qué?— La voz femenina y anciana que resonó desde la puerta hizo que todas nuestras cabezas se giraran.

—¡Madre!— Eve brilló, corriendo a su lado. —Hope y yo estábamos teniendo una conversación encantadora sobre libros. ¿Puedes creerlo? Ella ama los libros igual que yo.

—¿De verdad?— Una mujer mayor se acercó hacia nosotros, su cabello largo de color caramelo recogido en un moño inglés bajo.

—Madre—. Killian la calmó, besándole la mejilla antes de abrazarla. —Te he echado de menos.

—Me cuesta creerlo.— Frunció el ceño, disfrutando de su calor. —No llamas a menos que yo lo haga. Ya no nos visitas en las fiestas. Llegué a pensar que te había educado mejor que esto.— Le reprendió, alejándose ligeramente y quitando una pelusa invisible del hombro de su blazer.

—He estado ocupado, madre.— Le dijo él, sonriendo de oreja a oreja.

—Seguro que no lo suficientemente ocupado como para cortarte el pelo.— Metió la mano en su cabello y lo apartó de su cara. —Arréglalo. Está empezando a desordenarse y no me gusta.

—Lo haré, madre.

—Más te vale.— Cuando se alejó de él, su rostro de repente se giró hacia mí y sentí como si el aire se me fuera de los pulmones mientras me estudiaba con ojos agudos, su mirada recorriendo mi vestido de arriba abajo.

Había escogido algo fresco para hoy ya que no quería enviar el mensaje incorrecto.

La voz de Killian rompió el silencio tenso. —Madre—, él sostuvo mi mano y la apretó. —Ella es—

—Sé quién es—, ella lo interrumpió, girándose completamente hacia mí y sentí como si mis entrañas fueran a destrozarse. —Estoy un poco decepcionada de que solo conocí a la prometida de mi hijo después de que él la propusiera.— Una pequeña sonrisa se soltó en su labio. —Eres mucho más bonita en persona, querida, y no puedo decirte cuánto nos alegramos todos de tenerte aquí.

Un alivio me inundó. —Me honra finalmente conocerla, señora Fobster. Su hijo es un imbécil por no haberle contado sobre nuestro compromiso antes. Le pido disculpas por él.

Ella asintió, aparentemente divertida. —Estoy de acuerdo contigo en que es un imbécil.— Le lanzó una mirada de reojo y luego se volvió. —Bienvenida a la familia, querida, y por favor llámame Mary.

Sonreí y asentí.

Ella hizo un gesto hacia la puerta. —¿Por qué no entramos todas? Hace un poco de frío aquí fuera.

—Claro.

• Capítulo 20

Hope

Mientras caminábamos por el pasillo de mármol y entrábamos en nuestra habitación, mi boca se abrió. Santo cielo, era espaciosa, hermosa y de diseño moderado.

Lo malo, sin embargo, era que iba a compartirla con Killian.

Miré la cama. El saber que íbamos a estar apretados juntos me puso los nervios de punta. Bastó con sus labios sobre los míos para sacudirme. ¿Qué pasaría si me daba la vuelta en el sueño y mis dedos tocaban algo accidentalmente? ¿Qué pasaría si decidía provocarme coqueteando en la cama? ¿Qué pasaría si dormía desnudo?

La irritación me picó por la ridícula situación y la realización de que no se podía evitar. Necesitábamos mantener la fachada y no podía permitirme ningún desliz.

Una vez que los ayudantes terminaron y se fueron, me giré hacia él. —Podemos compartir la habitación, pero no voy a compartir la cama contigo.

Él se giró, quitándose la primera pieza de su traje. —No muerdo, Hope. Bueno, a menos que quieras que lo haga.

Rodé los ojos. —Dormiré en el sofá.

—Estás embarazada. No te dejaré dormir en el sofá.

—¿Entonces lo harás tú?

—Tampoco soy tan caballero, y se verá sospechoso cuando los ayudantes entren mañana y me encuentren en el sofá. Ambos compartiremos la cama.

Me mordí el labio, no convencida.

—No tengo intenciones de tocarte, Hope, no cuando estás muy frágil.— Parecía sincero. ¿Lo era?

—Está bien.— Concedí.

Un pequeño ceño fruncido ensombreció su frente. —Está bien.

Para la cena, cuando bajamos las escaleras y entramos en el comedor, Killian colocó su brazo en la pequeña de mi espalda y me atrajo hacia él, demasiado cerca. Inhalé profundo. Mi corazón latió en mi pecho cuando no se alejó durante varios segundos. Olfateaba a pecado. ¿Gel de baño tal vez? Lo recordé saliendo del baño mojado y reluciente, aún sin afeitarse, solo con una toalla alrededor de la cintura, y allí estaba yo, mirándolo como un niño que ve a un unicornio por primera vez.

—Estás inquieta.— Me susurró al oído. —No tienes nada de qué preocuparte, solo actúa con naturalidad, ¿vale?

Su voz era calmada y reconfortante. Tragué un bulto pesado en mi garganta y asentí, justo cuando él se separó para abrazar a la mujer que luego se nos acercó.

—Te ves tan bien, Killian.— Musitó, sosteniéndolo en el abrazo más apretado y cuando se alejó, se volvió hacia mí, aquellos enormes ojos índigo examinándome. —Y tú debes ser la afortunada novia.

Sonreí tentativamente, sin estar segura de qué esperar. —Sí, soy yo. Es un placer conocerla.

Una sonrisa genuina se dibujó en su boca mientras miraba a Killian y luego volvía a mirarme a mí. —Bienvenida a la familia. Soy Gwendolyn, Gwen de cariño. Le has hecho bien a mi hermano. No es un hombre fácil de amar.— Me envolvió fuertemente en un abrazo y yo correspondí al gesto.

—Basta, basta—, sonó la voz de Mary. —Hope, ven a sentarte. Es hora de cenar.

Sonreí y me desprendí de Gwen, murmurando una rápida oración antes de ir a sentarme junto a ella en una de las grandes sillas doradas.

Killian tomó la silla junto a mí y rápidamente reemplazó el vaso de vino que tenía delante por un vaso de agua. Pero su gesto no pasó desapercibido.

—No estás bebiendo. ¿Estás embarazada?— preguntó Mary, y la animada conversación entre Gwen y Eve se detuvo mientras giraban su atención hacia mí.

Sentí el pánico trepar por mi garganta.

—No... no lo estoy.

—Todavía no—, intervino Killian, alzando mi mano y mirándome mientras entrelazaba sus dedos con los míos. —Pero no planeamos perder tiempo para que llegues a estarlo después de la boda, ¿verdad, cariño?

Mi cara se puso roja. —No, no lo planeamos.

—¿No es increíble?— observó Gwen en voz alta. —Nunca pensé que vería a mi hermano tan enamorado y tierno de nuevo.

—¿Qué puedo decir?— Killian se inclinó hacia adelante y depositó un beso casto en mi mejilla. —Ella saca lo mejor de mí.

Me sonrojé, tratando muy fuerte de calmar mi palpitante corazón mientras encontraba increíblemente difícil concentrarme en la tarea. Engañar a toda una familia haciéndoles creer que estábamos enamorados no iba a ser fácil, especialmente con el rápido ingenio de Mary.

Tomé nota mental de no equivocarme frente a ella porque había mucho en juego y muchas cosas podrían salir mal.

Durante la cena, conversamos un poco aquí y allá, y parecía estar haciendo un gran trabajo ya que todos sonreían y disfrutaban de historias ficticias sobre nuestra relación romántica que yo contaba.

Eve mostró asombro, apoyando su mano bajo su barbilla mientras nos miraba soñadoramente. —Eso es tan romántico. Es difícil creer que mi hermano se preocupe por alguien más que por sí mismo.

—Pues, me preocupo—, interrumpió Killian. —Soy un hombre cambiado. ¿Verdad, mi amor?

Mi mentiroso corazón latió un poco más rápido y deseé que los cielos me fulminaran porque era una persona horrible por decir una mentira. —Sí, lo eres.

—En efecto.— Mary sonrió. —Mi hijo se está convirtiendo en el caballero que lo crié para

ser.

Killian apretó mis dedos, una señal de que había hecho un buen trabajo. —Es posible todo gracias a ella.— Llevó la palma de mi mano a su boca y depositó un beso en el centro. Mi piel hormigueó.

—¿Y tú, Hope?—, preguntó Gwen, bebiendo de su vino con un aire casual. —¿Trabajas?

—Gwendolyn—, llamó Killian en un tono de reprobación.

Ella se encogió de hombros. —¿Qué? Es solo una simple pregunta.

Reí. —Está bien, Killian.— Me giré para encararla. —Bueno, para empezar, tengo un título BA en Marketing, pero encontrar un trabajo decente en San Francisco es como buscar una cascada en un desierto. No me quedó otra opción que trabajar en una cafetería. Joe's diner.

Mary sonrió. —Qué encantador, mi querida. La mayoría de las chicas de tu edad se convertirían en strippers y escorts solo para llegar a fin de mes. Estoy orgullosa de tus elecciones y yo también hice trabajos humildes para salir adelante. Verás que no todos nacimos en la riqueza. Algunos de nosotros nos casamos con ella.

La tranquilidad inundó mis rasgos y sonreí. —Gracias por entender.

—Y tu familia, ¿qué hay de ellos?

—Mi mamá trabaja en un hogar de jubilados. Mi hermano dirige una empresa pequeña. También está casado.

—¿Y tu padre?

Guardé silencio por un momento. —Nunca lo conocí. Se fue cuando yo era pequeña.

Mary dio un suspiro de alguien que ha sufrido. —Tenemos muchas cosas en común—. Miró ceñuda. —Mi padre abandonó a mi madre cuando yo tenía solo 5 años. Éramos tres hermanas, ¿ves? Y mi madre tuvo que luchar por todas nosotras.

—Eso debe haber sido duro. Lo siento.

—Oh, no te preocupes.— Rió, justo en el momento en que la puerta se abrió de golpe.

Todos giraron alrededor para observar la entrada de un hombre con un báculo dorado. Un escalofrío involuntario recorrió mi espina dorsal. Lo reconocí inmediatamente de los grandes retratos que había visto colgados en casi todos los pasillos. Aunque no le hacían mucha justicia, porque el hombre que ahora estaba de pie en el centro de la larga mesa de comedor se veía más intimidante en la vida real.

Tenía pequeños ojos oscuros vacíos, lo opuesto a los añiles de su hijo, pero definitivamente compartían la misma mirada desaprobadora que te hacía sentir como tierra.

—Perdonen mi tardanza, perdí la noción del tiempo.— Su voz tenía un tono profundo y comandante que me hizo apretar el pecho. Se inclinó y besó a Mary en la mejilla. —¿Qué me perdí?

Ella sonrió y apartó los cabellos canosos de la frente de su esposo. —Hemos pasado un tiempo maravilloso conociendo a la futura esposa de nuestro hijo—. Dijo, guiando su intimidante mirada hacia mí.

Me levanté de inmediato de mi asiento y crucé las manos frente a mí. Una inquietud hormigueaba mi vientre. Francamente, no tenía ni idea de qué hacer y su mirada me hizo perder toda razón. Pero antes de que pudiera decidir qué decir, Killian se levantó a mi lado. —Padre—, entrelazó mis manos con las suyas y apretó. —Quiero que conozcas a mi prometida, Hope.

Él avanzó unos pasos hacia nosotros y tragué, preparándome para la serie de preguntas que vendrían, pero nada de eso sucedió. En su lugar, se quedó mirando a Killian con una intensidad abrumadora. Y se miraron... y se miraron... como si intercambiaran palabras incluso sin hablar. Y entonces, de repente, sus labios esbozaron una cálida sonrisa de aprobación. —Finalmente me has demostrado lo contrario, Vaughn.— Le dio una palmadita en el hombro. —Estoy orgulloso de ti.

—Gracias, padre.

—Y tú.— Su mirada volvió de repente hacia mí, y la intensidad se suavizó. —¿Qué pasa con las chicas americanas que se ven tan delgadas?— Se volvió hacia Mary. —No saldrá de esta casa hasta que engorde un par de libras. Si es necesario, la alimentaremos cinco veces al día.

Mary rió. —Cumpliré tu palabra.

Dibujé una sonrisa. —Es un placer conocerle, señor.

—El placer es mío.— Me abrazó suavemente. —Bienvenida a la familia.

—¡Sí!— Eve exclamó entusiasmada y juntó las manos. —¡Papá aprueba!

Gracias a Dios.

• Capítulo 21

Hope

El resto de la tarde transcurrió en una neblina de conversaciones extrañas en las que no quería participar pero me vi obligada.

El cariño que todos sentían por Killian era evidente y aunque me sentía terrible por tener que mentirles, conseguí sonreír, beber e incluso comer lo que Killian me daba. Había sido particularmente atento a mis necesidades esa noche. Le dio la atención que deleitaba a su familia, tanto que suspiraron y se enternecieron un par de veces.

Sin embargo, en cuanto salí de esa habitación, una enorme ola de alivio me invadió. Finalmente exhale correctamente sin tener a alguien que girara la cabeza hacia mí cuando lo hacía.

—¿Por qué no subes a la habitación mientras acompaño a Eve a la suya?— sugirió Killian, con su mano entrelazada con la mía mientras caminábamos por el pasillo. No soltó mi mano, aunque ya no nos seguía nadie. Tampoco yo tenía problema con eso, así que lo dejé.

—Claro.— Asentí.

—No tardaré mucho.— Me aseguró y soltó mi mano antes de alejarse.

Soltando un suspiro, caminé sola de vuelta a la habitación. La culpa se instaló justo cuando entré y aspiré el dulce aroma a lavanda.

No estaba segura de que pudiera perdonarme por mentir así. Me irritaba, me molestaba enormemente, y si fuera una buena persona, hubiera confesado justo después del postre, pero ¿cómo podría hacerlo si habíamos llegado tan lejos?

Supuse que ya era un poco tarde, ya que se habían creído la idea de que éramos una pareja amorosa.

Coloqué mis pendientes en la mesa junto con mi collar y luego me quité la ropa antes de entrar al baño para un baño muy necesitado.

Abrí el grifo y dejé que la bañera se llenara de agua mientras me quedaba frente al espejo y escrutaba mi desnudez.

Aunque mi embarazo aún no se había pronunciado por completo, todavía notaba algunos cambios. Como lo cansada que estaba, la frecuencia con la que tenía dolores de espalda, lo pesados que estaban mis pechos y, por último, lo sexualmente frustrada que estaba.

Aunque, ese último no era enteramente debido a mis hormonas. Simplemente había algo en Killian que aunque lo odiara, no podía evitar sentirme sexualmente atraída hacia él.

Supongo que por eso me resultó fascinante la noche en el club. Por eso permití que me tomara con tanta fuerza que pensé que podría morir.

Exhalando un suspiro, regresé a la bañera, cerré el grifo y me sumergí en el agua caliente. Hizo cosquillas en mi piel, recordándome los escalofríos que me habían recorrido cada vez que Killian me tocó esa noche.

Había sido extremadamente amable esa noche, tratándome de manera diferente. Por supuesto, sabía que todo era un acto, pero mi sexo adolorido no lo entendía.

Mi piel hormigueaba y puse una mano en el pecho hinchado, acariciando suavemente. Mis hormonas estaban locas en ese momento. Y no debería estar pensando en acostarme con el padre de mi bebé, pero eso era en lo único que podía pensar durante la cena.

No me culparías ahora, ¿verdad?

Él estaba haciendo contacto visual conmigo la mayor parte del tiempo con esos ardientes ojos, y luego me estaba tocando apropiadamente, pero se sentía inapropiado para mis interiores.

No lo sabía, pero tal vez una relación sexual más sana y satisfactoria calmaría mis hormonas. Tal vez si me acostaba con él solo una vez, este deseo se iría.

Tal vez también complicaría las cosas más de lo que ya estaban. Gemí para mí misma. Si me acostaba con él, las cosas cambiarían para mí. Pero, ¿a quién le importa de todos modos?

Me agité un poco, desesperada y cachonda, y el latido en mi clítoris era intenso.

Cuando cerré los ojos y exhale otro suspiro, aún podía ver destellos de mis recuerdos

circulando en mi cabeza a cámara lenta y sentí mi cuerpo arder de necesidad.

Recordé todo, cada detalle; la forma en que mis paredes internas apretaban su perfecta polla, la forma en que salpicaba mi piel con besos abiertos mientras se me follaba como si fuera a morir si no lo hacía, sus sucios susurros de nada que me empujaron al límite.

Pasé una mano por mi pecho y presioné los labios para mantener mi respiración estable.

Realmente quería olvidarlo. Esto no era saludable para mí. Es decir, fue un encuentro de una noche y han pasado dos meses. No se suponía que fuera así. No se suponía que debiera fantasear con él, no se suponía que debiera desearlo más, pero no importaba cuánto intentara superarlo, el ardor entre mis muslos no se apagaba.

Lo deseaba tanto que temblaba, y no me había dado cuenta de dónde reposaba mi mano hasta que la punta de mis dedos rozó mi palpitante clítoris. Inhalé agudamente.

Oh, joder, ¿qué estaba haciendo?

Mi corazón latía aceleradamente. Esto estaba fuera de control. Era un remolino de emociones.

No quería masturbarme pensando en él. La idea era completamente descarada, pero parecía que mi cuerpo no estaba de acuerdo, porque, por mucho que quisiera retirar mi mano, simplemente seguía deslizándose hacia abajo.

Esto no era algo que yo hiciera normalmente, y mucho menos en una bañera, y era plenamente consciente de que estaba cruzando una línea entre lo que era real y lo que no lo era, pero tal vez solo un poco. Tal vez si me tocaba allí abajo solo un poco, me sentiría tranquila y podría dormir sin manchar la cama.

Con ese pensamiento tranquilizador en mente, separé mis piernas, sintiendo cómo mi clítoris latía violentamente mientras lo frotaba tentativamente.

Un tembloroso aliento se escapó entre mis labios. Me sentía sucia, pero extrañamente eso me excitaba aún más. Cerré los ojos aún más fuerte y pasé dos dedos entre los pliegues de mi sexo. Mis caderas se alzaban. No podía creer que estuviera haciendo esto. Mi otra mano rozó mi pezón endurecido justo en el momento en que me imaginé a Killian tomando un pezón en su boca, chupándolo, mordisqueándolo, mordiéndolo.

Era como si casi pudiera sentirlo aquí conmigo, clavando sus dedos en mis muslos y abriendo más mis piernas mientras estiraba su lengua más adentro de mí.

—Killian...— Mis dedos circundaban mi clítoris, mis caderas girando muy ligeramente contra el agua. —Sí...

Arqueé mis caderas, sintiendo mi cuerpo calentarse mientras imaginaba su boca extrayendo todo el placer de mí, dejándome completamente alterada.

—Estoy llegando...— Me restregaba contra la bañera. —Estoy tan tan cerca.

En este momento, no estaba consciente de mi entorno. No me daba cuenta del viento entrando por mi ventana abierta o del leve chirrido de apertura de mi puerta. Todo lo que no importaba desapareció ante mi mente mientras continuaba dándome placer, girando más rápido y más rápido hasta que mi aliento era entrecortado, y mi cuerpo temblaba, quedando rígido con satisfacción

El sudor resbalaba por la parte de mi piel no completamente sumergida en el agua. Mi respiración era irregular. Saqué mis dedos empapados y me tomé un momento para recuperarme antes de que los sentimientos de culpa me inundaran.

Gemí y lentamente abrí los ojos, pero lo que vi cuando lo hice me quitó el aliento.

—¡Oh Dios mío!— Grité y me sumergí por completo en la bañera, horrorizada y avergonzada. —¿Qué haces aquí?!

Killian cerró la puerta detrás de él con el golpe de su pie y, a pesar del pánico que subía por mi garganta, no pude evitar notar el bulto creciente en sus pantalones. —Eres una pequeña cierva sucia, Hope Sterling.— Se burló, con una lenta y maliciosa sonrisa extendiéndose por su cara.

La vergüenza junto con la humillación me invadieron. —N-No es lo que piensas.

El retorcido giro de sus labios me dijo que no me creía. —Te he estado observando gemir mi nombre, pequeña. Creo que es exactamente lo que es.

Me sentía enferma y aún excitada. —¿Me estabas espiando?

—Llamé tu nombre como cinco veces. Cuando no respondiste, pensé que te habías ahogado

o algo, pero supongo que estabas ocupada.

Mis mejillas se tiñeron de rojo.

Su mirada sobre mí era intensa y me sentía desnuda bajo ella. Más desnuda de lo que ya estaba. —Deberías salir de ahí antes de que tu piel se irrite.

Tenía razón. Necesitaba salir porque esto se estaba descontrolando.

Asentí.

—¿Podrías pasarme la toalla, por favor?

—Claro.—Él agarró la esponjosa toalla de baño color crema del gancho y caminó hacia mí para entregármela. Luego se dio la vuelta, permitiéndome levantarme lentamente de la bañera. Mis piernas estaban un poco tambaleantes después de mi orgasmo. Primero exprimí el agua de mi cabello antes de secar la mayor parte del agua de mi cuerpo, y probablemente debería haberme tomado mi tiempo para secarme bien antes de salir, porque en el momento en que puse un pie fuera de la bañera, resbalé, cayendo hacia adelante con un grito.

Killian se giró inmediatamente. Sus ojos se abrieron de par en par, estaba de rodillas a mi lado en un segundo, ayudándome a sentarme. —¡Demonios! ¿Estás tratando de lastimarte? ¿Estás bien?— Sus manos hacían una rápida revisión de mí, ignorando el hecho de que estaba completamente desnuda.

A él no parecía importarle, pero a mí sí, y mi cuerpo estaba entendiendo completamente mal esos toques impersonales.

—Estoy bien—, murmuré, recogiendo mi toalla rápidamente y envolviéndome en ella. —Soy una patosa.

—Pues no lo seas—, frunció el ceño, aún revisándome en busca de lesiones mientras me levantaba lentamente. —Y no me asustes así otra vez. Pensé que estabas gravemente herida. Pensé...— Se detuvo y pasó su mano por su cabello en lo que solo podía describirse como frustración. —Solo entra en la habitación y ponte algo de ropa antes de que me sienta tentado a hacer algo que a ambos no nos guste.

Sentí un cosquilleo en mi clítoris con sus palabras. —¿Qué cosas?

Él estuvo en silencio.

—¿Qué cosas, Killian?— Pregunté de nuevo, desesperada por sus palabras.

Me lanzó una mirada furiosa y podía decir que estaba tratando muy duro de no mirar hacia abajo. —Soy un hombre de gran autocontrol.— Su mirada ardía en la mía. —Pero verte así está empujando los límites de mi propio control... tanto que podría simplemente aprisionarte contra la pared y follarte hasta dejarte sin vida.

Mis ojos brillaron. Su raro momento de honestidad resultó ser un poderoso afrodisíaco que me envió escalofríos descarados por la espina dorsal.

Una extraña sensación burbujeaba en mi estómago, no estaba segura si era por las hormonas o el hecho de que su mirada era intensa, pero no me importaba. —Hazlo.

Sus ojos se encontraron bruscamente con los míos. No iba a retractarme de mis palabras.

—Hazlo entonces, fóllame hasta dejarme sin vida.

—No tienes idea de lo que estás pidiendo.— Su voz estaba cargada de ronquera.

—Creo que sí.— Me puse de puntillas, encontrándome con su mirada. —Me dijiste que no morderías a menos que te lo pidiera.— Toqué sus labios y se abrieron ligeramente para acomodar su rápida respiración. —Quiero que muerdas. Fuerte.

Al principio estaba rígido contra mí, pero luego sus ojos se dilataron y un gemido escapó de su garganta mientras arrastraba mi cuerpo contra el suyo y llenaba mis sentidos con el sabor de su labio.

Oh, Dios mío... mariposas explotaron en mi estómago. Succionó mi labio inferior y lamió la piel sensible antes de tomar mi boca de nuevo. Gemí, deseando con todas mis fuerzas tocarlo. Ebria, toqué su hombro, deslicé mi mano a través de su pecho duro mientras él seguía devastando mis labios.

Gemí en su boca de nuevo, una mano viajando sobre su abdomen tenso, hacia el ruedo de sus pantalones ajustados. Agarré su plenitud y un rasposo involuntario se escapó de su boca. —Hope...— Su aliento estaba caliente contra mi piel. —Me correré sobre tu mano si sigues tocándome así.

—Me gusta cómo se siente.— Aprieto de nuevo y él gruñó. —Si vas a detenerme, será mejor que lo hagas ahora.

No quería parar. Nunca quise.

Negué con la cabeza. —No lo haré.

—Entonces necesito escucharte decirlo.— Me sostuvo la cara, sus ojos ardían con la promesa de lo que estaba por venir. —Dilo. Dime lo que quieres que te haga. Y hazlo rápido mientras todavía estoy preguntando.

Sentí un escalofrío recorrer mi espina dorsal mientras sus dedos rozaban mi labio.

—Di-lo...

Me estaba suplicando. Lo había reducido a esto. Era caliente y extremadamente tentador. Mis ojos se fijaron en los suyos y por primera vez desde que todo este viaje en montaña rusa comenzó, estaba segura de lo que quería.

—Quiero que me folles, Killian.

• Capítulo 22

Hope

—Me encanta cuando una mujer sabe lo que quiere.— Killian gimió, su mano deslizándose por mi cara, mi garganta, mi cuello y mis hombros. —Me vuelve loco.— Agarró el borde de la toalla en mi pecho y la arrancó de un tirón, dejándome completamente desnuda otra vez.

Mordí mi labio. Sus ojos se oscurecieron con deseo, acariciando mi cuerpo como si quisiera devorarme. Me hizo arder.

—¿Ya has llegado?

Sentí una oleada de calor entre mis piernas ante su pregunta. —¿P-Por qué preguntas?

Su mirada se desvió de mi cuerpo y encontró la mía. —Responde a mi pregunta. ¿Ya has llegado?

—Sí.— Chupé mi labio. —He llegado.

—Bien. Harás que te llegues otra vez y yo te voy a ver hacerlo.

Un escalofrío perverso me recorrió. Tirité. —¿Quieres verme tocándome?

—Sí Hope, quiero ver cómo te das placer como debe ser.— Se inclinó y rodeó mi garganta suavemente con su mano. —Lo harás, ¿no es así?

Apreté mis labios, demasiado ansiosa para hablar. Admito que la idea era abrasadoramente caliente en mi cabeza, pero no estaba segura de tener la osadía de dejar que otro hombre me viera masturbarme.

Notó mi hesitación. —No te voy a forzar a hacer nada que no quieras, Hope. Di la palabra y te dejaré en paz. Me iré. ¿Quieres que me vaya?

¿Lo quería?

Dejarlo quedarse sería una decisión salvaje y temeraria, pero dejarlo ir sería peor y no estaba segura de poder vivir con ese pensamiento. Él era el único que podía manejar el dolor entre mis muslos; el dolor que él había puesto allí, así que a la mierda. Si alguien iba a curarme, era él.

Negué con la cabeza. —No.

No sonrió, pero sus labios temblaron como si lo hubiera hecho. —¿Entonces harás lo que te digo?

Asentí lentamente. —Sí.

—Buena chica.— Me acercó la cara con su agarre en mi cuello y fusionó nuestros labios en un beso duro y posesivo que convirtió mi sangre en el mismo deseo líquido que ahora fluía hacia cada célula palpitante de mi cuerpo.

—He echado de menos esto.— Gimió y mis ojos rodaron ante el repentino placer que golpeó mi núcleo cuando deslizó su lengua en mi boca. —He echado de menos tocarte.— Murmuró, mordiendo fuerte mi labio inferior y succionando el dolor antes de retroceder y dejarme respirar. —Vamos a ponerte en esa cama bien abierta.

El calor chisporroteaba en mi núcleo. Asentí y obedecí. Caminé a la habitación y lentamente me acosté en el colchón.

Normalmente no estaba muy cómoda con mi cuerpo y tenerlo siendo visto de tan cerca me hacía encoger por dentro. Pero a Killian no parecía importarle. Sus ojos ardían en los míos mientras entraba en la habitación, jugueteaba con su cinturón y bajaba sus pantalones por encima de sus muslos.

Jesús, estaba duro.

Y era grande: el contorno de su erección era obvio mientras empujaba contra su bóxer negro.

Por un momento, se quedó ahí de pie, devorando con la mirada mi cuerpo desnudo. Podía sentir cómo mi clítoris latía bajo su mirada llena de lujuria contenida. —Acércate al borde de la cama—, ordenó, liberando su camisa negra de la cinturilla y quitándosela por la cabeza.

Lentamente me desplazé hacia el borde de la cama, observando cómo sus ojos seguían cada uno de mis movimientos. Era tan excitante.

—Abre las piernas, Hope—, dijo con voz ronca. —Muéstrate ante mí—.

Mi pulso se descontrolaba mientras abría las piernas y las apoyaba en el borde de la cama.

—Mierda—, siseó él, sus pupilas dilatándose ante mí. Respondía a mi cuerpo tanto como yo al suyo.

Sus oscuros ojos subieron de mis piernas abiertas hasta los míos. —Me vas a arruinar de la anticipación. Hazlo ya. Tócate—.

Tragué saliva. Estar así para él, con las piernas abiertas, mi coño expuesto y brillando de humedad mientras él se quedaba allí mirando, me encendía y había una voz en mi cabeza que me decía que lo que hacía estaba mal; que no se suponía que debía dejarle verme de esta manera pero no me importaba, sucumbí a mi deseo y dejé que me impulsara mientras deslizaba una mano por mi tembloroso estómago y me acariciaba justo allí.

—Increíble—, observó él, más para sí mismo que para mí mientras miraba con intensa concentración.

Mordí mi labio inferior y masajee suavemente mis pechos. Mis pezones estaban erguidos. Los pellizqué y sin querer me arqueé hacia atrás ante la presión.

—Tengo que admitir que esto me pone muchísimo—, gruñó él, y mi cuerpo tembló al sonido de su voz.

Pellizqué y retorcí mis pezones, haciéndolos endurecer aún más y luego metí un dedo dentro de mí y gemí. Él gimió conmigo, mirando con lujuria mi raja.

Metí otro dedo y gemí ante la intrusión.

—Así se hace...—, me animaba él, su voz ronca de excitación. —¿Te gusta, verdad?

Todos los sonidos del cuarto se apagaron y era casi como si pudiera escuchar su voz en mi cabeza. Busqué rápidamente una respuesta en mi cabeza confundida. —Sí—.

—¿Más que mis dedos?

Negué con la cabeza, acelerando el ritmo. —N-no—.

—¿Debería ser yo quien te toque?

Mordí mi labio para contener mi gemido. —Sí—.

—Te gustaría tener mi cara enterrada entre tu coño, ¿verdad?

Gimí en respuesta. —Dios, sí—.

—Correte primero, quiero lamer tu orgasmo de tus dedos—.

Oh, mi boca se hacía agua mientras los labios de mi coño se humedecían de deseo. No podía creer que estuviera haciendo esto. No podía creer que estaba dejando que Killian me viera en mis momentos más vulnerables. Era simplemente lo más erótico que había experimentado.

—Oh, Dios—. Entraba y salía de mi raja, gimiendo y contoneando mis caderas cada vez más rápido, desesperada por un alivio. —Killian, te necesito—.

—Estoy aquí, bebé—, jadeó él. —Aquí estoy contigo—.

Chispas de placer comenzaban a acumularse en mi vientre. Arquee la espalda, cerré los ojos. —Voy a correrme—.

—Suéltate—.

Gritando en éxtasis, sentí todo mi cuerpo temblar, excitado. —Mierda—. Maldije, quietándome sobre mis dedos mientras un intenso oleaje de placer recorría cada vena de mi cuerpo indefenso. Tuve un orgasmo intenso que me dejó temblando, sin aliento.

—Oh, Hope...— La voz de Killian era reconfortante, y casi di un salto cuando sentí su cálido aliento entre mis muslos.

Abrí los ojos de golpe y lo vi de rodillas frente a mí. —Eso ha sido simplemente

increíble—. Sacó mis dedos y los llevó a su boca, frotando suavemente la almohadilla de mi dedo húmedo a través de sus labios. —Tu olor es adictivo, simplemente tengo que hacerlo—. Metió mis dedos profundo en su boca, su lengua circulando y lamiendo mis fluidos amorosos y ronroneando profundamente en su garganta.

Mi coño se contrajo. Esto era demasiado jodidamente caliente para mí. —Sabes tan jodidamente bien—. Sus mejillas se hundieron mientras succionaba mi esencia hasta que no quedó nada. —Necesito probarte otra vez—. Liberó mis dedos de su boca y me empujó hacia atrás para que me acostara plana.

En un momento ágil, se deslizó sobre mí, repartiendo besos por mi cuello, mi pecho, mi... Oh, cielos. —¡Killian!— jadeé, sin saber si gritar, sollozar o gemir, pero una cosa era cierta, me estaba volviendo loca la forma en que tiraba de mi pezón, rodándolo entre su pulgar e índice hasta que mi cabeza se agitaba de un lado a otro contra la cama en una agonía de necesidad.

—Joder, no sabes cuánto deseo deslizar mi polla entre estas tetas perfectas tuyas y embestir una y otra vez hasta correrme sobre ellas. Y créeme, me correré tan fuerte y te veré lamer cada gota de ello—.

Sus palabras me atravesaron como una corriente eléctrica. —Jesús. Qué sucio hablas—.

—Y aún follo más sucio—. Gimió contra mi piel y mi respiración se aceleró mientras sus labios viajaban por mi estómago, depositando besos ardientes hasta que llegó ahí; donde se acumulaba todo el sudor, donde el olor de mi excitación era más fuerte.

—Vamos a hacerte correr una vez más—.

Mi sangre se heló mientras se inclinaba sobre mi sexo adolorido.

No, no, no. —No, Killian, no puedo. No soporto más—. La sobrecarga de placer ya era demasiado y un orgasmo más me destrozaría.

—Lo harás, bebé—. Mantuvo mis muslos apartados y pasó su lengua por mi raja. Me convulsioné ante la descarga tan potente que me hizo llorar.

—Estás tan mojada. Tan lista para ser follada—.

—¡Killian, por favor!— Mi pecho se oprimía y temía que pudiera explotar. —No puedo.

Por favor, sólo fóllame—.

—Solo uno más, bebé, necesito saborearte—. Me calmó, succionando con fuerza mi clítoris hinchado. Mi cabeza giraba, mi cuerpo entero temblaba y tiritaba. —Dios, estás tan apretada que vas a exprimir la vida de mi polla—.

—Killian...— logré decir entre sofocos, pero él me ignoró, continuando follándome con su boca de manera agresiva, sin piedad. —Oh mierda, Killian—.

Sus gemidos vibraban contra mi clítoris, incitando mi clímax a construirse rápidamente. —Uno más y te follaré tan duro como quieras, lo prometo—. Dos dedos se introdujeron en mí, curvándose, acariciándome rápido.

—¡Oh, por Dios!— Grité, echando mi cabeza hacia atrás en las almohadas y cerrando los ojos para prepararme para la primera ola del orgasmo que amenazaba con arrastrarme. —Jesús, mierda—.

Estaba temblando, luchando contra su boca por liberarme. —Correte para mí, bebé—. Me incitaba, su lengua y su boca trabajando expertamente en sincronía con su mano mientras me maniobraba hacia mi orgasmo. —Puedo sentir como tu coño se aprieta alrededor de mis dedos. Dame eso, bebé. Lo quiero—. Me animaba, embistiéndome aún más fuerte.

—¡Oh, Jesús, voy a correrme!— Las lágrimas se derramaban por mi cara. Cada centímetro de mi piel hormigueaba y ardía, y cuando atrapó mi clítoris entre sus dientes. Me corrí, me corrí con tanta fuerza, de manera desgarradora.

—Eso es, bebé, disfrútalo como una buena gatita—, él lamía mis jugos, succionando mi clítoris fuerte en su boca, haciéndome contraerme y silbar. —Amo esta parte de ti. Tan jodidamente dulce—. Y luego me soltó, permitiendo que mis piernas cayeran sin fuerza sobre la cama.

—Killian...— Respiré con voz ronca, mi pecho subiendo y bajando rápidamente mientras bajaba de mi éxtasis.

—¿Sí, gatita?— Preguntó él, quitándose los calzoncillos y dejando su dura polla libre mientras se deslizaba de nuevo sobre la cama y se inclinaba sobre mí. —¿Estás lista para recibirme ahora?

Asentí sin pudor, elevando mi cadera para frotar mi coño mojado contra su polla. —Por

favor, dámela—.

—¿Segura?— Él movía su cadera. —No quiero lastimarte ni al bebé—. Apartó su mirada penetrante de mí y se enfocó en mi estómago. —Puedo ser bastante agresivo cuando follo, especialmente cuando he estado hambriento, y estoy seguro de que por nuestro primer encuentro puedes decir que me gusta follar bastante duro—.

Levantó los ojos de mi vientre y se clavaron en los míos. Sonreí, envolviendo mi brazo alrededor de su cuello. —Fóllame como quieras, Killian, y hazlo ya antes de que lo haga yo misma—.

• Capítulo 23

Killian

Estaba seguro de que iba a arrepentirme de esto.

La deseaba tanto que olvidé el hecho de que acostarnos juntos podría complicar las cosas. Pero joder, no me importaba, no en este momento, no cuando se había dado placer delante de mí, no cuando ahora estaba acostada, desnuda, con su coño brillando, suplicando ser follada. Dios, era tan hermosa, estaba usando toda mi fuerza de voluntad para no follarla brutalmente.

Un sentimiento primal florecía en mi pecho. Era diferente. Con Rosey y las otras mujeres, solo era follar, pero con ella, quería mucho más. Quería darle mucho más.

¿Qué diablos me estaba haciendo?

—Killian...— Sus labios se separaron y su lengua salió a humedecer la sequedad.

Jódeme. Llevé mis dedos a su boca. —Chúpalos. Demuestra cuánto deseas mi polla—.

Con los ojos puestos en mí, me tomó profundo en su boca, corriendo su lengua alrededor y entre mis dedos, deslizándola dentro y fuera de su boca, imaginando lo que haría con mi polla si alguna vez la tuviera en su boca.

Cubrí su pecho y pellizqué un pezón, observando su rostro mientras molía sus caderas contra mi polla. Tan jodidamente mojada.

—Te gusta esto, ¿verdad? Estar desnuda y sentir cada pulgada de mí—.

Moví sus pezones con mis dedos. Ella exhaló su respuesta.

—Podría follarte así durante horas, yendo despacio hasta que te mojes—.

—Por favor...

—¿Por favor qué, bebé?— Tomé mi polla en mi mano y la azoté contra su clítoris unas cuantas veces. —¿Más? ¿Quieres que te folle tan desesperadamente?

—¿Sí?

—¿Cuánto tiempo crees que pueda torturarte antes de que te corras?

—No mucho, solo por favor...fóllame—.

Sus palabras fueron mi perdición. Avancé hacia su coño caliente, húmedo y aún increíblemente apretado con un gruñido. Ella estaba mojada, una mezcla de ella y mío. Dios, esto era demasiado para mí, no recordaba la última vez que estuve al descubierto con una mujer.

Entré de golpe y ella exclamó mi nombre, agarrando las sábanas con fuerza. —¡Oh, mierda! Killian—.

—Lo sientes tan bien, bebé—. La embestí por completo, violentamente, asegurándome de no aplastar su cuerpo con mi peso.

—¡Killian!— Gritó en un susurro contenido, haciéndome bajar la mirada a su pálido estómago mientras se tensaba. Mierda, lo siento chico pero esta noche papá tiene que ser un poco brusco.

—Dios, estás tan apretada que me vuelves loco—. Mi mano sujetaba firmemente sus caderas. —Ahora te voy a follar duro y lo vas a tomar como una buena chica—. Incapaz de contenerme, salí y embestí una y otra vez, yendo más profundo con cada movimiento dentro de su cuerpo, tratando de no aplastarla con el peso de mi cuerpo ansioso. Ella arqueó la espalda y empujó sus caderas hacia las mías, atrayéndome aún más adentro.

—Dios mío, me siento tan llena—. Jadeaba. —Más fuerte por favor, quiero sentirte todo dentro de mí—.

Sí, lo perdí.

Empujé contra ella con fuerza y rapidez. En un momento, me preocupé de que la estuviera lastimando por el sonido de su cuerpo golpeando repetidamente contra el mío. —Lo siento si duele. Te besaré el coño hasta que se sienta mejor—, dije entre dientes, incapaz de parar.

—No duele. Se siente... tan... No pares...—, balbuceó entre embestidas, clavando sus uñas en mis hombros. Estaba cerca. Pude sentir cómo su coño se contraía alrededor de mi polla.

—¡Oh, Jesús jodido, joder!—, exclamó, enganchando sus tobillos alrededor de mi cintura y apretándolos mientras me enterraba más profundo en ella, sabiendo muy bien que su coño estaría adolorido e hinchado mañana por la barbaridad de mi jodida, pero eso no me detenía.

—Joder, quiero que estés adolorida—, gruñí entre cada embestida, inclinándome hacia adelante, juntando nuestros pechos, sellando sus gritos con la presión húmeda y caliente de mi boca. —Cada vez que te muevas mañana, quiero que recuerdes que he estado aquí. Solo yo—.

Sus dedos agarraron las sábanas, los ojos cerrados tan fuerte que su frente se arrugó.

—Abre los ojos, Hope—, exigí, sin aliento mientras que mi propia liberación amenazaba con derramarse. —Mírame—.

—No... puedo—, raspó, con las piernas temblando a mi alrededor.

—Sí puedes—, dije seriamente, deseando mirar en esos hermosos ojos que se oscurecían con la lujuria. Queriendo perderme en ella. —Los ojos en mí, Hope. Mira cómo te follo—.

Su cuerpo ansiaba una liberación. —Killian, yo...

—¡Ojos abiertos, Hope!

Sus ojos se abrieron de golpe, las oscuras iris clavadas en mí mientras cruzaba el límite. —Killian, voy a...

—Eso es, bebé, puedo sentir cómo tu coño tiembla. Joder. Necesito que te corras en mi polla, que tu coño se corra toda sobre mí.— Liberé una mano de su cadera y la deslicé entre nosotros, frotando su clítoris. —Joder, este coño es mío, ¿sabes eso, verdad? Voy a ser el único hombre que te folle. Nadie más—.

—¡Sí! ¡Sí!—, gritó, su visión ahora borrosa por las lágrimas mientras clavaba sus uñas más fuerte en mí, y luego, su cuerpo se volvió rígido mientras se corría, llamando mi nombre en una versión incomprensible y a todo volumen.

—Tan cálida—, dije entre dientes, embistiendo contra ella despiadadamente. Sentía que mi

explosión se acercaba. Mis bolas se tensaban. —Voy a correrme duro, tan jodidamente duro—.

—Correte dentro de mí, Killian—, jadeó, deslizando su mano a lo largo de mi brazo, acariciando mi pecho sudoroso y desnudo, y en el momento en que sus dedos pellizcaron mis pezones, lo solté todo.

—Ah, joder—, temblé, derramando mi semilla caliente profundo en su interior y soltando toda mi frustración sexual antes de rendirme y colapsar pesadamente sobre ella.

Joder.

• Capítulo 24

Hope

Pasé los primeros treinta minutos de mi día convenciéndome de que anoche fue solo un indeseable sueño y que no fui yo quien fue follada hasta el olvido.

Simplemente no podía ser yo. Alguien más estaba gimiendo, sudando y agarrando las sábanas. Alguien más estaba retorciéndose, temblando y... Oh Dios mío, suplicando.

Creí que si cerraba los ojos con suficiente fuerza y deseaba que todo desapareciera, sería así, pero ¿quién engañaba?

La deliciosa dolorosidad entre mis muslos definitivamente no vino como resultado de la auto-satisfacción. Él había sido el responsable, el olor a sexo en las sábanas lo probaba. También lo recordaba vívidamente; los susurros de dulces palabras, mi corazón palpitante, el calor de su piel, su peso sobre mí, el calor de su boca, sus dedos, su—el contenido de mi estómago se revolvió. Coloqué mi mano sobre mi boca y me arrastré hasta el baño para doblarme sobre el inodoro y vomitar hasta que lo único que salía eran secas arcadas.

Suspirando, tiré de la cadena y caminé hasta el lavabo para enjuagarme la cara.

Dios, estaba hecha un desastre. No podía creer que había hecho eso.

Era una completa ingenua. Él me dijo que era tentadora y luego ¿qué? Volví a sus brazos y lo besé como una escena de esas películas coreanas que dan vergüenza ajena.

Y lo peor es que...me gustó.

Y quería hacerlo otra vez.

Sacudí la cabeza. Esta era la razón por la que raramente permitía que mi corazón pensara en lugar de mi cabeza. Siempre me metía en problemas.

Volviendo a la habitación, me dejé caer en la cama, recordando que aún estaba desnuda con vergüenza y estaba a punto de recoger un camisón cuando Killian entró en la habitación con una pequeña bandeja en la mano.

Mi corazón saltó hasta mi boca mientras me acurrucaba de nuevo en la cama y me cubría el cuerpo con la manta.

Parecía que acababa de dar una carrera matutina, llevando solo sus shorts negros empapados y traté de no dejar que mi mirada se desviara hacia abajo, pero lo hizo y vaya, aún no podía creer que aquello hubiera estado dentro de mí anoche.

No. Consigue controlarte. Sacudí el pensamiento.

—Buenos días.— Se acercó a mí y mi cuerpo se tensó cuando se sentó en el borde de la cama. El colchón se hundió bajo su peso. Demonios, incluso sudado olía bien.

—Buenos días—, murmuré, acurrucándome más en la manta mientras hacía un gesto hacia la bandeja en su mano. —¿Qué es eso?

—Madre quería que tuviéramos un temprano aperitivo matutino, dice que ayuda a hacer tu día mejor.— Dejó la bandeja en la mesita de noche y cogió una pieza. —Prueba.

Negué con la cabeza. —Tal vez más tarde.

—Solo una pieza.— Insistió.

Negué con la cabeza de nuevo. —No, realmente no—— Él empujó la galleta de crema entre mis labios entreabiertos y solté un pequeño sorbo, mordiendo involuntariamente la deliciosa pieza.

Él me observó masticar. —No tenías que hacer eso.— Fruncí el ceño, tragando.

—Es una buena forma de callarte.— Dijo de repente, pasando su pulgar por mi labio inferior para atrapar el último pedazo de galleta que quedaba, y para mi sorpresa, metió su dedo en su boca y chupó, haciendo que apretara los muslos contra el latido palpitante en mi coño.

Este hombre hacía las cosas más raras y de alguna manera conseguía que parecieran sexys.

Tomó otro trozo de galleta para él y comió observando mi cuerpo. —¿Cómo te sientes?

Bueno, acabo de tener sexo con el chico que juré que nunca dejaría tocarme de nuevo, y de

alguna manera, incluso después de que se corriera fuerte en mí, mi núcleo aún ansiaba más, ávidamente. Si estuvieras en mi lugar, ¿cómo te sentirías?

Mordí mi labio. —Me duele todo y tengo dolor de cabeza.

Él hizo un sonido de asentimiento. —Me lo imaginaba.— Alcanzó la bandeja y me pasó un vaso con agua y dos tabletas de acetaminofén. —Debería ayudar a aliviar un poco tu dolor.

Asentí y me senté para tomar las tabletas. —Gracias—, murmulé, sosteniendo las sábanas firmes en mi pecho.

Cuando terminé. Él tomó el vaso, lo puso en la encimera y luego se volvió hacia mí. —Bien, acuéstate para que pueda darte los besos que prometí.

Casi escupí el agua que acababa de beber. —¿Q-qué?

Una ceja se levantó. —¿No quieres?

Su pregunta hizo que mis ojos se iluminaran y mi estómago revoloteara. —Bueno, sí quiero.

—Entonces acuéstate. Y deshazte de esto.— Tiró de la manta en mi pecho para exponer mis pezones tensos.

—¡Killian!—, chillé, tirando la manta de nuevo sobre mí con las mejillas enrojecidas.

—Estás actuando como si acabaras de perder tu virginidad.— Un humor danzaba en sus ojos mientras tiraba la manta hacia abajo otra vez. —Es lindo. Pero realmente no tengo tiempo para lindo.— Se levantó de la cama y agarró ambas piernas para tirarme hacia el borde. Di un grito.

—Compórtate por un segundo.— Ordenó y lo observé, aún intentando regular mi respiración, mientras se alejaba de mí y desaparecía en el baño. Lo oí moverse. Los armarios se abrieron, el grifo corrió. Después de unos minutos, volvió a la habitación con una toalla empapada y un bol de lo que supuse era agua.

—¿Qué estás haciendo?— Pregunté, sintiendo mi pecho increíblemente apretado mientras se sentaba sobre los talones en el suelo y separaba mis piernas lentamente.

—Haciendo lo que estaba demasiado cansado para hacer anoche. Es agua caliente, ayudará a reducir la hinchazón.— Empapó la toalla, la escurrió y la presionó contra mi rajita mojada y solté un siseo por el dolor sordo que me atravesaba como un veneno lento.

Se detuvo y me miró. Sus ojos añiles eran un tono más oscuros. Por un momento pensé que vi algo en ellos, pero se fue en un instante.

—Supongo que haces esto con cada chica afortunada con la que duermes.— Bromeé, tratando de aliviar la tensa atmósfera de la habitación.

—Normalmente no hago esto.— Empapó la toalla, la escurrió y la presionó contra mí de nuevo. —Sólo lo estoy haciendo ahora porque fui duro contigo anoche.

Bueno, no estaba equivocado en esa parte.

—Así que quédate quieta y déjame hacer esto.

Tragué y asentí, y simplemente observé con fascinación lasciva cómo me limpiaba bien y luego, tras unos minutos, se limpió la mano y lanzó la toalla al suelo.

—¿Duele mucho?

Asentí. —Solo pequeñas punzadas.

—Tomará al menos un día para que la hinchazón se vaya.— Separó mis piernas aún más y solté un grito agudo cuando la punta de su lengua se deslizó para trazar las costuras de mi raja.

—¡Killian!—, me retorcí y giré ante la oleada de placer totalmente nueva que pulsaba por mi cuerpo.

—Shh, todo el mundo está despierto ahora y pueden oírte.— Manteniendo mis piernas aparte, empujó su lengua dentro de mí, causando un escalofrío de placer y dolor a través de mí.

Mis caderas se arquearon. —Killian, realmente estoy sensible ahora.— Me retorcí involuntariamente contra su cara.

Soltó un gemido bajo. —Si sigues haciendo eso, terminaré follándote adolorida de nuevo.

Mi pecho se estrechó. —Lo siento.— Gemí, disuelta en placer, tratando duro de no frotarme contra su cara mientras lamía mi clítoris fervientemente.

—Oh Dios mío...— ¿Por qué se sentía tan bien? ¿Por qué tenerlo de rodillas así me emocionaba tanto?

—¿Tienes ganas de venir?— Preguntó, levantando la cabeza por un momento para encontrarse con mis ojos. —Podría ayudar.— Volvió la mirada a mi coño brillando con su saliva. —Usaré sólo mi lengua para que no duela.— Se zambulló de nuevo y me arqueé, tapando mi boca con la mano para que mis gemidos no se escaparan.

Él no chupó, no mordió, simplemente me amó con su lengua, lamiendo, dando lametazos hasta que me llevó al borde. —Killian, me estoy viniendo.— Un grito corto fue sofocado por la mano sobre mi boca mientras me corría, temblando violentamente contra su cara.

Gimió, suavizando el golpe de su lengua mientras me lamía y luego soltó.

—¿Te sientes mejor?— Sus ojos se encontraron con los míos. Estaban entrecerrados. —¿Todavía duele?

Negué con la cabeza, jadeando por aire. Su lengua fue suficiente para hacerme olvidar el dolor. —No.

—Bien entonces.— Besó mis muslos y me estremecí. —Voy a ducharme primero.— Se levantó. —Come esas galletas y ordena tus cosas antes de que termine.

Así, se dirigió hacia el baño, dejándome para procesar qué demonios acababa de pasar.

• Capítulo 25

Killian

Me iba a casar en unos días y acababa de tener sexo con la madre de mi hijo, a quien se suponía debía detestar.

Si eso no era un cliché, entonces no sabía qué lo era.

Ahora estaba claro que mi decisión inicial de acostarme con Hope y sacarla de mi sistema había tenido el efecto contrario. La había deseado solo por una noche, había querido tocarla tan desesperadamente que había maldito las consecuencias. Y ahora, estaba pagando por eso porque una sola noche y ya estaba anhelando demasiado.

Y lo intenté, créanme, intenté librarme de estos sentimientos, incluso me escapé de la cama esta mañana y salí a correr largo rato pensando que ayudaría a despejar mi mente, pero no fue así. Ya no era posible. Sentía algo por ella: deseo, ansia, la necesidad de reclamarla, de poseerla, y luego estaba ese sentimiento especial floreciendo en mi pecho que no era capaz de nombrar. Y no estaba seguro de querer hacerlo.

Una intensa bola de ira se retorció en mis entrañas. Odiaba esto. Odiaba no entenderme a mí mismo. Joder, solo habían pasado dos semanas y ella había conseguido colarse bajo mi piel de la manera más intensa posible.

Y ahora estaba tramando su camino hacia los corazones de mi familia; riendo con mi hermana y llevándose bien con mi madrastra. Estaban sentadas en el sofá, riéndose de alguna tontería femenina y ella debió sentir mi mirada porque de repente miró por encima del hombro, enviándome una sonrisa pícara.

¿Qué demonios?

Fue como si me hubieran golpeado el pecho. Aparté la mirada al instante. Joder con esto. Necesitaba un momento para reponerme, así que me dirigí hacia la cocina, ansioso por tomar un café muy necesario y tal vez algunas rohypnoles para ayudarme a drogarme lo suficiente para olvidar.

En cuanto entré en la cocina, me arrepentí porque mi hermana, Gwendolyn, me atacó.

—Jesús, Killian. ¿Tenían que ser tan ruidosos anoche?— Se quejó, acercándose.

Me volví hacia la cafetera. —No sé de qué hablas.

Me dio una palmada en el brazo. —No te hagas el tonto. La próxima vez que quieras tirarte a tu novia, recuerda que tu habitación está justo al lado de la mía.

Honestamente, este era un tema del que no quería hablar. —Soy inocente—, dije secamente, alcanzando en el armario justo encima de mí el té English Breakfast de mamá. —¿Té?

Ella rodó los ojos y se apoyó con las caderas en la encimera junto a mí. —Sí.

Puse la mezcla molida en la máquina y coloqué dos tazas bajo el surtidor. Dos minutos más tarde, ambos estábamos saboreando nuestras tazas y saliendo de la cocina.

Me recosté en la puerta y me rasqué la mandíbula mientras le echaba un vistazo de reojo a Hope.

Ella seguía riendo y escuchando atentamente las muchas historias que brotaban de los labios de Eve. Parecían llevarse bien y eso me sorprendía porque Eve siempre había sido selectiva con sus amistades y no esperaba que Hope se abriera tanto a este engaño.

—Todo esto parece increíble—, habló Gwen, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Qué?— Pregunté, con la mirada aún en la razón de mis pensamientos dispersos.

Ella asintió hacia Hope. —Tú y Hope.

Sorbeí mi té. —¿Qué pasa con nosotros?

—Hice mi investigación, ya sabes.— Se recostó y las observó al igual que yo. —Ella realmente no parece tu tipo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Vamos—, me empujó juguetona. —Ella no es la supermodelo de alta clase por la que

sueles optar. ¿Qué es lo que esta tiene?

—Es diferente—, dije simplemente, queriendo evitar esta conversación a toda costa pero conociendo a mi hermana, iba a indagar.

—Eso es obvio. Dame algo más profundo.

Me encogí de hombros. —No sé, simplemente me desafía de maneras en que la mayoría de las mujeres no lo hacen.— Y eso era cierto. A veces su desprecio por mi autoridad me quemaba e inclinaba mi temperamento. Tanto que a veces estaba atónito, otras veces, simplemente quería acostarla sobre mis rodillas y azotar su trasero hasta que se pusiera rojo hasta que se sometiera.

—Ya veo—, se rió entre dientes. —Entonces, ¿es en serio?

Finalmente aparté la vista de ella y la miré. —¿Te refieres a?

—Todo esto.— Hizo un ademán con las manos hacia mí. —El compromiso. La boda. ¿Es en serio?

No lo era.

Nada de esto lo era: mis sentimientos por ella, el intenso impulso de tenerla solo para mí, nada. Y lo único real era que ella estaba embarazada y pronto yo iba a ser padre. Iba a tener que asumir un rol que nunca quise ocupar y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Sorbeí de mi té. —Sí.

—Bien.— Me frotó el brazo. —Ella es buena para ti, Killian. Hoy hemos hablado un rato y realmente parece una persona agradable. Quizás pueda ayudarte a sanar.

—No estoy roto.— Refunfuñé. —No necesito sanar.

—Las dos mujeres a las que realmente has querido o murieron o te rompieron el corazón en pedazos.— Suspiró. —Sé que aún no has contado a nadie la historia completa detrás de Megan y sé que te destrozó. También sé que todavía te culpas por la muerte de mamá y que aún no has dejado de sufrir.

Apreté los dedos alrededor de mi taza. —Dejé de lamentar hace mucho tiempo.

—Entonces, debe ser por eso que te vi merodeando cerca del mausoleo de mamá esta mañana—.

Mi mandíbula se tensó de molestia.

—Tienes la idea equivocada.

—Tu negación no significa que no tenga razón.— Ella sonrió y me dio palmaditas en el hombro. —Solo sé bueno con Hope y no huyas de tus sentimientos.

Rodé los ojos. —Genial, ahora hablas como mamá.

—Soy su hija, al fin y al cabo.— Se rio, justo cuando Eve gritó.

—¡El desayuno!

Me empujé y caminé hacia el comedor, despejando mis pensamientos mientras buscaba unirme a Hope para otro engaño.

Gwen estaba equivocada. No estaba roto. No necesitaba sanar. No necesitaba a nadie. Ni siquiera a Hope o al bebé. Estaba perfectamente bien solo.

• Capítulo 26

Hope

Las últimas cuarenta y ocho horas de mi vida habían sido un total desastre mental.

Desde tener sexo con Killian de nuevo, hasta soportar largas y charlatinas conversaciones centradas en bodas y amor, después lidiar con mi suegra, mi cuñada y parientes fisgones que se interesaban en mi vida personal. Sin mencionar la tediosa jornada de compras. Pruebas de vestidos de novia. Sesión de fotos prenupciales y ahora, almorzar con Killian.

Meneaba mi plato de comida de un lado a otro y podía decir que Killian me estaba mirando, pero no me molesté en levantar la cabeza. Continuaba haciendo un desastre, sabiendo que estaba a solo medio día de venderme a él frente a la iglesia.

—Debes dejar de jugar con la comida y comer.— Finalmente habló.

—No parece que tenga apetito—, respondí sinceramente, aún revolviendo mi comida.

—¿Por qué?

Fruncí el ceño. —No lo sé.

—Bueno, al menos come un poco.— Dijo irritado.

Levanté bruscamente la cabeza. —No me digas qué hacer.

—Parece que alguien necesita hacerlo.— Se recostó en su silla al otro lado de la pequeña mesa de nogal. —¿De verdad comes? Pareces como si todos tus huesos estuvieran a punto de evaporarse.

Aprieto los dientes. —Estoy embarazada. Es normal lucir así.

—¿En serio? He oído que las mujeres embarazadas brillan. Tu definición de lo que es normal necesita ser revisada.

Dejé caer mi tenedor. Sabía que no era tan hermosa como la mitad de las mujeres con las que él se juntaba, pero no tenía que restregármelo. —Bueno, ciertamente no lo pensaste así cuando me estabas dando duro anoche, ¿verdad?

Sus ojos se alzaron como si de repente tuviera toda su atención. Lo tomé por sorpresa, lo sabía. Estuvo en silencio, demasiado sorprendido para hablar, supuse. —¿Qué?— Continué burlonamente. —¿No me digas que has olvidado de repente todo el discursito de 'este coño es mío' o el 'abre los ojos y mírame cómo te follo'?

Parecía desconcertado y tomó un momento para recuperarse del hechizo antes de fruncir el ceño. —Lo que pasa en la habitación se queda en la habitación, Hope.

—¿Por qué?— Me burlé. —¿Miedo a que te enganches y te enamores?

Una risa burlona brotó de su garganta. —Puede ser fácil para ti enamorarte de cualquier hombre con el que te acuestes, pero para mí no lo es.

Mi ceja se levantó. —¿Estás insinuando que soy barata?

Encogió de hombros, masticando un trozo de manzana mientras sus afilados ojos índigo sondaban mi rostro. —Nunca dije que lo fueras, pero no fui yo quien se lanzó encima de ti anoche, ¿verdad?

Estaba a punto de responder cuando mi mente registró lo que había dicho. Qué demonios— —Yo no me lancé encima de ti.

Su mirada recorrió mi cuerpo. —No intentes convencerme de lo contrario.— Tomó otro bocado de la manzana. —Ya has fracasado.

—No te las des de santo tampoco.— Siseé enojada. —Tú también me besaste, ¿recuerdas?

Sacudió la cabeza, deliberadamente intentando molestarme con su actitud casual. —Porque parecía que lo deseabas tanto.

—Eres un maldito mentiroso.— Escupí.

—Y tú estás delirando.— Contraatacó, inclinándose hacia adelante. —Y déjame recordarte que lo que pasó anoche no fue nada, así que no te hagas ilusiones de que me importas o que las

cosas han cambiado entre nosotros, porque no lo han hecho.

Bufé, luchando contra el dolor en mi pecho.

Solo había sido sexo primal, eso ya lo sabía. Pero, ¿por qué me sentía tan mal?

—Bueno, está bien.— Logré replicar. —No te preocupes.

Se burló. —Ya no me importa. Pero lo que sí me importa es mi hijo y me preocupa que no esté recibiendo los nutrientes suficientes ahí dentro.— Sus ojos cayeron en mi estómago. —Así que si quieres mi hijo, necesitas comer bien.

—No quiero tu hijo. Quiero este bebé.— Le vacilé.

Sus labios se alzaron. —Es lo mismo.

—No lo es. Es mi bebé y lo voy a tener.

—Deja de ser irritante, Hope. ¿Alguna vez he insinuado que no deberías tenerlo?

—Dijiste que es tuyo. No lo es.

Suspiró. —Ya sabes qué, solo come.

—No voy a hacer nada hasta que tú—

—¿Hope?— El sonido de la voz de Mary desde atrás me cortó. Se acercó a la mesa con un plato de sandía recién cortada. —Cariño, ¿no te gusta la comida? No has tocado nada.— Sus cejas se fruncieron al mirarme.

—No, no es eso, solo que—

—Ella está un poco tensa por mañana.— Killian me interrumpió, alcanzando a agarrar mi mano antes de que tuviera la oportunidad de retirarla. —He estado intentando calmar sus nervios, pero ella se preocupa mucho. Siempre es así.

Llevó mi mano a sus labios y la besó suavemente. —Tiene razón—, dije a través de una sonrisa tensa que esperaba que Mary no notara.

La sonrisa en su rostro se ensanchó. —Bueno, no te preocupes. Mañana va a ser increíble.— Dejó el plato. —¿Por qué no me acompañas en un paseo alrededor de la mansión? Quiero mostrarte algo.

—Perfecto,— dijo Killian por mí, sonriéndome.

No pude protestar. —Claro.— Sonreí con entusiasmo fingido.

—Vamos, entonces.

Retiré mi mano de debajo de la suya en cuanto Mary se giró y empezó a caminar. —Esto no ha terminado.

—Creo que sí ha terminado.— Hizo un gesto desdenoso con la mano en el aire. —Diviértete.

—Voy a buscar mi—

—¡Hope!— gritó Mary.

—¡Ya voy!

Mientras iba en el estrecho vagón del carruaje con Mary, no pude evitar notar que tenía un ramo de amarilis en su regazo.

—¿A dónde vamos?— pregunté finalmente y ella se giró sonriéndome.

—Pues como te casas mañana, pensé que sería mejor presentarte al menos una vez a la madre de Killian, ya que él no lo hará.

Sentí como si me hubieran quitado el aire. —¿Vamos a su lápida?— pregunté en un tono que más bien parecía un jadeo.

Ella asintió y se rió suavemente. —No hay nada de qué preocuparse.— Puso su mano sobre la mía y apretó. —Estarás bien.

Tragué fuerte y asentí, sin estar del todo segura de qué sentir al respecto. Casarme con Killian y mentirle a su familia era una cosa, pero conocer a su madre muerta y quizás mentir también era simplemente terrible, pero aunque me doliera, no podía hacer nada al respecto. Así que inhalé profundamente y miré hacia fuera de la ventana.

Minutos más tarde, el coche se detuvo y Mary salió, instándome a que la siguiera. No quería. Juro que era aterrador, pero ya no había vuelta atrás.

Caminamos en silencio por la tierra húmeda y escasa, y cuando llegamos a la lápida blanca y erguida, se detuvo.

Su tumba era sencilla, mucho menos ostentosa de lo que se esperaría. Eso me decía mucho sobre su personalidad y podría deducir que no era nada parecida a Killian, lo que me llevaba a pensar que él había heredado todos sus rasgos desagradables del lado de su padre.

Mary sonrió melancólicamente mientras extendía la manta morada que había llevado sobre la hierba. —Hola, Sofía.— Dijo, colocando cuidadosamente las amarilis en la base de la lápida. —Estoy aquí con alguien que podría resultarte interesante.

Permanecí de pie, con las manos enlazadas entre sí, mientras ella retiraba las hojas secas que flotaban alrededor y luego decía una oración de un minuto antes de recoger dos velas ancestrales rojas y pasarme una.

La acepté con reticencia, sin estar segura de qué hacer, ya que nunca había visitado un cementerio antes.

—Tienes que encenderlas y quedarte hasta que se consuman.— Me instruyó, dando golpecitos en la manta para que me uniera a ella.

Tragué y me arrodillé junto a ella. Ambas encendimos las velas al unísono y me senté sobre mis talones, mirando las llamas rojas ardientes.

—Este solía ser el lugar favorito de Killian,— habló Mary suavemente, mirando la lápida.

—¿Un cementerio?

Ella se rió y asintió. —Desde que ella murió, rara vez lo encontrabas en otro lugar. La quería, ¿ves? Era un niño de mamá.

Esto era... extremadamente sorprendente. —No habla mucho de su pasado, ni de su madre.

Ella sonrió. —No me sorprende. Nunca fue de compartir demasiado. Raramente habla de esa parte de su vida ya.

—¿Cómo murió?— Leí la fecha en la lápida. Era joven.

—Estaba enferma y falleció repentinamente.— Una mirada de arrepentimiento se dibujó en su rostro. —Killian no estaba en ese entonces. Se había ido a vivir con su tío a España porque no quería hacerse cargo del negocio familiar y prefería perseguir su sueño de ser arquitecto pero cuando finalmente regresó, su madre, a la que tanto amaba, estaba muerta.

Algo en mi corazón se estremeció mientras miraba a Mary. —No lo sabía.

—Está bien. Su pasado debe haber sido demasiado doloroso como para hablar de él. Deberías saber que cuando su madre murió, él se culpó por no estar presente y odió a su padre por no hacer lo suficiente y ha llevado ese resentimiento consigo. Creo que aún lo hace.

La angustia desgarró mi corazón. —Debe haberse sentido descorazonado.

Asintió. —Lo estaba, todos lo estábamos,— suspiró con amargura. —No conocí a Sofía en un plano personal pero cuando entré en esta casa, escuché tantas historias sobre ella. Era una mujer amorosa que no merecía la muerte que tuvo.

Por alguna razón, sentí una pena enorme por Killian. Tenía un poco de sentido por qué a veces parecía tan despiadado.

—Hope.— Mary giró su atención completa hacia mí, sus ojos penetrando en los míos. —Te traje aquí porque quería que Sofía supiera que Killian estaba en buenas manos, así que te lo preguntaré delante de ella.— Inhaló profundamente. —¿Amas a su hijo?

Mi estómago se tensó tan dolorosamente que casi gemí. Ella me miraba como intentando penetrar bajo la superficie y buscar la verdad.

—Yo...— Me rompía el corazón mentirles. Nunca iba a perdonarme por esto. Dios

ayúdame. Sofía, por favor no me odies. —Lo amo.

Mordí mi labio, esperando a medias ser golpeada por un rayo por mentir, pero no hubo nada, solo el suave roce del viento contra las hojas.

Las cálidas manos de Mary encerraron las mías y apretaron mientras una sonrisa se instalaba en sus labios. —Él ha intentado muchas veces amar a otra mujer que no fuera su madre y cuando finalmente lo hizo, le rompieron el corazón, así que verás que puede ser muy difícil, pero me alegra que te haya encontrado. Me alegra que haya sido capaz de amar de nuevo.— Un ligero gasp escapó de mis labios mientras ella me abrazaba. —Gracias por elegir a nuestro hijo.

No debería estar haciendo esto. No podía traerme a mentir después de todo lo que ella me había dicho. Mi pecho dolía tanto y me preguntaba por qué de repente tenía ganas de llorar.

• Capítulo 27

Hope

Inhalé profundamente, sintiéndome enferma, mientras me preparaba para el mayor espectáculo de mi vida e intentaba fingir que no me sentía vacía.

—Necesitas un poco de color en tus mejillas, estás casi tan blanca como tu vestido.— dijo mi madre, que había volado junto con mi hermano Scott y Lesley, mientras arreglaba mi velo de novia.

—Lo siento, estoy un poco nerviosa,— murmuré, sosteniendo mi ramo más cerca de mí mientras esperaba que se abrieran las puertas de la capilla.

Dios, daría cualquier cosa por salir de este instrumento de tortura conocido como vestido de novia en el que me habían engalanado.

Tenía que mantener el vientre metido y temía por la seguridad de mi bebé. Sé que no debería haberlo llevado puesto, pero no podía decirle a Gwen que odiaba el vestido porque había pasado mucho tiempo tratando de conseguirlo para mí.

—Oh, está bien estar nerviosa, todos lo estamos. Solo estoy feliz de verte convertida en novia.— Mi madre consoló, frotando mi brazo.

—No lo estoy,— susurró Scott a mi lado. —Al menos, no para ese imbécil.

Entrecerré los ojos y sonreí suavemente a mi madre. —Apuesto a que nunca pensaste que me verías en un vestido blanco.

—Tenía mis dudas,— bromeó, —pero siempre supe que podrías sorprendernos al final. Y lo hiciste.

—¿Crees que estoy tomando la decisión correcta?

—No,— respondió Scott por ella, pero lo ignoré de nuevo y me concentré en mi madre.

Ella se rió. —Es un poco tarde para reconsiderar, ¿no crees?

Suspiré. —Puede ser demasiado tarde para hacer algo al respecto, pero nunca es demasiado tarde para preguntarse.

—Creo que estás tomando la decisión correcta. Killian parece un buen hombre. Honorable también. Puedo decir que te ama y te respeta y no haría nada para lastimarte.

—La ironía.— Scott gruñó y madre se rió.

—Ignóralo, está de mal humor.— Ella sostuvo mi mano y apretó suavemente. —Creo que serás feliz. Puede que necesites tiempo para darte cuenta, y tal vez dudes de ti misma al principio, pero serás feliz. Solo recuerda que lleva tiempo.

—Y si alguna vez te lastima, desataré el infierno sobre él,— añadió Scott.

Me reí. —Gracias, mamá.— Me volteeé hacia él con una sonrisa. —Y gracias, Scott.

Aunque sus palabras no me hacían sentir mejor, me dieron algo en qué pensar cuando las puertas de la capilla se abrieron para revelar un salón de iglesia decorado impecablemente y lleno de gente que apenas reconocía.

La música clásica tranquilizadora que había estado sonando se detuvo, y todas las miradas se volvieron hacia nosotros cuando comenzó a sonar la introducción a la marcha nupcial.

Agarré mi ramo, caminando por el pasillo con mi familia a mi lado.

Decir que no estaba nerviosa era el colmo. Las palmas de mis manos estaban sudorosas, mi corazón latía rápidamente y para empeorarlo todo, cuando me arriesgué a mirar a Killian, estaba mirándome fijamente, era intenso, como si me admirara.

Se me erizaron los pelos de la piel. Incluso cuando lo miraba, él no apartaba la mirada. Simplemente estaba allí, observándome con sus oscuros ojos, y luego cuando me acerqué, se pasó una mano por su esmoquin de tres piezas como si estuviera nervioso.

Cuando llegamos al altar, Scott me dio un ligero apretón y un pequeño abrazo. —Última oportunidad de escapar.— Susurró y besó mi mejilla antes de darme la mano a Killian con un ceño fruncido en su rostro.

Afortunadamente nadie lo notó.

Una vez que ambos se alejaron y se sentaron en la primera banca al lado de Lesley, María y algunos otros conocidos, finalmente me giré para enfrentar a Killian.

—Estás hermosa.— Murmuró con una sonrisa que no llegaba a sus ojos. Pero no me importaba. Solo quería que esta fase terminara.

Él no me amaba. Yo no lo amaba. Y cuanto antes obtuviéramos lo que queríamos de este trato, ambos seríamos más felices.

—Puedo decir lo mismo de ti.— Sonreí de vuelta, alejando mi pánico mientras el sacerdote avanzaba y empezaba su sermón.

El resto de sus palabras se desvanecieron mientras comenzaba a hablar. No me importaba escuchar, solo me concentraba en mi palpitante corazón y en la realización de que mi vida nunca iba a ser la misma. Y permanecí en mi laberinto de desesperación hasta que llegó el momento de aceptar las mentiras y recitar nuestros votos.

—Killian y Hope, si están listos para entrar en el círculo del matrimonio, asumiendo todos sus derechos, obligaciones y alegrías abundantes, por favor indíquenlo uniéndose de las manos.

Killian se giró, sus ojos índigo penetrando en los míos mientras tomaba mi mano en la suya y apretaba suavemente.

El sacerdote sonrió. —¿Killian Vaughn Fobster, tomas a esta mujer, Hope Rosabella Sterling, como tu esposa, para tener y mantener, desde este día en adelante, para mejor o peor, para rico, para pobre, en salud y enfermedad. ¿Prometes con todo tu corazón honrar este voto hasta que la muerte los separe?

—Lo hago,— dijo él, sus ojos clavados en los míos mientras deslizaba el delicado anillo de platino en mi dedo.

—¿Y tú, Hope Rosabella Sterling, tomas a este hombre, Killian Vaughn Fobster, como tu esposo, para tenerlo y mantenerlo, desde este día en adelante, para bien o para mal, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad? ¿Prometes con todo tu corazón y alma honrar este compromiso hasta que la muerte los separe?

Tomé el anillo del portador y miré a Killian. Él esperaba mi respuesta, su rostro sereno como si supiera que no podría escapar incluso si quisiera.

Apartando todos los pensamientos que gritaban difuminados en mi mente, busqué profundamente una respuesta y dejé que las palabras salieran de mis labios. —Sí, quiero...

—Ahora que ambos se han unido por las manos y han colocado los anillos en los dedos del otro en presencia de su familia y la iglesia, han declarado su amor eterno el uno por el otro, por lo tanto, por el poder conferido en mí por el Padre celestial y el tribunal de justicia, yo les declaro en este día marido y mujer.— Hizo una pausa y nos miró a ambos. —Killian, ahora puedes besar a tu esposa.

Sus ojos nunca se apartaron de los míos mientras rodeaba con un brazo mi cintura y fundía mis labios con los suyos en un beso calculado que provocó el alboroto de la congregación con aplausos.

Habíamos terminado. Finalmente.

• Capítulo 28

Hope

Todo lo que sucedió después de dejar la catedral se desarrolló en movimientos rápidos.

Condujimos en la limusina de Killian al salón de banquetes improvisado reservado para la familia y algunos amigos que cenaron y disfrutaron del vino.

Bailamos, se hicieron brindis y se leyeron discursos. Comimos. Y después de haber sonreído tanto que me dolían las mejillas, decidí que era hora de volver a nuestra suite.

Había salido sin Killian porque no pude encontrarlo por ningún lado y cuando le pregunté a Gwen me dijo que había salido con su amigo Brad.

Subí sola las escaleras de caoba hasta el dormitorio principal, ya amueblado al gusto con todo lo que necesitaríamos.

Me quité los tacones y caminé descalza hasta el baño donde me planté frente al espejo rectangular y empecé a quitarme todos mis accesorios. Las múltiples horquillas fueron lo primero. Liberé un puñado de ellas y desprendí el broche con joyas, dejando que mi cabello cayera en suaves ondas por mi espalda.

Me tomó unos veinte minutos salir de mi vestido de novia. Cuando finalmente pude sentir mi propia piel, entré en la ducha y suspiré mientras el agua tibia cascabeleaba por mi cabello.

Cuando entré en el dormitorio después de mi baño, me apenó encontrarlo aún vacío.

Ignorando la punzada de ansiedad que crecía en mi vientre, subí mi maleta a la cama y saqué mi camisón abotonado.

¿Por qué demonios aún no había vuelto?

Ugh. ¿Por qué me importaba siquiera?

Devolví la maleta a su lugar y me tumbé en la cama, deseando dormir, pero solo terminé

mirando al techo.

Mis ojos cayeron en el reloj de la mesilla de noche y vi que eran las nueve.

¿Debería quizás llamarlo?

No. Sacudí la cabeza ante ese pensamiento y me giré en la cama para quedar de lado. Si llamaba, parecería desesperada, cosa que no estaba. Y lo último que quería era que ese tipo pensara que me importaba dos cominos.

Abrazando una de las almohadas con fuerza, cerré los ojos otra vez, contando de uno a cien en mi cabeza y esperando que antes de llegar a cien me quedara dormida.

—Veinticuatro...— murmuré, lanzándome la manta encima ya que la habitación estaba bastante fría.

—Cuarenta y ocho...— Murmuré de nuevo y gemí. Esto no estaba funcionando. Alargué la mano hacia la mesilla de noche. Si apagaba la luz de la lámpara de la cama, tal vez me ayudaría a dormirme más rápido. Me incliné hacia delante, pero justo cuando apagué las luces, un golpe sonó en la puerta, haciéndome encenderlas inmediatamente.

Fruncí el ceño. Si hubiera sido Killian, no necesitaría llamar, casi nunca lo hacía.

Me senté en la cama y hablé en voz baja. —¿Quién es?

—Hey, Hope. ¡Soy Brad!

¿Brad?

Me levanté de la cama y caminé con cautela hacia la puerta. Me quedé allí un momento antes de abrirla y lo que vi me hizo parpadear. Una, dos, tres veces.

Era Killian y se veía descompuesto, con la camisa abierta y la corbata colgando suelta alrededor de su cuello.

Brad lo sostenía firmemente por la cintura como si fuera a caerse si lo soltaba.

—¿Qué pasó?— pregunté nerviosa, sin saber qué pensar de esa vista.

—Había bebido demasiado.

—Solo tomé un par de tragos—, murmuró Killian, sonriéndome alegremente. Sus ojos estaban entrecerrados y desenfocados. —Estoy perfectamente... mhm... bien.

Deja a Killian emborracharse en su noche de bodas. Típico. Entrecerré los ojos. —Desde aquí me encargo yo.

—¿Segura?— Él miró a su amigo y frunció el ceño. —No es fácil manejarlo cuando está borracho.

—Creo que puedo manejarlo.

—Si tú lo dices, pero solo ten en cuenta que es difícil y por favor ignora cualquier cosa que te diga esta noche porque créeme, va a decir un montón de tonterías.

—No, no lo haré.— Killian arrastró las palabras, soltándose de Brad y dando un paso inestable hacia adelante.

—Jesús.— Saqué las manos para sostenerlo. Estaba caliente y olía a tequila.

—Hope...— Balbuceó, inclinándose y apoyando su cabeza en mi cuello. —Hueles... mhm... hueles tan bien.— Respiró hondo. —No puedo esperar a beberte esta noche...

Brad tosió y mis mejillas se tornaron rojo carmesí.

—Deberías, um, entrar ya y acostarlo en la cama.

Me aclaré la garganta e intenté sonreír para disipar la incomodidad. —Sí, lo haré. Gracias una vez más.

—De nada.— Me entregó su chaqueta y se alejó.

—Adiós Brad.— Canturreó Killian borracho, pero él ya se había ido demasiado lejos para

oírlo.

Dios, era un desastre.

Lo alejé de mi pecho y coloqué un brazo alrededor de su espalda, permitiéndole apoyarse en mí correctamente. —Vamos, entremos.

Empujé la puerta y ambos entramos tambaleantes. De alguna manera logré cerrar con llave y nos dirigimos lentamente hacia la cama.

—Hope...— Murmuró cerca de mi oído, su aliento caliente de alcohol me hacía cosquillas en la cara y me enviaba escalofríos. —¿Adónde me llevas?

—A la cama,— respondí, intentando llegar sin caernos.

—Mi esposa me lleva a la cama.— Se rió con la borrachera y entrecerré los ojos.

Afortunadamente llegamos a la cama. —Está bien borrachín.— Lo solté de mis hombros y lo sostuve firme mientras caía al borde de la cama. —Ahí estás.

—Me duele la cabeza.— Se quejó mientras me arrodillaba para quitarle los zapatos y los calcetines.

—Va a doler más por la mañana.

—¿Puedes hacer que... mhm... se pase el dolor?

—No.— Me puse en pie y me coloqué entre sus piernas abiertas mientras le quitaba la corbata del cuello.

Sus ojos entrecerrados estaban en mí, siguiendo cada uno de mis movimientos. —¿Hope?— Tartamudeó de nuevo.

—Sí, Killian.

—Eres hermosa.

Hice una pausa y sentí un nudo en la garganta. No. Sacudí la cabeza. Solo estaba borracho y diciéndolo tonterías.

—No digas cosas que no sientes, Killian.

Él emitió un hipo y se rió. —Sí las siento. Me gustan tus ojos, son malvados y hermosos. Quiero ahogarme en ellos.

Tragué, sintiendo que se me calentaban las mejillas. No. Sacudí la cabeza otra vez y decidí simplemente ignorarlo mientras le quitaba la camisa, dejándolo solo en pantalones. Dios, estaba sudoroso, y tocarlo así hacía latir mi corazón inapropiadamente.

Me retiré cuando terminé y exhalé un suspiro. —Acuéstate ahora y duerme un poco, le pediré al servicio de habitaciones que suba algo de Advil.

Él negó con la cabeza y sacó el labio inferior en un mohín. —Ven a la cama conmigo.

Suspiré. —No, deberías—— mis palabras fueron cortadas por el grito que se me escapó de la garganta cuando, de repente, él agarró mi mano y me tiró hacia él, sobre su regazo.

—¡Killian!— Mi mano inmediatamente rodeó su cuello para estabilizarme y evitar caer hacia atrás. —¿Qué diablos estás haciendo?!

—Mhm... sosteniendo a mi esposa...— Gimió, deslizando su mano alrededor de mi cintura y atrayéndome cerca, tan cerca que mis muslos se acomodaron contra su entrepierna ajustada.

—¡Déjame levantar ya mismo!— Protesté, retorciéndome para liberarme, pero eso solo causó fricción entre nuestros cuerpos inferiores, enviando sacudidas a través de mí.

—Hope...— Sus palabras se desvanecieron mientras apoyaba su cabeza entre mi pecho y por un momento pensé que se había quedado dormido, pero de repente empezó a reírse.

Dios. Este hombre me estaba volviendo loca.

—Está bien, eso es suficiente, déjame ir.

Él negó con la cabeza otra vez y inhalé bruscamente cuando deslizó sus manos dentro de mi

camisón y lo subió para revelar mi suave vientre. Sonrió ante ello y bajó la cabeza para besarlo. Mi piel se quemó instantáneamente. —Hay un bebé aquí, ¿verdad?— Me besó allí otra vez y gimió. —Es nuestro bebé. Vamos a tener un bebé juntos... mhm... tuyo, mío. Nunca quise un bebé pero ahora tengo uno...— Descansó su rostro en mi vientre. —Espero que sea un niño. Quiero un niño. Las niñas son un problema.

Mi cuerpo temblaba con sensaciones que nunca había sentido antes. ¿Cómo se suponía que lo ignorara cuando estaba hablando así? ¿Cómo iba a evitar que esto me afectara?

—Killian...— Mi corazón latía tan fuerte en mi pecho que estaba segura de que iba a salirse. —Killian...— Lo llamé otra vez y él levantó la cabeza para mirarme.

—¿Mmm?

—Es hora de dormir,— afirmé, empujando ligeramente sobre sus hombros para liberarme, pero no pude mover su cuerpo.

—No te vayas.

Me retiré. —Estás borracho.

—Te deseo.— Encontró el botón superior de mi camisón y lo desabrochó. Mierda. —Te necesito. Necesito sentirte, estar dentro de ti.— Encontró el siguiente botón y lo abrió, exponiendo mis pechos.

No, no, no.

—Esto está mal,— respiré, aferrando mi camisón más cerca. —No estás en tu sano juicio.

—Estoy en el estado de ánimo perfecto.— Metió su cabeza y su boca cubrió instantáneamente mi pezón derecho por fuera de mi camisón.

—Oh Dios mío, Killian...— Lo agarré de los hombros. Jesucristo.

—Eres... mhm...— mascullo entre succionadas. —Tan suave.— Mordió, tirando más fuerte. Maldita sea. Me arqueé sobre él, moviendo involuntariamente su entrepierna dura. Gimió y retiró la boca. El área que había succionado estaba húmeda con su saliva. Dios, ayúdame, ¿por qué me parecía excitante?

—Tantas... ropas.— No esperaba que agarrara mi camión y lo rasgara prácticamente, enviando los botones volando a izquierda y derecha.

Mi corazón se quedó atascado en la garganta. ¡Oh, Dios mío! Esa era mi camiseta favorita.

—¿Por qué hiciste eso?

—Lo siento.— Su boca estaba en mi pezón otra vez. —Te compraré otros nuevos.— Chupó con fuerza. —Te compraré cuantos quieras.— Arqué la espalda cuando soltó uno y pasó al siguiente. —Tus tetas son tan... mhm... rojas. Son sexys y ver... mhhm... Me dan ganas de ser imprudente contigo.

Cerré los ojos. Por mucho que disfrutara de la forma en que me hacía sentir, esto no estaba bien y mentalmente ya había tenido suficiente. —Killian.— Me costó todas mis fuerzas alejar mi pezón de su boca. —Ya basta.— No fue fácil, pero encontré la manera de deslizarme fuera de su agarre. —Vamos a meterte en la ducha, necesitas enfriarte.

No podía hacer esto, por mucho que la mirada en sus ojos pesados intentara conmoverme, no podía aprovecharme de él de esta manera.

—No quiero... No quiero.— Gruñó, cayendo planchado en la cama.

—Lo harás.— Subí a la cama y coloqué mis piernas a ambos lados de él mientras intentaba levantarlo por el brazo, pero él agarró el mío y me arrastró hacia abajo a la cama.

—Killian, ¿qué demonios— un movimiento rápido y él estaba encima de mí, devolviéndome al punto de partida. Dios, era testarudo incluso estando borracho. Coloqué mi mano en su pecho e intenté empujarlo, pero se debilitaron en el momento en que sus labios se estrellaron contra los míos.

Estaba hipnotizada, golpeada por una confusa mezcla de emociones revueltas. —¿Qué estás haciendo...— Logré decir, intentando no ceder a su deseo. —Killian, qué estás—

—¿Quieres que pare?— Me preguntó al separarse.

—Yo— Mantuvo sus ojos fijos en mí, esperando una respuesta. Estaba cansada. Así no era como había imaginado pasar mi noche de bodas. Solamente quería ir a la cama y olvidar que todo había ocurrido. —Sí—, le dije. —Por favor, para y vete a la cama.

Se quedó callado un momento, simplemente mirándome, pero luego soltó un suspiro agotado y se acomodó en el espacio junto a mí.

Me sentí aliviada, pero esa sensación fue instantáneamente reemplazada por escalofríos cuando rodeó con su brazo mi cintura y me acercó más a su pecho. —Buenas noches, Hope.— Murmuró y sentí como si hubiera recibido un disparo en el pecho por emociones que ya no tenían sentido.

—Buenas noches, Killian.— Mis labios temblaron al decir esas palabras porque sabía que cuando todo esto terminara, me iría con el corazón roto.

• Capítulo 29

Hope

No me sorprendió despertar al día siguiente en una cama vacía.

Lo había esperado. Quiero decir, sabía que probablemente ni siquiera recordaría la mitad de lo que había dicho o hecho anoche pero no sabía por qué, aun así, dolía.

Un pequeño golpe resonó en la puerta. Sonaba femenino, quizás las ayudantes. Me envolví en las sábanas blancas. —Adelante—.

La puerta se abrió lentamente y entró una mujer vestida de negro y blanco con una bandeja de desayuno y una bolsa de regalo ocupando ambas manos.

—Buenos días, señora Fobster. ¿Seguro que tuvo una encantadora primera noche?— Preguntó con el más dulce acento británico mientras se acercaba a la mesita de noche y colocaba los artículos sobre ella.

Asentí. —La tuve.

Ella sonrió sinceramente. —El señor Killian dijo que tal vez querría tomar un té. Está preparado tradicionalmente.— Informó.

Asentí, empujándome a sentar en el borde del colchón. —Gracias, lo tomaré más tarde.

—También quería que le diera esto.— Tomó la bolsa de regalo roja de tamaño mediano y la estiró hacia mí para que la tomara.

—¿Qué hay dentro?

—Oh, no sabría decir. No miré.

Curiosa, la acepté de sus manos y miré dentro de la bolsa.

¿Qué diablos?

Mi pecho se apretó y mi estómago se retorció al ver más de cinco camisonos de seda roja.

Oh Dios mío...

Había una nota. La saqué y la leí.

Rojo porque es mi color favorito. Seda porque ahora eres una Fobster y mereces dormir en el lujo.

_killian.

Mi corazón golpeó contra mi pecho tan fuerte que inhalé una respiración entrecortada.

Él recordaba. Oh, mierda, él recordaba.

—Debe ser encantador.— La mujer brilló a mi lado y asentí rápidamente, incapaz de apartar mis ojos de los camisonos. Eran hermosos y exóticos y me encantaban.

—Creo que hay algo más.— Observó, señalando uno de los artículos separados en una bolsa de paquete diferente.

—Es cierto.— Lo saqué. Era un bikini de dos piezas con estampado de mariposas rosadas y tenía una nota adjunta.

Ponte esto y únete a mí en el salón de la piscina después del desayuno.

_killian.

Había un dolor permanente en mi pecho que no podía descartar. No sabía qué sentir al respecto. ¿Por qué diablos estaba haciendo esto?

—¿Le sirvo ahora?— La mujer preguntó, sonriéndome.

Tragué y asentí. —Sí, por favor.

Después de terminar mi desayuno inglés completo, me bañé y me puse el traje de baño que él había conseguido para mí.

Era un poco revelador y me sentía incómoda saliendo así delante de todos, pero cuando la ayudante, a la que luego supe que se llamaba Eloise, me dijo que este hotel era de propiedad privada y pertenecía a Killian, me sentí extrañamente aliviada.

La seguí mientras me llevaba fuera de la suite y bajaba en el ascensor hasta la planta baja, donde ambas tomamos unos pasos más hasta llegar al salón de la piscina.

En el momento en que entramos, quedé instantáneamente impresionada. No lo había notado ayer porque estaba oscuro y tenía jet lag por la boda, pero la vista era increíble.

Todavía no podía creer que él poseyera todo esto.

—Creo que está en el agua—, observó Eloise a mi lado y, efectivamente, podía ver la cabeza de Killian borboteando en el agua.

—Sí, lo está.

—Los dejaré a los dos ahora, si necesitan algo por favor usen el telecomunicador.

—Gracias.

—Es un placer.— Sonrió y salió por las puertas corredizas, dejándome embeberme viendo a mi falso esposo nadar en el agua como un atleta experimentado.

Hacía frío aquí afuera. Me hizo preguntarme cómo podía soportar los escalofríos del agua.

Avancé un poco hacia el borde de la gran piscina y observé. —¿No está frío?

Desapareció bajo la superficie del agua brillante y nadó hasta el final antes de sacar la cabeza otra vez. —Está llena de agua caliente.— Agarró las barandas de hierro de la escalera y comenzó a subir y sentí cómo mi garganta se secaba lentamente. Estaba mojado por completo. Desde su cabello hasta su pecho, hasta su estómago y, oh Dios, su pene hacía cosas obscenas en

la parte delantera de su bañador rojo empapado.

—Te queda bien.— Observó, mirándome con una expresión que me hizo estremecer.

Asentí, manteniendo mis ojos hacia arriba, aunque suplicaban recorrer su cuerpo. —Sí. Gracias. ¿Cómo está tu cabeza, duele?

Él tarareó, devolviendo la mirada. —¿Recibiste mi regalo?

—Sí, lo recibí. Gracias.

—¿Te gustó?

—Por supuesto.— Logré sonreír. —Son hermosos.

—Bueno, arruiné tu camisón anoche, así que eso es lo mínimo que podría hacer.

Mordí mi labio. —¿Recuerdas algo más de anoche?

Me estudió por un momento y luego negó con la cabeza. —¿Hice algo importante o me perdí de algo?

Mi corazón se fundió. Supongo que estaba pensando demasiado, creyendo que recordaría. —No.— Forcé una sonrisa. —No te perdiste de nada.

—Está bien.

—No sabía que, um, nada,— dije, despejando la tensión en el aire.

Él se encogió de hombros de nuevo, pasando por mi lado hacia la bandeja de jugo de naranja colocada en una de las tumbonas. —Es una de mis cosas favoritas hacer aquí.

Lo seguí. —¿Has estado aquí antes?

Asintió, sirviéndose un vaso y tomándose un gran trago.

—Tampoco sabía eso.

—No te preocupes por ello. Hay muchas cosas que no sabes sobre mí.— Puso su vaso abajo y se sentó en la tumbona.

—Debes haber traído a muchas mujeres aquí contigo.— Reí, queriéndolo decir como una broma pero en el fondo, quería saber.

—Bueno, sí.— Respondió secamente. —Pero no tienes por qué estar celosa.

Solté una risa en respuesta. —No estoy celosa.

Simplemente no lo estaba. No había manera de que estuviera celosa de un hombre que ni siquiera era mío.

—Mm,— él simplemente tarareó. —Discutible.

Mis labios formaron una línea recta mientras plantaba mis manos en mi cadera en defensa. —No lo es, está bien. No estoy celosa, nunca podría estar celosa de ninguna otra mujer porque ni siquiera eres mío, para empezar y —¡ah!— Chillé cuando agarró mi mano y me atrajo hacia él como había hecho la noche anterior.

—Tus quejas no ayudan a que mi cabeza deje de latir.— Dijo arrastradamente, y yo inhalé una bocanada temblorosa, sintiendo cómo mi coño se contraía al reposar directamente en su bulto.

—Y sí,— continuó, deslizando su fría palma sobre mis muslos y causando que los vellos en la nuca se erizaran. —He venido aquí antes con una mujer pero no tienes ninguna razón válida para estar celosa porque mientras estemos casados, serás la única mujer que llevaré a lugares o tocaré.

Empujé en su pecho, intentando desesperadamente ignorar el creciente calor que sentía por todo el cuerpo. —¿Eso se supone que debería hacerme saltar de alegría?

Él sonrió con suficiencia, empujando su mano más arriba. —Debería.— Otro centímetro más. —Quiero decir, saber que tienes mi polla y que puedes usarla como quieras es razón suficiente para hacerte saltar de alegría.

Reí apartando mi excitación. —Estás loco.

—Y tú estás más loca. La pareja perfecta.— Se inclinó hacia adelante y estrelló sus labios contra los míos en un beso abrasador. Santo cielo... Respondí involuntariamente, entrelazando mi lengua con la suya en una batalla apasionada, frenética y necesitada que me dejó cerrando el pequeño espacio entre nosotros y clavando mis dedos en su cabello.

—Tus labios son jodidamente suaves.— Resopló entre besos, liberando mis caderas y deslizando su mano arriba para deshacer el nudo que mantenía sujeto mi top de bikini.

Jadeé cuando se soltó y me alejé de su boca para proteger mi pecho expuesto. —Killian. Estamos afuera.

—Es un espacio privado.— Apartó mi mano y alisó la suya sobre mi pecho. Me dolían. —Nadie nos va a oír, y aunque lo hicieran, no importaría.— Capturó un pezón duro y tenso en su boca y yo me estremecí, aferrándome fuerte a él mientras su lengua lo lamía.

—Te haces la difícil pero respondes cada vez.

Me arqueé un poco hacia su cuerpo duro, ignorando su broma puntiaguda. —Simplemente cállate y chupa mis tetas.

Se rió entre dientes, subiendo una mano para enrollar mi pezón descuidado mientras la otra bajaba deslizándose entre mis muslos separados. Este dedo frotaba sobre mi raja, recogiendo mi esencia, su boca nunca dejó mi pezón mientras lo hacía. —Siempre tan húmeda y lista para ser follada—.

Me estremecí, mi excitación se espesaba en el aire. —No voy a tener sexo contigo en una piscina, si eso es lo que estás insinuando—.

—¿Quién ha dicho algo de tener sexo?

Antes de que pudiera siquiera tomar mi próxima respiración o entender sus palabras, me encontré siendo levantada y depositada en la tumbona de la playa con Killian de rodillas.

—¿Q-Qué estás haciendo?

Sus ojos se encontraron con los míos y el calor subió desde mi estómago a mi pecho

mientras comenzaba a arrastrar mis bragas hacia abajo por mis piernas.

—Lo que no me dejaste hacer anoche—. Separó la tela húmeda, exponiendo mi sexo ansioso ante él. Sus ojos se dilataron. —Bueno, ¿qué tenemos aquí?— Su pulgar rozó mi clítoris hinchado y comenzó a dibujar círculos perezosos.

Me arqueé. El nudo en mi garganta era tan grueso y pesado que me restringía la capacidad de respirar adecuadamente. —Killian...— No podía soportarlo. Esto era demasiado. Él me estaba desequilibrando bastante y yo estaba cayendo profundamente.

—Mhm...— suspiró de placer, deslizando un dedo lentamente dentro de mi sexo húmedo, no lo suficientemente profundo pero suficiente para hacerme retorcerme de agitación.

—Eres terriblemente necesitada esta mañana, señora Fobster—. Se burló, sacando su dedo y entrándome lentamente, pero no muy profundo. —Si no supiera mejor, diría que no puedes tener suficiente de tu marido—.

Me mordí el labio, presionando contra su mano, luchando por acercarme más. —Si lo vas a hacer, hazlo ya—.

—¿En serio?— Metió lentamente otro centímetro más, volviéndome loca de necesidad. —Eso no es el por favor que esperaba—. Jugaba conmigo, disfrutando de mi desesperación.

—Por favor—. Conseguí decir sin pudor alguno, alzando mis caderas hacia él.

—No lo suficientemente alto—. Estaba saliendo otra vez.

Dios, no.

—Por favor Killian, por favor.

—Mhm...— Se retiró levemente y frotó su dedo mojado alrededor de mi clítoris en círculos lentos y provocativos. —Consideraré si me suplicas una vez más—.

Gemí. —Killian, por el amor de Dios, deja de jugar y solo— se sumergió profundamente, robándome inmediatamente el aire de los pulmones.

—¡Oh, mierda!— Coloqué mi mano sobre mi boca, amortiguando mis gemidos.

Soltó una risita tenue mientras añadía otro dedo y se clavaba más profundamente, dándome donde me dolía. —Estabas diciendo...

—Joder, joder, joder.— Articulé, lanzándome de un lado a otro mientras contenía mis gritos.

—Veamos qué pasará cuando haga... esto.— Añadió un tercer dedo dentro de mí y mis ojos se revolcaron. Jesús, me estaba dilatando, devorando mi espacio como un caballo.

—Oh, Dios, no puedo—. Mis ojos se cerraron y mis dedos de los pies se curvaron mientras sentía que se aproximaba el orgasmo. —Voy a correrme. Killian—.

—Inunda mis dedos con tu orgasmo, cariño—. Instigó, curvando sus tres dedos y golpeando el punto que me arruinaba completamente y-oh-me corrí, gritando su nombre y apretando mis paredes mientras mis jugos manchaban sus dedos en movimiento.

—Killian.— Colapsé exhausta sobre la tumbona, tomando alientos profundos.

—Ver tu orgasmo goteando de tu coño es la vista más grandiosa—. Mi cuerpo vibró con sus palabras. Se retiró de mí y levanté la cabeza para mirarlo mientras se lamía mi esencia de los dedos uno a uno.

Tan... sexy.

Su último dedo salió de su boca con un pop. —Nunca podría acostumbrarme a tu sabor.

—¿Eso es bueno o malo?— Pregunté, aún sintiéndome agotada.

—Ambos.— Dijo y besó mis muslos antes de levantarse con una sonrisa satisfecha en su rostro. —Tengo calor por todas partes. ¿Qué tal un baño rápido?

Asentí. —Dame un minuto.

• Capítulo 30

Hope

Después de nuestra pequeña sesión de juegos en la zona de la piscina, Killian me había llevado a un largo recorrido por la ciudad.

Vale, reformulemos.

Después de que Killian me hiciera correr en una tumbona de playa y me coaccionara a nadar desnuda con él en la piscina, me llevó a hacer un largo recorrido por la ciudad.

Visitamos muchos lugares, algunos los recordaba, otros no. Comimos en uno de esos auténticos restaurantes asiáticos en el barrio chino que servía té con burbujas, un trend asiático en el momento.

El controlador que era, Killian me obligó a terminar cada trozo de pato asado en mi plato incluyendo el de él.

A lo largo del camino, después de visitar el icónico London Eye y derrochar en una cabina privada por un viaje al acuario adyacente para ver criaturas acuáticas de todo el mundo, Killian recibió una llamada telefónica urgente de su secretaria que cortó abruptamente el recorrido.

Era algo sobre tener que reunirse con uno de sus clientes esa noche y tenía que volver a la suite para prepararse.

Por supuesto, había pedido que lo acompañara pero había rechazado su invitación, diciendo que preferiría quedarme en cama porque interpretar el papel de la esposa devota con tacones que dolían como el infierno no formaba parte de mi plan para la noche, pero eso no pareció caerle bien.

En resumen, tras ser bruscamente penetrada con los dedos y luego follada contra la pared alicatada del baño, cojeé hacia el enorme armario que corría a lo largo de la pared y busqué un atuendo adecuado para llevar puesto.

Me froté el trasero dolorido y pasé algunos percheros con mi mano derecha. Realmente no sabía el motivo de la ocasión ya que Killian no daba demasiadas explicaciones, pero sabía que involucraba la noche así que bien podría ser una cena de trabajo.

Quizás debería llevar algo negro para no destacar pero a la vez lucir sofisticada.

O tal vez no. Quizás un color más claro funcionaría mejor y me haría parecer alegre y feliz.

No, mejor opto por lo sofisticado.

Después de elegir sin pensar atuendo tras atuendo, finalmente logré meterme en un elegante vestido negro de corte alto que ceñía mis caderas y mostraba mi figura de reloj de arena.

Para cuando terminé, Killian ya había salido de su tocador y vestía una camisa negra de manga larga y pantalones rayados en gris.

Me echó un vistazo, evaluando mi vestido con aprobación. —¿Lista?

—Veinte minutos—, aseguré y caminé hacia la mesa de maquillaje.

Me senté frente al espejo y comencé a arreglarme la cara: un poco de lápiz para los ojos, algo de colorete, correctores para cubrir el chupetón que alguien me había marcado en el cuello con sus dientes caníbales, un toque de lápiz labial claro y sombra de ojos nude, y ya estaba lista.

Mis zapatos estaban guardados en otra parte de la habitación. Caminé hacia allá y recogí un par de tacones negros con tobillera de serpiente Nirvana de Giuseppe Zanotti que Gwen me había regalado y luego me los puse.

Cogí un bolso negro de la estantería para llevar y eché un último vistazo al espejo antes de girarme hacia Killian.

—Estoy lista.

Él tendió la mano para que la tomara. —Vamos.

Mientras conducíamos por la metrópoli principal, me pareció extraño que Killian hubiera optado por conducir él mismo, pero no calmé mi curiosidad preguntando. Simplemente me senté allí en el asiento delantero y observé la calle zumbando con euforia de la vida nocturna.

En algún momento, Killian tuvo esta llamada telefónica realmente larga, pero aunque no me importaba demasiado, porque estaba demasiado ocupada asimilando las increíbles vistas que la

ciudad tenía para ofrecer.

Una hora después, cuando el coche se detuvo en un callejón oscuro, un escalofrío se coló por mi piel. Miré el edificio al que nos acercábamos lentamente. Parecía un club de dos pisos de altura que no tenía señalización aparte de una iluminada L roja brillando en una fuente goteante sobre la puerta metálica.

—Killian, ¿qué lugar es exactamente este?— Pregunté cuando detuvo el coche.

—Es un club,

—No parece un club.

—Lo es. Solo un poco fuera de lo común.

Fruncí el ceño. —Espero que esto no sea como esas películas retorcidas donde me llevas a ese lugar y me vendes a algún narcotraficante.

—Estás bien.— Aseguró, desestimando mi sarcasmo. —Solo no te separes de mí.

—Confía en mí, eso no planeo hacerlo.

Se bajó del coche y tomó mi mano, guiándome por las escaleras del porche hasta la entrada.

El hombre de seguridad parecía reconocerlo porque asintió y abrió la puerta, haciéndonos una seña cortés para que entráramos.

Crucé el umbral hacia el club y casi hice una mueca al ritmo atronador de la música que salía de los enormes altavoces. Era ruidoso y abarrotado y las luces en movimiento se retorcían y giraban, dificultando la concentración.

Killian rodeó con su mano la pequeña de mi espalda y me atrajo hacia sí. —¡Sígueme!— Gritó por encima de la música ensordecedora mientras me guiaba a través de la multitud amontonada de cuerpos ondulantes hacia el otro lado del club donde la música comenzaba a alejarse lentamente.

Mientras caminábamos por el pasillo iluminado de azul, noté que había otra puerta más

adelante. Cuando llegamos a ella, Killian empujó la puerta, llevándonos a un espacio enorme con solo un escritorio y una gran puerta metálica.

—Si no es Killian Fobster en persona.— Una voz femenina resonó desde detrás del escritorio y la figura de una mujer surgió mientras se levantaba y se acercaba a nosotros.

Llevaba un vestido corto, muy corto. Eso me dijo todo lo que necesitaba saber sobre ella en un segundo.

—Bienvenido de nuevo—. Se inclinó hacia adelante, ignorando completamente mi presencia mientras presionaba un beso en la mejilla de Killian, a solo un centímetro de sus labios.

El agarre de mi bolso se tensó. Por alguna razón me sentí repugnada y enfadada, pero sobre todo enfadada porque Killian no se apartó, en cambio, me soltó para devolverle el gesto, susurrándole algo en el oído justo después que la hizo dirigir su mirada hacia mí.

—Y tú debes ser la nueva señora de Killian.— Extendió su mano para saludar, un saludo que me vi obligada a aceptar. —Bienvenida al club Leviticus, soy Sofía, es un placer conocer a la mujer con la que finalmente decidió establecerse.— Tenía una sonrisa en su rostro, pero sus ojos tenían la intensidad de una mujer acusando a otra de robarle el hombre.

Le sonreí tensamente de una manera que dejaba claro que no me interesaba conocerla. —Siempre es agradable conocer a una antigua compañera de mi marido—.

—Nos conocemos de hace mucho—, soltó mi mano y lo examinó bajo su postizas pestañas y él simplemente se quedó allí, tratándola con mucha más generosidad que a mí.

—¿Ha llegado ya el señor Vladlen?

Asintió. —Llegó hace una hora para su primera escena. Está en la sala de estar ocupándose con su esposa por tercera vez esta noche.— Suspiró cansadamente. —Pero te verá justo después.

—¿Hay algún lugar donde podamos esperar?

—Todas las salas VIP están actualmente ocupadas. Podrían esperar en la sala principal si no les resulta demasiado tedioso.

—No lo es—, sonrió. —Me encantaría—. Sacó su tarjeta de crédito negra y se la entregó. Ella amplió su sonrisa mientras regresaba a su escritorio, pasaba la tarjeta y se la devolvía.

—Gracias una vez más, Sofía—. La evaluó con calma en un tono que nunca había usado conmigo.

—El placer es todo mío—. Se inclinó sobre su escritorio y presionó un botón que abrió las puertas metálicas, revelando lentamente otro segmento del club que estaba completamente oculto desde el exterior.

Killian enlazó su brazo alrededor de mí una vez más y me guió al interior de lo que mejor podría describir como una cueva.

—Debes conocer a muchas personas aquí—, inicié la conversación, dejando que mis ojos vagaran por la habitación relativamente oscura con luz tenue.

—He venido aquí durante mucho tiempo—.

—Ya veo—. Agarré mi bolso. —¿Tanto como para tener una historia con Sofía?

—Somos viejos amigos—. Su respuesta fue rígida.

—Mmm. ¿También te la llevaste a la cama?

Mi pregunta debió de haberlo tomado tan desprevenido que se detuvo y me lanzó una mirada oblicua. —¿Perdona?

Parecía ofendido.

Sin embargo, procedí. —Pregunté si te la llevaste a la cama o no—.

—Ya que te importa tanto de repente, te ahorraré la ambigüedad. Sí. Hemos follado, más veces de las que puedes contar. Ahora controla tu racha de celos e intenta no arruinar las cosas para mí esta noche—. Su voz era dura y fría y ardía con desdén. Me sentí estúpida e incapaz de hablar. —¿Entendido?

Simplemente asentí, al parecer perdiendo la habilidad de hablar.

—Bien—. Colocó su brazo sobre mí nuevamente y me guió más adentro de la habitación.

—Por aquí—. Me condujo hacia una mesa vacía en la esquina de la sala y me instó a sentarme antes de acomodarse a mi lado.

Crucé la pierna y miré a mi alrededor, inmediatamente agradecida de haber optado por este atuendo porque parecía que el código de color para esta noche era el negro.

Todos los sentados alrededor de las mesas tenían un toque de negro en su ropa. Bueno, excepto las chicas del espectáculo que se movían sirviendo cócteles en faldas diminutas y pinzas para pezones. Una de ellas se acercó a nuestra mesa y le ofreció un vaso a Killian. Tenía montones de billetes saliendo de su falda, sin duda metidos allí como propinas.

—Gracias—, murmuró Killian, aceptando un vaso y sacando su cartera para retirar un billete que ahora deslizaba en su falda.

No dije nada al respecto, solo desvié la mirada hacia otras partes del club como el escenario elevado que era extraño porque un club no se suponía que tuviera un escenario así.

—¿Para qué es el escenario?—, pregunté a Killian.

Tomó un sorbo cauteloso antes de responderme. —Es donde se representan escenas—.

Fruncí el ceño. —¿Escenas?

Las luces de los focos se movían por la habitación en ese momento y se posaron en el escenario y las cortinas rojas que ahora se levantaban lentamente para revelar un pequeño escenario con una cama de metal en el centro, y por alguna razón, ver la mesita de noche alineada con látigos, fustas, esposas, mordazas de bola y otros tipos incomprensibles de equipamiento me hizo sentir un escalofrío de miedo.

—Killian...— Lo toqué. —¿D-Dónde estamos exactamente?

Se volvió hacia mí. —Estamos en un club sexual, llámalo casa de juegos si lo prefieres—.

—¿Me trajiste a un...club sexual?

• Capítulo 31

Hope

Temblé mientras un frío tan potente se abría paso a través de las pesadas capas de mi piel y adormecía mi sangre.

¿Un club sexual?

Me lamí los labios secos. Hasta ahora solo conocía cosas comercializadas sobre BDSM, Dom y subs que había leído en novelas románticas oscuras y siempre parecía traicionero pero esto...era real, desplegándose justo frente a mí y yo estaba hipnotizada por la vista.

—Supongo por tu expresión que no habías venido a uno antes—. Killian finalmente habló, observando el escenario y la chica pelirroja en él mientras sorbía su cóctel.

—¿Qué le va a pasar a ella?— No tenía idea de cuándo esa pregunta salió de mi boca. Era tan sorprendente ver algo así y honestamente no sabía qué sentir.

—B.A.D.

—¿Qué significa eso?

—Bondage y disciplina—.

Mi corazón se detuvo por un mero segundo.

—Es un juego de poder BDSM—. Continuó, tomando otro sorbo casual. —Dejar que otra persona controle tu placer, entrenarte para obedecer, seguir reglas, disciplinarte si no sigues las instrucciones, y así sucesivamente—.

—No sé qué pensar de todo esto. ¿Por qué diablos vendrías a un lugar como este para una reunión?

—Porque el señor Vladlen Ivanov es el dueño de todo el edificio—,

Mi rostro se frunció. —¿Y te sientes cómodo reuniéndote con él?

—Tengo que estarlo. Es un stripper retirado y ahora el dueño de once clubes nocturnos diferentes, cinco bares de striptease, veinte salas de exhibición en todo el mundo y un Dom profesional él mismo. Mi negocio es muy competitivo y su inversión supondría un gran trato—.

—¿Cuánto dinero puede recaudar algo como esto?

—El año pasado recaudó treinta millones de libras—.

Mis cejas se levantaron en shock. —¿La gente pagaría tanto solo para ver a otras personas tener sexo?

Asintió y desvió la mirada de nuevo hacia la chica que ahora estaba de pie frente a la multitud y comenzó lentamente a quitarse la camisa por la cabeza.

No tenía sujetador, sus pechos estaban expuestos a la multitud y los brillantes diamantes incrustados en sus pezones marrones brillaban.

La sangre me latía a través del cuerpo, calentando lugares que ni siquiera sabía que existían. Ver a un hombre desnudarse era una cosa, pero ver a una chica haciéndolo justo frente a ti tenía un nivel completamente nuevo de aura y no sabía si la tensión que se acumulaba en mi estómago era por la atmósfera o por mirar esos pechos firmes, pero sabía que necesitaba dejar de mirar.

Dios, no. Ahora no era el momento de cuestionar mi sexualidad. Aparté la mirada de ella y volví a mirar a Killian de reojo.

Parecía perfectamente calmado y no afectado por lo que se desplegaba frente a él. De hecho, sorbía su cóctel y observaba de manera casual como si fuera un programa de televisión aleatorio.

—Me sorprende—, dije, tratando de no sonar sin aliento. —Que disfrutes viendo cosas como esta—.

—Te aseguro que esto no es mi perversion. No follo mientras otros miran—.

La manera en que lo dijo provocó un dolor intenso entre mis muslos. —¿Pero miras?

—A veces, sí, otras veces, es todo negocio—.

—¿Cómo puede ser esto negocio?

—Si necesitas encontrar inversores dispuestos a invertir la mitad de un billón en tu empresa, así es como lo haces—. Gesticuló hacia el escenario. —La mayoría de los hombres ricos tienen perversiones y fetiches cuestionables, no los encuentras en Starbucks tomando un café, los encuentras en las profundidades. Yo simplemente aprovecho esa información para conseguir lo que quiero—.

—¿Y las otras veces... cuando no es por negocios?

Permaneció callado por un momento, pero luego separó los labios para hablar. —Miro porque el juego de poder implica vulnerabilidad, renunciar al control, dar total confianza. Implica todo lo que el sexo significa para mí—.

Me quedé estupefacta, demasiado atónita para hablar. Solo tragaba saliva, mirándolo fijamente. —Entonces... ¿por eso lo haces? ¿Por el control?

Mi pregunta no recibió respuesta porque un camarero se acercó de repente a nuestra mesa, inclinándose para susurrar algo en el oído de Killian que lo hizo levantarse.

—Levántate, el señor Valdlen nos recibirá ahora—.

No sabía qué sentir al respecto pero asentí y me puse de pie.

El camarero nos guió fuera de la habitación y entró a un pasillo diferente donde seguimos caminando hasta llegar frente a una puerta dorada.

Ella se giró hacia nosotros. —Pueden entrar—.

Killian asintió y llamó ligeramente antes de empujar la puerta para revelar una lounge tenue de color rojo con solo un hombre y una mujer en ella.

El hombre. Parecía ruso, sus rasgos fuertes y audaces mientras estaba sentado con las piernas cruzadas en uno de los sofás de cuero. Llevaba una bata blanca de Chanel con una copa de vino en la mano mientras conversaba con la mujer elegantemente vestida sentada a su lado.

Por la forma en que estaban, podías decir fácilmente que tenían algo entre manos porque él le hablaba suavemente, acariciando sus mejillas y poniendo los mechones sueltos de su cabello en su lugar.

—Señor y señora Ivanov—. Saludó Killian cuando nos detuvimos al pie de la mesa y la brillante sonrisa en el rostro de la mujer se iluminó aún más.

—¡Dios mío!— exclamó, sonriendo ampliamente al ponerse de pie y rodear su hombro con los brazos, y para mi sorpresa, lo besó justo en los labios.

¿Qué?

—Vaya, no esperaba verte aquí esta noche—. Soltó sus labios y tomó sus mejillas, una leve preocupación en su rostro. —¿Por qué no nos dijiste que venías?

—Lo hizo, querida—, interrumpió Vladlen, acercándose con la mano alrededor de ella.

Me horrorizó que estuviera de acuerdo con lo que acababa de suceder.

—Es bueno tenerte de vuelta en mi club—. Dijo, extendiendo su mano para un apretón.

Killian sonrió mientras se saludaban. —Ha pasado un tiempo pero se siente bien estar de vuelta, maestro Vladlen—.

—Sí, sí lo es—. Inclino la cabeza hacia mí. —¿Quién es esta hermosa mujer que me traes? ¿Es tu nueva sumisa?

Mis cejas se levantaron. ¿Él pensaba que yo era la sumisa de Killian? ¿Nueva sumisa? ¿Acaso solía traer una con él?

—Perdona mi falta de modales—. Sonrió hacia mí y cerró la mano sobre mi hombro. —Vladlen, Penelope, esta es mi esposa, Hope. Nos casamos hace unos días—.

—¿Casados?— Sus oscuras y frondosas cejas se levantaron sobre sus ojos avellana. —¿Estás casado?

Killian levantó mi mano y besó mis nudillos. —Sí. Ella lo es todo para mí—.

Ciertamente no tu todo cuando vas por ahí besando a otras mujeres en los labios y mejillas.

Con el permiso de Killian, asentido en señal de aprobación, Vladlen extendió su mano, la esquina de sus labios se elevó en lo que solo podría llamarse una sonrisa diabólica. —Muy agradable conocerte formalmente, señora Fobster—.

Coloqué mi mano en la suya y él se inclinó sobre ella, depositando un beso en el dorso de mi mano.

—El sentimiento es mutuo—, logré decir cuando se enderezó de nuevo.

—Sí, supongo que sí—. Con una sonrisa en su rostro, hizo un gesto hacia la rubia que me miraba con admiración y yo deseaba poder devolver el gesto pero todo lo que sentía en este momento era desprecio. —Esta es mi esposa, Penelope—.

Le ofrecí una sonrisa tentativa. —Tienes una hermosa esposa—. Si tan solo pudiera mantener sus voluptuosos labios para ella.

Ella rió. —Puedo decir lo mismo de ti, querida. Eres tan joven y hermosa—.

Simplemente sonreí.

Vladlen rió mientras nos instaba a sentarnos. —¿Por qué no comenzamos con la reunión, eh?

—Sí, de inmediato—. Concurrió Killian, instándome a sentarme.

Cuando terminamos, había pasado una hora. Killian prometió enviar por correo electrónico los documentos para el proyecto a finales de la próxima semana y, una vez que tuviera la aprobación, podría establecer una fecha de lanzamiento. En algún momento, Vladlen y Penélope tuvieron que dejar la mesa para atender a otros clientes que venían a su club. En cuanto regresaron, Killian y yo nos levantamos.

—Gracias por su tiempo, señor y señora Ivanov—, dijo Killian, acercándose para dar un beso en la mejilla a Penélope y estrechar la mano de Vladlen. —Por entretenido que haya sido, estamos de luna de miel y necesito pasar tiempo de calidad con mi esposa. Cuídense ambos—.

Asentí con la cabeza en señal de despedida educada y los saludé con la mano mientras nos

alejábamos, esperando a que estuviéramos fuera de la vista del club antes de alejarme de él y ayudarme a entrar en el coche.

Él rodeó el coche, se deslizó detrás del volante y arrancó el motor. Cuando salimos del camino de entrada, giró la cabeza hacia mí. —¿Estás bien?

No quería responder. Mis dedos alisaban mi vestido mientras miraba por la ventana. A la débil luz del tablero de instrumentos, aún podía verlo mirándome, así queforcé una respuesta aunque no quisiera. —Sí, estoy bien—.

—Bien, entonces—.

Me quedé en silencio después de su pregunta, pero sabía que podía sentir las miradas especulativas que le lanzaba porque, en algún momento, giró la cabeza hacia mí y soltó sus palabras con un golpe. —Ahorra la ambigüedad, Hope. Si tienes algo que decir, dilo—.

Suspiré pesadamente. —Vladlen y Penélope. Se ven realmente bien juntos—.

—Lo están—. Me echó una mirada y luego volvió a mirar el camino. —Han sido así durante mucho tiempo—.

Me sorprendió vagamente que respondiera. —Debes estar muy cerca de ellos.

—Hemos tenido unas cuantas consultas. Eso no nos hace cercanos—.

—Su esposa, en particular, parecía muy contenta de verte...

Inclinó la cabeza y me miró. —Hope, ¿a qué quieres llegar?

Me encogí de hombros, obtusamente. —Solo dije que su esposa, Penny, parecía muy contenta de verte. Debe gustarle mucho—.

—Corta el rollo—. Su tono era firme. —Corta esta conversación—.

—¿Por qué? ¿Te hace sentir incómodo?

Suspiró profundamente. —Sí, me incomoda. No me interesa—.

—Pero parecías muy interesado en besar a la esposa de otro hombre—.

Sus labios se tensaron. —Así que de eso se trata realmente, de Penélope besándome—.

—¿Vas a decirme quién es ella para ti, o tengo que adivinarlo?

Aplicó más presión sobre el volante con los dedos. —Imagino que ya has llegado a una conclusión en tu cabeza, como sois de hacer las mujeres—.

—Así que sí tuviste algo que ver con ella...

—No—, dijo abrupta y defensivamente. —No tuvimos nada—.

Exhalé suavemente. Pensar en él defendiéndose por otra mujer revolvía algo irracional dentro de mí y sabía que no debería sentirme así, sabía que debería haber manejado mejor mis emociones, pero no pude evitarlo. —Entonces, ¿por qué la besaste?

—¿Estás ciega? Penélope me besó—, replicó él.

—Tampoco es que la rechazaras, ¿verdad?—, contraataqué.

Frunció el ceño como si hubiera dicho algo espantoso. —¿Y arriesgarme a ofenderla?

—Oh—, solté una carcajada seca. —Desde cuándo a Killian le importa herir los sentimientos de alguien—.

—Desde que cien millones de dólares estuvieron involucrados—, me lanzó. —Y no entiendo por qué te importa tanto joder—.

—Sabes qué, tienes razón, no me gustas y no me importa lo que hagas con otras mujeres. Olvída que pregunté—. Giré y miré por la ventana.

El viaje de regreso a la suite fue una pesadilla silenciosa, una que ambos no intentamos terminar.

Cuando llegamos, salí del coche en cuanto se detuvo y entré rápidamente sin esperar o comprobar si él me había seguido.

Pasé mi tarjeta llave y entré en el espacio del salón. Killian entró justo después y cerró la puerta. No me giré ni me molesté en echarle un vistazo, pero podía decir que me estaba mirando. Y luego, tras un momento, pronunció mi nombre.

—Hope—.

Lo ignoré, avanzando hacia las escaleras con mis tacones que me dolían. —Hope—. Repitió, acercándose.

La ternura en su voz se había secado cuando me llamó de nuevo. —Hope Sterling, no me ignores cuando te estoy llamando—.

Me giré para mirarlo con una mirada gélida. —¿Y por qué no?

—Porque soy tu esposo y me vas a respetar—. Su tono tenía un toque de molestia.

—No parecías preocuparte mucho por el respeto cuando dejaste que otra mujer te besara—.

—Jesucristo. ¿Cuál es tu problema? Primero Sofía, ahora Penélope—.

—Por favor—. Bufé. —Estoy tan consternada como cualquier otra mujer—.

Avanzó hacia mí. —Lo que Penélope me hizo fue completamente ordinario. Así es como saluda por el amor de Dios—.

—¿Así que va besando a todo el mundo de esa manera? ¿O solo reserva ese saludo particular para ti?

—¡No!—, exclamó él. —Besa a todos los que conoce de esa manera. Son exhibicionistas, por el amor de Dios. ¿Qué esperas honestamente?

—Al menos un poco más de decencia—. Estreché los ojos. —¿Cómo puede su esposo estar tan cómodo con algo tan poco ético como eso?

—Bueno, no lo sé, yo no soy él—, dijo él sarcásticamente.

Le lancé una mirada decididamente no divertida. —Eres exactamente como él—.

—No tengo nada que ver con él. Yo no engaño a mis mujeres, ni las comparto—.

—Bueno, yo no soy tu mujer y ya que te parece lógico que otras mujeres te manoseen en público, no será un problema si dejo que otros hombres hagan lo mismo, preferiblemente delante de ti—.

Me miró con incredulidad patente. —¿Qué mierda acabas de decir?— Todo su comportamiento cambió mientras se movía por la habitación hacia mí, su alta estatura inclinándose sobre mí mientras sus ojos entrecortados se conectaban con los míos. —Ningún otro hombre toca a la madre de mi hijo, Hope. Yo no comparto. No lo hice antes, no lo voy a hacer ahora—.

Las venas resaltando en su cuello casi le daban un vuelco a mi corazón, pero me puse firme para sonar segura al responder. —No soy tuya, no soy tu mujer y puedo hacer lo que me dé la gana con cualquier hombre—.

Su mandíbula se tensó mientras extendía la mano para agarrar la mía, haciéndome tropezar. Me tropecé sobre mis pies, atónita, mientras él me presionaba contra su pecho. Y debía de estar fuera de mis cabales porque por un breve momento, todo en lo que podía pensar era en lo cálido y duro que se sentía su pecho.

—El único hombre permitido en tu vida soy yo y hasta que los términos de nuestro acuerdo se cumplan, yo dicto y poseo todo sobre ti—.

Ahí estaba, el lado mandón, arrogante y engreído que odiaba.

—Mierda, no—, escupí. —No soy una muñeca de trapo. Tú no me posees y voy a disfrutar de cualquier hombre que quiera—.

Inclinó la cabeza hacia la mía, su brazo apretándome más fuerte. —Dilo otra vez si te atreves y haré que te arrepientas—, dijo esas palabras un soplo por encima de mis labios, encendiendo la corriente eléctrica de deseo que se escondía en mi subconsciente más profundo para salir a flote.

Tragué el nudo en mi garganta y me obligué a mantenerme firme. Con más audacia de la que sentía, respondí. —No me posees, Killian, nunca lo has hecho, nunca lo harás—.

—Ahora sí que la liaste—. Un gruñido bajo y primal surgió de su garganta y antes de que pudiera registrar lo que estaba sucediendo, soltó mi mano y me lanzó sobre sus hombros, dejándome chillando y agitando las manos frenéticamente.

—¿Qué estás haciendo?!— Intenté empujar el pelo de mis ojos pero no pude y la habitación giró unos grados cuando él comenzó a moverse hacia la escalera.

Mis mejillas ardían de vergüenza. —¡Killian, para! ¡Bájame en este instante!— En la desesperación, alcancé a agarrar el pasamanos de caoba que se curvaba a lo largo de la escalera.

—Deja de luchar—, gruñó, y después de sus palabras vino una bofetada inesperada en mi trasero que hizo que el aire en mi garganta cesara.

—¿¡Acabas de golpearme?!—

Lo hizo de nuevo, golpeó mi trasero, fuerte e impasible, y el dolor del contacto se filtró a través de mí de una manera que me resultó extrañamente placentera.

—Quédate quieta o te harás daño—. Envuelve una mano debajo de mis muslos, evitando que me caiga mientras sigo forcejeando.

—¡Killian, bájame!

—No—. Su otra mano capturó mi pie derecho y me quitó el zapato, luego hizo lo mismo con el otro, dejándolos caer patéticamente por la escalera y aterrizar inútilmente en la parte de abajo.

El balanceo mareante de su cuerpo, junto con el pelo en mi cara, me impidió ver claramente y no me había dado cuenta de que estábamos en la parte superior de las escaleras hasta que él abrió la puerta de la habitación de una patada y entró.

Solté un pequeño grito cuando me lanzó sobre la cama, sus ojos duros en los míos mientras, con prisa, empezaba a desabrocharse los botones de su camisa delante de mí.

—Iba a ser suave contigo esta noche, pensaba acostarte y amar tu coño con mi lengua por

haber sido obediente en el teatro, pero lo arruinaste corriendo esa boquita inteligente tuya—.

Me sentí congelada en el lugar, mirando la creciente cuña de pecho musculoso que me estaba revelando poco a poco. —Yo... Yo...— Mi cerebro se congeló, demasiado rígido para formar palabras. —¿Qué me vas a hacer?

—Ya no estoy de humor para hacer el amor bonito—. Llegó al último botón y lanzó la camisa a un lado y sentí calor propagarse por mi pecho en el momento en que sus manos comenzaron a jugar con su cinturón de cuero. —Ahora, solo voy a follarte hasta que tu cuerpo reconozca mi propiedad—. Su pantalón se deslizó al suelo y una ceño sombrío nubló sus rasgos mientras me miraba hacia abajo. —Y tú, querida, lo vas a tomar todo como la linda gatita que eres—.

Tragué. Duro. El dolor entre mis muslos se intensificó mientras la emoción burbujeaba a través de mi cuerpo. Si estaba emocionada o excitada o asustada, no lo sabía. Pero una cosa era cierta, él no iba a dejarme ir esta noche.

• Capítulo 32

Hope

Una sensación caliente me invadió y se asentó entre mis piernas. Esto era malo, muy malo, y no podía hacer nada al respecto porque este intimidante y sexy hombre que estaba en el borde de la cama solo con sus ajustados boxers me tenía atrapada bajo su mirada dilatada y oscura.

¿Cómo podía estar excitándome solo con mirarlo?

Sorprendida y humillada de que pudiera caer tan descaradamente, me apoyé en mi codo e intenté huir hacia atrás, pero él atrapó mi tobillo izquierdo y exclamé su nombre cuando me atrajo hacia él, metiendo su mano entre mis rodillas y abriéndolas de golpe. Luego se situó justo allí, justo donde podía sentir su erección endurecida rozando contra mí.

—Killian, déjame ir—. Me debatí, mi pequeño puño golpeando en su pecho y supongo que no le sentó bien porque respondió rápidamente a mi rebeldía y un músculo dentro de mi vientre se contrajo de placer cuando su mano derecha golpeó el costado de mi trasero con fuerza.

Dios mío.

—Compórtate—, me reprendió con aspereza, fulminándome con la mirada, su tono siniestro y exigente. La adrenalina se disparó por mi torrente sanguíneo y mis manos se cerraron en puños agarrando las sábanas en anticipación. Admito que esto me excitaba más de lo que debería, pero no tenía la culpa. Killian tenía un lado asertivo y dominante, y mi clítoris latía como una puta por ello.

—¿Todavía piensas que no te poseo?— Dijo con voz áspera, mientras metía su mano bajo mi vestido y lo subía hasta la cintura, dejando a la vista mis braguitas de seda. —¿Todavía crees que todo esto no me pertenece?

Él, reposando a medias sobre mí, mirando entre mis piernas era excitante pero no podía dejar que me afectara. —No es así. Tú no me posees.— Me defendí casi sin aliento. —No es tuyo.

Sabía que estaba jugando con fuego al decir esas palabras y él me demostró cuán equivocada estaba al apartar la tela de seda de mis braguitas y presionar un dedo justo en medio de mis piernas, donde estaba empapada y desesperada.

Mi cuerpo entero se estremeció. Esto se sentía tan bien que no tuve tiempo de despreciarme por mi debilidad porque todo en este hombre me excitaba hasta el punto de no retorno.

—Mentir no te queda bien, Sterling.— Sus dedos recorrieron mis pliegues hasta encontrar mi clítoris y lo pellizcó. Di un respingo por el placer sorprendente, soltando un suspiro apenas audible con su nombre. —Quizás debería follarte la boca en cambio, puesto que parece ser lo único que detesta mi posesión—.

¿Follar mi boca? Oh, mi cuerpo temblaba con tanto deleite como ansiedad.

¿Qué estaba mal conmigo?

—Pero por ahora, tendré que conformarme con follarte hasta dejarte sin sentido.

¡Jesús, este hombre iba a ser mi perdición!

Su peso y calor me abandonaron cuando se recostó para quitarme las braguitas con brutalidad. —Dime tu palabra de seguridad.

Su pregunta me hizo parpadear. No podía pensar con claridad, nunca había usado una palabra de seguridad antes, nunca la había necesitado porque nadie me follaba tan duro como él.

—Frambuesa...— La palabra salió de mi boca antes de que pudiera detenerla y supongo que él debió asumir que esa era mi palabra de seguridad porque ahora, sin decir una palabra, me jaló con dureza hacia el centro de la cama, y solté un gasp cuando él abrió mis piernas ampliamente, atrapándome aún más eficazmente bajo él.

Intenté moverme, pero su agarre en mis caderas me lo impedía. Estaba siendo rudo conmigo. No me besaba, no me tocaba, ni siquiera se había quitado el vestido, simplemente estaba... ¡oh Jesús!... Entró en mí profundamente, muy profundo, tan profundo que coloqué mi mano sobre mi boca para tragarme el grito abrasador que ascendía por mis pulmones.

—Joder. No.— Se detuvo, un gruñido escapó de sus labios mientras apartaba mi mano de mi boca y aseguraba mis dos muñecas con su mano izquierda mientras las sostenía por encima de mi cabeza.

Arqué la espalda con una inhalación, mirando ciegamente hacia esos ojos índigo ahora endurecidos al color del acero oscuro.

—Si te cubres la boca mientras te follo de nuevo, ataré tus manos. Quiero que todos escuchen lo bien que te hago sentir, ¿entendido?

La total dominación que tenía sobre mi cuerpo intensificó mi deseo a un nivel escandaloso. Asentí rápidamente, esperando que soltara mi mano pero no lo hizo, en lugar de eso, me mantuvo firmemente en su lugar con su rígido agarre en mi muñeca, y entonces se estiró sobre mí, enterrando su cara en mi cuello al retirarse hasta la punta y arremeter hacia adelante, hundiéndose fuerte dentro de mí, pulgada por pulgada, más profundo.

Mi cuerpo convulsionó. —¡Killian, oh Dios mío!

—Sí, eso es, bebé.— Comenzó a follarme con fervor incesante, cada fuerza de su embestida violenta profunda y dura, desplazándose sobre la cama. ¡Joder! El placer me recorrió una y otra vez, empujándome al borde con cada giro profundo, ansioso y enfadado de sus caderas.

—Hope.— Su gemido vibró a mi alrededor conforme se impelía contra mí. —Nadie más puede hacerte sentir como yo lo hago.— Su aliento era cálido y pesado en mi piel, tan caliente como me sentía por dentro. —Nadie.

—Estás delirando.— Jadeé, follándolo de vuelta con mis caderas. —Tú no me posees.

Su cara dejó mi cuello cuando pellizcó mi lóbulo con la punta de su lengua y respondió raspando. —Dime eso cuando no esté tan adentro de ti y no estés apretando alrededor de mi polla.

¡Jesús! ¡Jesús!

Su agarre en mi mano se apretó hasta que dolió. —Dime que no me perteneces cuando no te esté follando tan duro que olvidas respirar.

No estaba. No estaba respirando, no con la forma en que él me taladraba agresivamente, castigándome, magullándome.

Mi mano se retorció contra su brutal agarre, ansiando la necesidad de tocarlo, de hundir mis dedos en su sedoso cabello, de pasar mis manos por su pecho sudado, de arañarle la espalda mientras me golpeaba despiadadamente, marcándome, señalándome, una y otra vez. —¿Sientes eso?— Dijo ronco, girando sus caderas sin esfuerzo, empujando adelante y atrás, follándome como si muriera de hambre por ello. —Es todo yo, soy yo tomando tu hambrienta pequeña concha, soy yo haciéndote suplicar por más, soy yo haciéndote gritar mi nombre como una puta.

Su voz flotaba a mi alrededor pero ya estaba yo demasiado lejos. —Killian...— Mis paredes se apretaron alrededor de él. Mis piernas cedían, mi orgasmo se gestaba como una tormenta. No podía más, lo sentía en todas partes.

Teniendo piedad de mi mano, las liberó, dejándolas caer débilmente a mi lado mientras colocaban cada una de sus palmas a cada lado de mí y robaban mis labios en un beso contundente.

Había besado por primera vez esta noche y era con boca abierta, lleno de hambre, lujuria, sed, deseo.

Gimí de satisfacción cuando mi mano se escabulló en su cabello y agarré un puñado de él. —Killian... Quiero correrme. Por favor.

—Dime que es mío—, murmuró en mi boca, sus palabras casi como una súplica de validación. Como si quisiera mi confesión abierta. Como si la necesitara.

Mi boca se abrió, buscando las palabras correctas, las palabras que él deseaba escuchar con tanta ansiedad. —Soy tuya, Killian...

—Joder.— Gimió entre besos codiciosos, hundiéndose fuerte, no rápido, solo duro y tan jodidamente profundo. —¿De nadie más?

Mis ojos se cerraron por un breve momento al sentir el pico de mi orgasmo comenzar a impactarme pero de repente él se retiró hasta que sólo la punta quedó dentro.

Abrí los ojos inmediatamente. —No, Killian, por favor no pares.— Moví mis caderas para que me penetrara más profundamente, justo donde quería, pero no lo hizo, oh no lo hizo. —De nadie más Killian, por favor.

—Dilo como si lo sintieras.— Dijo con voz ronca.

—Soy tuya.— Casi lloré, tan cerca de perder este orgasmo y él lo sabía. Lo sabía.

—Más fuerte.— Me ordenó, mientras sus caderas me tentaban con lentos giros.

—Soy tuya Killian, por favor ve más fuerte.

—¿Así?— Me atraganté con mi aliento cuando sus caderas se bombeaban de nuevo con una embestida completa.

—¡Sí!— Mis manos salieron de su cabello y arañaron su espalda. —¡Ahí mismo! ¡Sí!

Cada golpe de sus caderas me acercaba más a mi clímax. Oh, quería que durara, quería que esto siguiera para siempre pero no lo hizo, no podía porque ambos estábamos al borde y un último golpe de su cadera contra la mía fue todo lo que tomó para que mi orgasmo llegara inundando.

Agarré sus hombros y jalé su cuerpo hacia el mío, mi mente quedándose en blanco momentáneamente mientras mi orgasmo me desgarraba, pero él no se detuvo. Se inclinó hacia atrás, levantó mis piernas y me golpeó profundamente, el sonido de mi jugo mezclándose con él resonando a través de la habitación. —Joder, me estoy corriendo, Hope.— Advirtió, agarrando mis caderas y manteniéndome en su lugar mientras se hundía más profundamente.

—Corre cariño, sí.— Nuestras caderas se movieron como una, la piel brillando con sudor. Apretó mis caderas, esa expresión en su rostro cuando estaba a punto de correrse tan indiscutiblemente sexy que me excitó de nuevo. —Me estoy corriendo.— Estaba luchando por aguantarse. Su agarre en mi cadera se aflojó.

Varios embates más y gruñó en voz alta, encontrando su liberación. Me mantuvo en su lugar mientras se derramaba dentro de mí, llenándome con su esencia caliente y espesa. Y luego colapsó sobre mí con un gemido saciado, su polla aún alojada dentro de mí, respirando en mi cuello mientras jadeaba por aire. —Hope Sterling, serás mi perdición.

Rechacé la pieza de cabello sudada y despeinada por el sexo de mi cara. —Me enviarás al infierno a este paso.

Gruñí cuando de repente se salió de mí y se volteó, desplomándose a mi lado. —Si vas al infierno, iré justo detrás de ti porque ahora eres mía. Completamente y absolutamente y la próxima vez que quieras usar tu bonita boca, recuerda eso.

Ya no hacía frío pero un escalofrío recorrió mi espina dorsal.

Sonreí. Una sensación indescriptible brotó desde lo profundo de mí. Era increíble; saber que yo era suya, saber que ningún hombre vendría después de él... Saber que ningún hombre igualaría la manera en que me follaba en crudo e incontrolablemente.

Reuní fuerzas en mi cuerpo y me volteé para enfrentarlo. Mirar su rostro sudoroso me invadió de un abrumador impulso de besarlo. Pero besarlo en este punto complicaría mis sentimientos y no quería que él se hiciera ideas de que me importaba algo más allá de nuestra atracción sexual. Así que solo coloqué mi mano en su rostro y aparté el flequillo pegajoso de sudor.

Para mi sorpresa, él sostuvo mi mano, levantó mi muñeca y presionó sus labios en la parte inferior, besando el moretón rojizo ahí.

Sentí palpar mi corazón mientras continuaba amasando y besando la marca. Se sentía tan fuera de carácter que le lancé una mirada, pidiéndole sin palabras que explicara.

—Esto es compensar por haberte hecho daño. Creo que fui demasiado duro y debería haber tenido en cuenta tu condición antes de... Ya sabes.

—Podrías simplemente decir lo siento.— Suspiré.

—Prefiero más mi explicación.— Dijo él, soltando mi mano. —Quítate el vestido y date la vuelta.

Ahí estaba de nuevo, ese comandante, ese idiota asertivo.

No pregunté por qué, simplemente hice lo que me dijo. Me ayudé a ponerme en posición sentada, luchando contra el gemido que intentaba escaparse de mis labios mientras todo entre mis muslos dolía.

Con cautela, me quité el vestido por la cabeza, liberándome del ajustado material. El sostén fue el siguiente, dejándome totalmente desnuda mientras me recostaba en la cama, de espaldas a él.

La cama se arrugó cuando él se acercó y me rodeó con su brazo. Me jaló cerca hasta que su rostro estaba enterrado en mi cuello. La sensación de mi espalda desnuda contra su pecho era tranquilizante. Suspiré, sintiéndome ya empezando a adormecerme.

—Podría acostumbrarme a esto.— Suspiró contra mi cuello, enterrándose más profundamente en su pecho.

Una sonrisa somnolienta se dibujaba en mi rostro. Sabía que al día siguiente estaría

dolorida, pero no me importaba. Amaba cada segundo junto a él y una parte de mí quería que durara para siempre, pero sabía que no podía ser así...

—Yo también...

Cuando abrí los ojos a la mañana siguiente, encontré a Killian aún envolviéndome, dormido profundamente con su brazo sobre mí, manteniéndome cerca de su sofocante calor corporal que me absorbía.

Había pasado toda la noche conmigo. Esta realización era tan agradable como impactante, porque esperaba despertar sola, pero allí estaba él, desnudo, respirando tranquilo contra mi espalda.

Cuando intenté moverme, un leve gruñido de angustia brotó de lo profundo de su garganta. —Hope.— Se removió, hundiendo su rostro en mi cabello mientras inhalaba profundamente. Se había despertado porque sentí sus ojos parpadeando y cerrándose detrás de mí, como si intentara aclarar su visión. Aproveché la oportunidad para girarme, encontrándome con sus ojos soñolientos, semicerrados, parpadeando bajo su pelo desordenado cayendo con descaro sobre su frente.

—Buenos días—, murmuré.

Él respondió a mi saludo con un murmullo mientras se alejaba, despegándose de mí. —¿Cuánto he dormido?

—No sé—, llevé mi mano sobre mi cabeza y me estiré, quitándome el sueño de los músculos. —Acabo de despertar.

Observé cómo bajaba la mirada a mi pecho antes de encontrar mis ojos. —Deberías cubrirte antes de que lleguen las criadas.

Solté un resoplido y me giré sobre mi estómago, robando un montón bajo mi cara. —Dame cinco minutos.

—No.— Gruñó y me sobresalté cuando me dio una palmada juguetona en la mejilla derecha de mi trasero. —Levanta tu gordo trasero ahora—. Se movió hacia el borde de la cama y se levantó. —Voy a ducharme, únete si quieres.

Sin preocuparse por buscar algo de ropa, se dirigió hacia la puerta del baño, caminando con una confianza elegante mientras me ofrecía una vista de su espalda esculpida y trasero perfecto.

Una invitación para ducharse con Killian.

Esto era nuevo.

Sonreí, llamándolo con mi voz. —¿Es esa tu forma de decirme que hueles mal?

Se detuvo y giró la cabeza hacia mí. —Si quisiera decirte que hueles mal, no necesitaría disfrazarlo.— Dijo arrastrando las palabras. —Pero sí, hueles mal.

—Tú también, imbécil.— Recogí mi almohada y se la lancé, y la atrapó sin inmutarse. No que necesitara hacerlo porque era solo una almohada, pero aún así era sexy.

—Lanzas como mi perro muerto.— Me devolvió la almohada y me golpeó directamente en la cabeza.

—¡Ay!— Estaba siendo un poco teatral. Él lo sabía porque tenía esa sonrisa característica en su rostro que estaba segura reducía a las mujeres a babas. —¿Vienes o qué?

Rodé los ojos y me froté la frente. —Ahí estaré en un minuto.

Con un asentimiento, entró y yo empujé mis pies fuera de la cama y me levanté.

Sí, definitivamente dolorida.

Gimiendo, recogí mi ropa de la noche anterior y la lancé al cesto de la ropa sucia. La idea de ducharme con Killian me emocionaba y había una sonrisa en mi cara cuando me envolví en una bata, a punto de salir cuando el teléfono de Killian comenzó a vibrar en la mesilla de noche.

Mi instinto inicial fue ignorarlo. No era de esas que fisgonean, especialmente cuando se trataba de él, pero el teléfono no dejaba de sonar y asumí que era urgente.

Me acerqué con cautela al teléfono y eché un vistazo al identificador de llamadas. Ponía: Abogado Brad Rogers.

¿Por qué llamaba Brad?

Debía ser muy importante para que su abogado llamara a esta hora de la mañana.

Tomé el teléfono. Se sentía caliente en mis manos. Hice una pausa por un momento. Luego, con un suspiro de aquiescencia, pulsé el botón.

—¿Hola?

—¡Killian, por qué cojones no has estado respondiendo tus malditas llamadas toda la noche?!— Explotó, su voz atacando mis oídos hasta el punto en que me estremecí. —¡Estamos en problemas, hombre, has abierto el correo electrónico que te envié?

—No soy Killian, soy Hope.— Mi estómago se retorció. —¿A qué te refieres con que está en problemas?

—¡Hope! oh Dios mío, lo siento. Mierda.— Estaba en pánico. —¿Dónde está tu marido, perdón, quiero decir Killian?

—Se está duchando—, mi corazón latía fuerte mientras la curiosidad me consumía. —¿Cuál es el problema?

Oí el claxon de un coche y el tráfico de fondo, seguido del portazo de un coche. —Ahora no puedo hablar, solo dile que me llame en cuanto vea el correo.

—Pero— colgó antes de que pudiera terminar, y justo después, apareció un icono de correo nuevo.

No podía esperar a Killian, estaba demasiado ansiosa y mis piernas ya temblaban de anticipación.

Afortunadamente, su teléfono no estaba protegido con contraseña. Lo deslicé para abrirlo. Su foto apareció en la pantalla principal. Sabía que lo iba a lamentar, pero ya no podía retroceder. Con las manos ligeramente temblorosas, pasé por las aplicaciones y abrí el correo electrónico. Había un archivo adjunto; una impresión de tabloide. Hice clic y leí cuidadosamente y sentí que el aliento se me cortaba a mitad de camino.

Mi cuerpo temblaba y mi temperatura bajó a medida que un dolor nauseabundo se extendía

por mi estómago.

¿Qué demonios estaba pasando...?

• Capítulo 33

Hope

Había perdido la noción del tiempo mientras estaba ahí parada, manos temblando, corazón latiendo fuerte, ojos bien abiertos.

Mi garganta parecía cerrarse y mi pecho se contraía. Era como si mi mundo se desequilibrara y todo comenzara a inclinarse. Luchaba por inhalar pero el aire se atascaba en mi garganta y no salía mientras miraba la foto de Killian y luego el titular acompañante.

Escandaloso matrimonio.

Esas dos palabras resonaban en mi cabeza, haciendo que mi corazón se detuviera y luego volviera a bombear.

Un matrimonio escandaloso.

¿Una cazafortunas?

Falso embarazo.

Cerré los ojos por un breve momento, deseando que todo desapareciera, deseando que fuera solo una gran y aterradora pesadilla, pero al abrirlos, todo seguía igual. Los titulares seguían igual. Me habían apodado la cazafortunas, me habían exhibido por usar mi embarazo sospechoso como medio para atrapar a Killian.

¿Acaso lo hice?

No, no lo hice. No lo atrapé ni lo obligué a casarse conmigo. Ni siquiera quería nada de esto. No quería estar con Killian ni quedar embarazada de él.

Cuando la puerta del baño se abrió, me giré. Killian entró. —Olvidé mi...— Sus palabras se desvanecieron lentamente conforme sus ojos caían sobre mí. —¿Hope?— Su mirada bajó y frunció el ceño. —¿Por qué tienes mi teléfono?

—Killian...— Mi voz se quebró. Intenté tragar pasando la opresión en mi garganta, pero solo dolía. —Ellos saben, está-está por todas partes.

Su frente se arrugó. —¿Qué quieres decir? ¿Qué está por todas partes?

Mis rodillas débiles me fallaron y me encontré tambaleándome buscando fuerzas.

Killian corrió a mi lado y me sostuvo por la espalda. —Necesitas sentarte.— Me guió al borde de la cama y me instó a sentarme. Ya no estaba desnudo, lo cual fue un gran alivio porque ver su erección en este momento habría sido incómodo. Pero eso era poco comparado con mis preocupaciones; en comparación con el dolor que sentía en el pecho.

—¿Qué te pasa?— Me preguntó con voz ronca, examinando mi cuerpo.

—Killian,— tomé respiraciones cautelosas, intentando calmarme. —Está en las noticias. Todos saben, todo el mundo sabe sobre nosotros, sobre el bebé, nuestra boda falsa. Tu abogado llamó y -y-

—¿Rogers?— Me interrumpió, una mirada de preocupación nublando sus facciones.

Asentí rápidamente. —Sí, el abogado Rogers. Y te envió un correo electrónico con un artículo de tabloide adjunto. Killian, ahora todos saben sobre nosotros, saben que lo que tenemos no es... no es real.

—¿Por qué diablos me enviaría Rogers un tabloide?— Arrancó el teléfono de mi mano y se desplazó hacia abajo. Observé sus ojos moverse mientras leía con una sensación de temor inminente, y en algún punto, se ensancharon, instantáneamente teñidos de ira.

—¿Qué mierda es esto?!— Exclamó, vibrando de rabia.

Sintiendo que podría marearme, me agarré el estómago e intenté inhalar profundamente.

—¿¡Quién demonios es tan estúpido como para publicar un artículo como este?!— Se levantó, caminando de un lado a otro, marcando números en su teléfono, y luego de pronto comenzó a dirigirse hacia la puerta.

—¿Adónde vas?— Pregunté nerviosa.

—Tengo algunas llamadas que hacer,— gruñó y comenzó a salir de la habitación otra vez.
—Dúchate y vístete.

Cuando salió y me dejó sola, mis nervios entraron en acción. Sentí que mi corazón se hundía aún más. Era como si se acercara un tsunami y estuviera a punto de ser arrastrada.

Me levanté y decidí ducharme a pesar de que el dolor en mi estómago era suficiente para mantenerme en cama.

En lugar de intentar un baño largo como solía hacer después del sexo con Killian, me conformé con uno corto y caliente e intenté aclarar mis pensamientos.

Cuando salí, me envolví en una de las toallas esponjosas y volví a la habitación pero mis pasos se detuvieron en la puerta al escuchar a Killian ladrar en su teléfono.

—¡Mierda! ¡Llama al editor!— gritaba con una voz indignada. —¡Dile que si no detiene esta maldita noticia, juro por Dios que desataré el infierno sobre su corporación y me aseguraré de que quede arruinado hasta el punto en que contemple el suicidio!

Sintiendo mi presencia, se giró, su teléfono aún en su oreja mientras me lanzaba una mirada afilada.

Simplemente entré a la habitación y traté de vestirme mientras él seguía conversando brutalmente con la pobre alma al otro lado del teléfono. En algún momento, me dejó sola otra vez y una parte de mí solo deseaba que dejara las llamadas y pusiera fin a mi angustia, pero no lo hizo, y la llamada terminó durando casi una hora antes de que finalmente volviera a la habitación con agua escurriendo por su pecho.

Tenía una mirada de dolor en su rostro mientras secaba su cabello con furia.

—¿Qué dijeron los editores?— pregunté, aferrándome al vaso de agua que uno de los ayudantes me había traído.

—Esos cabrones están siendo muy difíciles conmigo y juro por Dios— se detuvo, sacudió la cabeza y soltó un respiro. —Eso es lo de menos ahora. Mi padre quiere verme.

Mi corazón dio un salto. No había pensado en ellos. No había pensado en lo que sentirían. ¡Oh Dios mío, me odiarían! Su madre. Mary, había confiado en mí porque creía que su hijastro y

yo estábamos enamorados. Dios, ahora me sentía tan avergonzada.

—Killian.— Estaba inquieta. —¿Qué vamos a hacer? Tu familia me va a odiar.

—Tranquila.— Me aseguró. —Va a estar bien. Voy a explicar las cosas a mi padre. Va a estar bien.— La forma en que lo dijo sonaba como si estuviera intentando asegurarse a sí mismo, más que intentando tranquilizarme y eso retorció mi estómago con inquietud.

—¿Qué crees que te va a hacer?— Pregunté sintiendo un poco de náuseas solo de pensar en ello otra vez.

No podía renunciar a él, ¿verdad? Quiero decir, ya era consciente de su no tan agradable relación padre-hijo y lo que estaba pasando solo iba a echar más carbón a la llama ardiente, pero eso no era motivo suficiente para desheredarlo y despojarlo de todo, ¿o sí?

—No sé.— Dijo él, gruñendo mientras pasaba una mano por su cabello. —Todo lo que sé es que no va a ser bueno porque a mi padre no le gusta nada que le mientan.

Oh Dios mío, oh Dios mío. Sacudí la cabeza y sentí cómo las lágrimas se acumulaban en sus ojos. —No deberíamos haber mentido Killian, deberíamos haber simplemente—— Me atraganté con mi aliento. No sabía por qué estaba llorando. —Nos odiarán.— Llevé mi palma a mi cara y sacudí la cabeza mientras seguía llorando, pensando en lo miserable que se iba a volver mi vida.

—Hope.— La pesada voz de Killian comandó mi atención y cuando levanté la vista, estaba de pie justo a mi lado. —Escúchame, todo va a estar bien. Así que deja de joder llorando porque solo va a empeorar las cosas.

Solloce. —No puedo, simplemente...

—Mierda. Mírame, Hope.— Se arrodilló frente a mí, su mano acudiendo a secar mis lágrimas. —Estarás bien, confía en mí. Me encargaré de ello.

Asentí, secándome las lágrimas mientras se levantaba y se dirigía a su cómoda.

Incluso con la distracción de verlo vestirse, lo cual era simplemente espectacular, todavía me sentía mal del estómago por lo que podría suceder cuando llegáramos allí.

Estaba colgada de un hilo provisional y no estaba segura de cuánto tiempo podría evitar tener un ataque de pánico.

Para cuando pude recomponerme, Killian había terminado de vestirse y nos dirigíamos hacia el auto, un par de hombres de negro siguiéndonos de cerca.

Agarré mi bolso fuerte. —Killian, hay hombres siguiéndonos.

Movió su muñeca y echó un vistazo a su reloj. —Lo sé.

Robé otra mirada a los hombres. —¿Lo sabes?

—Son nuestros guardaespaldas Hope, intenta seguir el ritmo.

Mis cejas se elevaron. —¿Tienes guardaespaldas?

—Soy un rico cabrón que ha sido secuestrado dos veces. Por supuesto, tengo guardaespaldas cuidándome todo el tiempo.

—Todo el tiempo.— Mis mejillas se sonrojaron, de repente recordé la noche anterior y los gritos bastante escandalosos.

—No bromeaba cuando dije que quería que todos te escucharan gritar por mí.

Cristo.

Abrió la puerta del coche, una sonrisa burlona en sus labios mientras me hacía un gesto para que entrara.

—Después de ti, gatita.

En el momento en que entramos al coche, llegaron más llamadas, más gritos y más ansiedad devorándome por dentro. Miré por la ventana todo el tiempo, erizada de vergüenza y miedo y todo lo inquietante. Y no me moví de esa posición hasta que el coche se detuvo frente a la casa de Killian.

De repente, volver aquí me hizo sentir náuseas y asco y mucha vergüenza.

Los guardaespaldas permanecieron detrás de nosotros mientras entrábamos y pude sentir la tensión que emanaba de Killian mientras caminaba a mi lado. Teníamos nuestras manos entrelazadas. Cuando entramos al salón donde estaban el señor y la señora Fobster, él me apretó fuerte.

—Padre, Madre.— Saludó y antes de que tuviera la oportunidad de presentar mis respetos, él se levantó de su asiento en un soplo.

—¿Qué demonios es esto?!— Ladró, olvidándose de sus cortesías sociales mientras agarraba el periódico sobre la mesa y lo arrojaba a Killian con una sorprendente falta de contención y por la forma en que apretaba los puños, pude decir que le estaba costando todo para no lanzar algo mucho más fuerte, mucho más letal que el papel.

Este iba a ser un día largo y no estaba segura de soportar mucho esto.

• Capítulo 34

Hope

Escalofríos repentinamente serpenteaban por mi espina dorsal y agarré el dobladillo de mi vestido, observando la escena que se desarrollaba frente a mí.

—Querido,— habló Mary, alcanzando su brazo. —Por favor cálmate.

Esperaba que ella gritara junto a él, esperaba que ella estallara, que se enojara, pero había algo más en sus ojos; lástima, preocupación, miedo. Tiró de sus mangas. —Por favor solo—

—¡No me digas que me calme!— Exclamó él, apartando sus manos de él. —¿Estás viendo los titulares?! El nombre Fobster está siendo cuestionado. Inversores, patrocinadores ya están llamando en duda nuestra capacidad para apaciguar. ¡Este escándalo ha afectado y afectará adversamente nuestros tratos de negocios y esperas que me calme cuando hay millones de dólares en juego!

—Padre, sé razonable,— se burló Killian, sin afectarle su furia desenfrenada. —Esto no es suficiente para degradar el nombre de la compañía. Claro que hará un poco de daño pero se puede solucionar.

—¿Todavía te atreves a abrir la boca frente a mí?!

Cruzó sus brazos desafiantemente sobre su pecho, su postura casual destinada a irritarlo. Lo sabía porque hacía lo mismo conmigo. —No vine aquí para pelear contigo. Hablemoslo.

El pecho de Luther se llenó de furia. —¿Hablar de qué? ¿Cómo fuiste a San Francisco y dejaste preñada a alguna zorra común? ¿Es esto por lo que dejaste tu casa? ¿Es por eso que estabas tan ansioso en mudarte; ¿para que pudieras disfrutar de una fresca puta americana?!

Jesucristo, su boca era tan sin censura como la de sus hijos.

Sus ojos se lanzaron sobre mí y casi me estremezco. Eran amplios, duros, exigentes y absolutamente aterradores. Sentí la necesidad de explicarme, sus acusaciones hicieron que la bilis me subiera al estómago y mi pecho se sintió pesado. —Señor Fobster, yo—

—Con todo el debido respeto,— me interrumpió Killian, su voz deliberadamente tranquila mientras daba un paso autopreservativo hacia adelante. —Entiendo su enojo y haré todo lo que esté en mi poder para mitigarlo, pero no voy a quedarme aquí y permitir que trate a Hope de esa manera.

Bastante sorprendida por su defensa, quedé callada, de pie allí, observando mientras ambos hombres se miraban fijamente.

—¿Cómo te atreves?— Luther molió. —¡Tú. Eres. Un. Fobster!— Ladró, señalándolo. —¡Y aún así, mira esto!— dio un vistazo despectivo al periódico en el suelo. —¿Cómo pudiste permitir que este tipo de información se hiciera de conocimiento público? ¿Cómo pudiste mentirme? Intentaste engañar a tu madre y a tus hermanas! Has traído a una puta a nuestra casa y has hecho el tonto a tu familia y a todo lo que representa y como resultado, no solo te has deshonrado a ti mismo sino que nos has traicionado con tus mentiras.

Sus palabras salieron disparadas de su boca como balas y aterrizaron directamente en mi pecho. Tan profundas que sentí el impulso de caer de rodillas y llorar.

—Querido,— Mary intentó interferir nuevamente. —Por favor no le digas eso. Estoy segura de que él tenía buenas intenciones. Él—

—¡Nos ha burlado a todos al traer a una prostituta a casa y quién sabe, quizás ni siquiera sea el padre del niño en su vientre!— Pasó la mirada hacia mí, el odio allí, el juicio, la ira. —¡Tienes algunos nervios mostrando tu mentirosa y manipuladora cara aquí!— Despreció. —Puedo decir que no tienes vergüenza. Tan ansiosa por abrir las piernas porque él es adinerado y crees que puedes desplumarlo con falsas pretensiones.

Su mirada se clavó en la mía. Cada palabra me golpeó como clavos impulsados en mi espalda. —Señor, no es lo que piensa. No soy ninguna puta y yo—

—Es exactamente lo que pienso. Eres una puta y no creas que puedes hundir tus garras en mi hijo con ese falso hijo tuyo.

—¡Padre!— Observé con los ojos borrosos cómo Killian dio otro paso hacia adelante, cerrando y abriendo sus puños. —Por última vez, Hope no es una prostituta y este bebé es mío.

Volvió su atención hacia él. —¿Y esperas que te crea cuando todo lo que has hecho es mentir?

—Sí.— Su voz era firme y definitiva. —Créelo porque es la verdad.

—Aunque sea cierto.— Señaló hacia mí, sus ojos oscuros sobre su hijo. —Esta mujer no puede seguir siendo tu esposa. Es una nulidad, una mentirosa, una mujer que abre las piernas a extraños. No es digna de ser mi nuera y me da igual si ambos acaban de casarse, pondrás fin a esta unión.

Mi corazón se apretó con sus palabras. Era como si el fondo de mi mundo se hubiera desmoronado. Él no podría...

—Tonterías.— Escupió Killian, sus ojos brillando con una ira que nunca había visto antes. —Ahora sé que quizás no estemos enamorados. El amor no me ha llevado a ninguna parte, solo me ha dejado amargado pero tengo la intención de cuidar de Hope y de nuestro bebé hasta que mi cuidado ya no sea necesario. Hasta entonces, sigue casada conmigo.— Su tono era helado.

Sentí repentinos escalofríos placenteros recorrerme. ¿Por qué estaba haciendo esto? ¿Por qué me defendía? No teníamos razón para estar juntos de nuevo, estaba allí, todos lo sabían, pero aún él...Juro por Dios que este no era el Killian que yo conocía y estaba empezando a tener miedo.

Su padre apretó los dientes. —Entonces puedes despedirte de tu trabajo, de tus elogios, de tus distinciones, de todo. Adiós.

—Tengo mis propios respaldos y no tengo miedo de ti.— Se burló.

—Entonces prepárate para verte arrastrado por las cloacas.

—¡Los dos paren esto ahora!— Intervino María. —Killian no hables así a tu padre. ¡No importa lo que pase, sigue siendo tu padre!— Su cabeza se volvió hacia Luther. —¿Ese es tu plan? ¿Estás planeando vilipendiar a tu hijo?— Preguntó. —¿Qué clase de padre hace eso?

—El tipo que está protegiendo a su familia.— Bufó él.

Una risa loca brotó de los labios de Killian. —¿Y qué mierda sabes tú acerca de proteger?

—¡Killian!— Mary regañó, pero él ignoró sus advertencias y dio un paso hacia adelante. —Mi madre era parte de esta familia que tanto intentas proteger. No la protegiste. Ella murió bajo tu vigilancia. ¿Dónde mierda estabas? ¿Dónde mierda estabas cuando las máquinas se

detuvieron y ella estaba luchando por su último aliento?— Estaba gritando, reviviendo la pobre tortura de perder a su madre de nuevo. —¡Estabas en algún maldito hotel, follándote a una de tus putas en lugar de estar al lado de tu enferma esposa, desvergonzado bastardo!

Jesús.

Los ojos de Mary se abrieron de par en par mientras una mano temblorosa se alzaba para cubrir sus labios de asombro. —Killian...

—¡Hijo de puta!— El control de Luther se deslizó, agarró a Killian por la camisa y acercó su cara a la suya. —¡¿Cómo te atreves a mencionar a Sophia?! ¡¿Cómo te atreves?!—

—¿Por qué? ¿Te sientes culpable? ¿Tu corazón todavía duele? Debería, deberías sentir el dolor porque te lo mereces.

El agarre en su camisa se apretó, la mirada en la cara de Luther era de puro asesinato.

Sentí un agudo dolor en mi abdomen, me obligó a sujetarlo. —Killian... Por favor para esto.

No quería que peleara con su padre cuando todo esto era mi culpa.

Sus ojos cayeron sobre mí y se suavizaron cuando notó mi malestar. —Madre, por favor sácala de aquí.

—Killian tú—

—¡Hazlo ahora!— Su rugido ahogó las palabras de ella. Estaba gritando a su madre por mi bien.

Mary asintió rápidamente y se apresuró a mi lado. —Ven conmigo, mi querida.

Asentí, tragando mientras luchaba contra las lágrimas que picaban en mis ojos. La habitación giraba levemente bajo mis pies mientras ella me guiaba lejos de su conversación y hacia el estudio, cerrando la puerta tras de sí.

Inmediatamente busqué uno de los sillones de cuero y me senté, cerrando los ojos para recuperar el aliento.

—¿Estás bien?— Ella se acercó, masajeando mi espalda con movimientos suaves. —Voy a traerte un poco de agua. Quédate aquí y relájate.

Salió de la habitación y volvió en menos de un minuto con un vaso de agua que agradecí y del que tomé pequeños sorbos.

Dios mío. Su amabilidad me estaba matando.

Coloqué el vaso en la mesa y me volví hacia ella. —¿Por qué no me estás gritando?— Levanté la cabeza para encontrar su mirada. —Rompi la confianza, mentí sobre nuestra unión, sobre nuestro hijo. Deberías estar enfadada, deberías estar gritándome. ¿Por qué no lo haces?

—Querida—, dijo ella, sin realmente sonreír pero pareciendo que lo intentaba. —Soy madre también, una ya mayor, y reconocer cuando otra mujer como tú está embarazada no es algo difícil.

Mis cejas se alzaron. —¿Lo sabías?

Su mano vino a acariciar mi cabello. —Tenía mis sospechas.

Esto era...

—Siento haberle mentido, señora Fobster. Juro por Dios que no voy tras el dinero de su hijo. No quería hacer ningún mal cuando yo...

—No necesitas explicar nada.— Ella se sentó en la silla enfrente de la mía. —Entiendo perfectamente y con el tiempo, mi esposo lo hará.— Se inclinó hacia adelante y apretó mi mano de forma impulsiva. —Aunque, es un alivio que mi hijo haya terminado contigo. Está desafiando a su padre porque siente algo por ti, Hope, y creo que algún día, aprenderá a amarte más profundamente.

Aunque me costaba creer que Killian sintiera algo por mí más allá de la atracción sexual, sonreí ante sus palabras.

No quería que se me subiera a la cabeza, no quería darle a mi mente algo en qué pensar para luego acabar herida. Sí, admito que había una parte de mí que quería saber qué se sentiría tener a un hombre que me mirara con posesión y amor. Quería saber qué se sentiría pertenecer a una persona que realmente le importara y no se acostara conmigo sólo por las hormonas desbordadas.

No quería tener sexo sin amor, tóxico y poco saludable con alguien, sólo quería ser amada. Yo y mi bebé. Queríamos ser amados incondicionalmente. Pero ese deseo parecía un poco inalcanzable así que bloqueé el pensamiento y me concentré en lo más importante; salir de este lío.

De repente, me sentí drenada y precavida, casi como si me hubieran dejado caer en una situación que no entendía del todo.

El sonido de un jarrón rompiéndose resonó desde el salón. El pensamiento de que Killian estuviera siendo herido por su padre me revolvía el estómago.

—Debería volver allí con Killian—, le dije a Mary, ya levantándome sobre mis pies pero entonces la habitación ante mí se desdibujó, instándome a agarrar rápidamente el brazo de mi silla para estabilizarme mientras me tambaleaba.

Mary se levantó de un salto. —No tienes buen aspecto.

Traté de parpadear para alejar la borrosidad. —Lo siento, me siento muy—

—Hope, oh Dios mío.— Su repentino jadeo me interrumpió. Enfoqué mi mirada en ella, todavía aferrándome al brazo del sillón. —¿Pasa algo malo?

De repente, su rostro se puso pálido y entonces me di cuenta de que no estaba mirándome. Estaba mirando hacia mis piernas.

—Estás... tú estás...— se ahogaba con sus palabras, señalando mis piernas.

Lentamente, con miedo, me obligué a mirar hacia mis piernas, y lo que vi hizo que mi pecho se comprimiera.

Estaba sangrando. Estaba perdiendo a mi bebé.

Continuará...

¡Gracias por leer! La historia de Hope y Killian continúa. No te pierdas el Libro Dos, disponible muy pronto. ¡Te espera una conclusión emocionante!